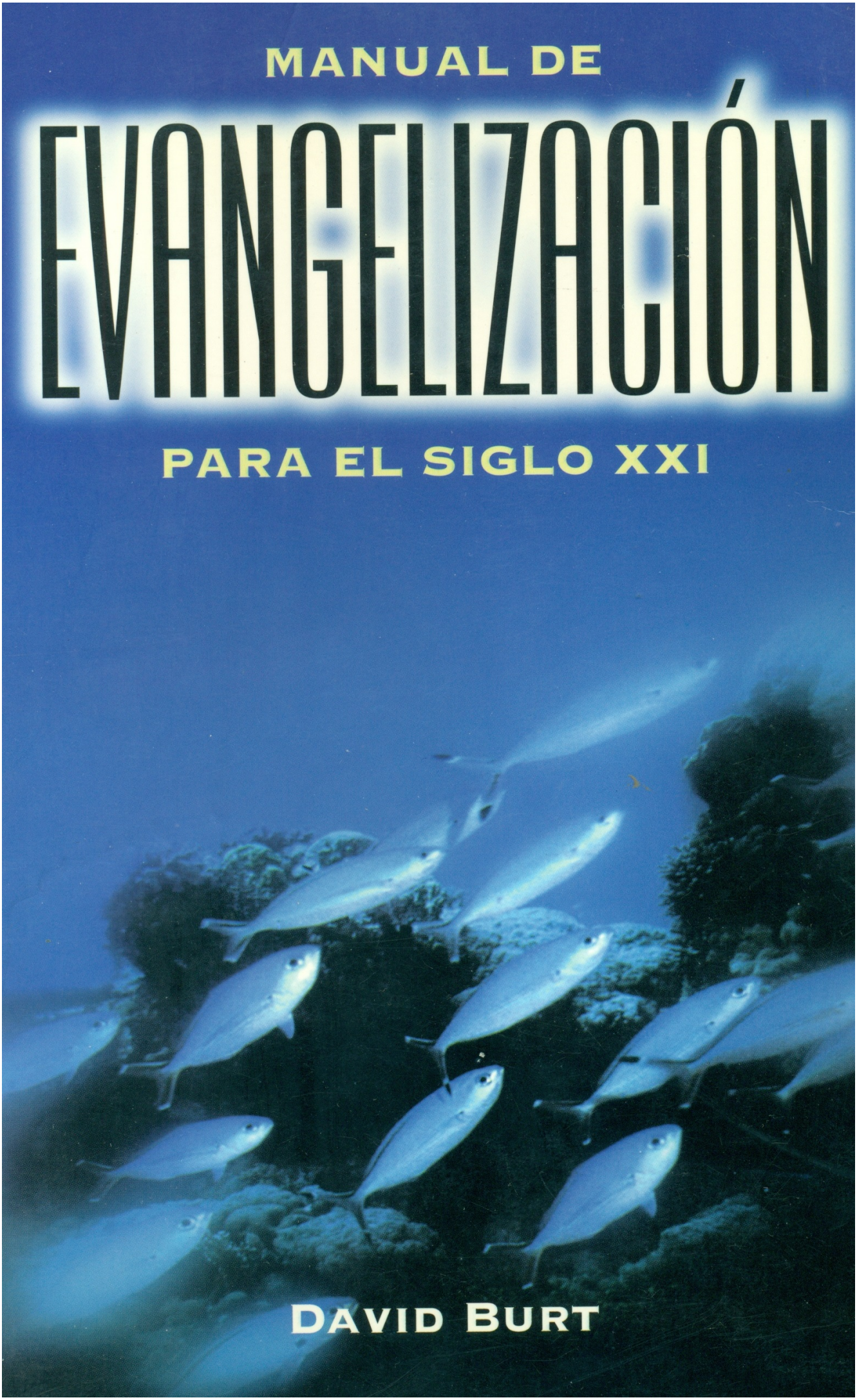
MANUAL DE EVANGELIZACIÓN PARA EL SIGLO XXI



DAVID BURT

Manual de Evangelización

¿Y cómo creerán...?

David F. Burt

Manual de Evangelización

¿Y cómo creerán...?

David F. Burt

Calidad en Literatura Evangélica
editorial clie

Publicaciones
andamio

PUBLICACIONES ANDAMIO
Alts Forns

EDITORIAL CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

MANUAL DE EVANGELIZACIÓN
"¿Y cómo creerán?..."

© David F. Burt -1999

Depósito Legal: B. 30.033-1999
ISBN: 84-8267-092-1

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE– Polígono Industrial Can Trias,
C/Ramon Llull, 20– 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 520 EVANGELIZACIÓN: Métodos y técnicas
C.T.C. 02-07-0520-12

Referencia: 22.41.97

Índice

PRÓLOGO 7

1 LA RESPONSABILIDAD EVANGELÍSTICA DEL CRISTIANO
1A. ¿Qué es la evangelización? 9
1B. ¿Quién debe evangelizar? 14
1C. Dones y Vocaciones: Testigos y evangelistas 15
1D. ¿Por qué muchos cristianos no evangelizan? 16
1E. Temario 18

2 NUESTRA MOTIVACIÓN EN LA EVANGELIZACIÓN
2A. ¿Cuál debe ser nuestra motivación en la evangelización? 21
2B. La Obediencia 21
2C. La Compasión 22
2D. El amor al nombre de Dios 22
2E. Una visión de Dios 24
2F. Temario 25

3 LA FINALIDAD DE LA EVANGELIZACIÓN
3A. ¿Cuál es nuestro objetivo en la evangelización? 27
3B. ¿Hacer creyentes o hacer discípulos? 27
3C. ¿Evangelización teocéntrica o antropocéntrica? 34
3D. Temario 39

4 EL MENSAJE DEL EVANGELIO
4A. La validez de un resumen del Evangelio 41
4B. La flexibilidad en la presentación del Evangelio 42
4C. Un resumen del Evangelio 43
4D. Temario 49

5 LA EVANGELIZACIÓN Y EL TESTIMONIO
5A. ¿«Lo que Cristo ha hecho por mí»
o «Lo que Cristo exige a los hombres»? 53
5B. ¿Testimonio de la vida o testimonio de palabra? 54
5C. ¿Dar folletos o dar pan? 56
5D. Temario 57

6 LA EVANGELIZACIÓN COMUNITARIA
6A. El impacto del testimonio comunitario 59
6B. La evangelización como labor de equipo 60
6C. La evangelización y el estado espiritual de la Iglesia 63
6D. Temario 64

7 LA EVANGELIZACIÓN: EL PROCESO RACIONAL, LA ORACIÓN Y EL ESPÍRITU SANTO
7A. El lugar del Espíritu Santo en la evangelización 67
7B. El lugar de la oración en la evangelización. 68
7C. El lugar de la mente y del proceso racional en la evangelización 69
7D. La evangelización como guerra espiritual 70
7E. Temario 73

8 NUESTRO COMPORTAMIENTO EN LA EVANGELIZACIÓN
8A. Características del evangelista 77
8B. El evangelista como amigo 79
8C. Temario 81

9 MÉTODOS Y ACTIVIDADES EVANGELÍSTICAS
9A. ¿Qué métodos deben emplearse en la evangelización? 83
9B. La diversidad de las actividades evangelísticas 84
9C. El estudio bíblico evangelístico 86
9D. El uso de la literatura en la evangelización 87
9E. Orientación para el uso de encuestas 88
9F. Temario 89

10 CONVERSIÓN Y SEGUIMIENTO
10A. «El último paso» 91
10B. El cuidado pastoral del nuevo cristiano 93
10C. Temario 95

EPÍLOGO
La evangelización: Un aprendizaje 97

APÉNDICES
A. La evangelización la renovación espiritual 99
B. Modelos de encuestas 101
C. Estudio bíblico con el nuevo creyente 105
D. Estudios bíblicos sobre la evangelización 109
E. Bibliografía 117

Prólogo

Es un motivo de alegría asistir a la edición y reedición de una obra como es el caso de este Manual de Evangelización, señal inequívoca de que estamos delante de un texto valioso por varios motivos.

En primer lugar porque ha resistido la prueba del tiempo. En su primer formato como apuntes multicopiados en los años 1976-77., circuló principalmente entre los miembros de los Grupos Bíblicos Universitarios (G.B.U.) de los que David F. Burt fue el Primer Secretario General. Diez años después en 1987 se publicó por primera vez como libro con el título ¿Y cómo creerán..?, fue entonces cuando su denominación original "Manual de Evangelización" pasó a ser subtítulo. Desde entonces se ha reeditado en varias ocasiones y todavía sigue el interés y la demanda de los lectores.

En segundo lugar porque ha demostrado tener un contenido relevante. No estamos delante de un texto que enfatiza las técnicas, los métodos, las estrategias, principalmente como suelen hacer la mayoría de manuales evangelísticos. Su énfasis sólidamente bíblico, queda reflejado en el tratamiento y desarrollo de cada uno de los temas. Seguramente se debe a su carácter eminentemente bíblico el que haya sido capaz de no quedar desfasado con el paso del tiempo. Lo bíblico conecta con la realidad esencial de la vida y es verdadero, esas características confieren a esta obra un interés único y permanente.

En tercer lugar porque la selección y estructuración de los temas, evidencia una capacidad de análisis de lo que es la tarea evangelística sobresaliente. Es un manual completo pues aborda los grandes temas en la evangelización como son: la responsabilidad evangelística, la motivación, el mensaje, la finalidad, el papel de la oración, de la mente, del Espíritu Santo, etc. Nos presenta pues el autor una selección realmente interesante de temas, y a la vez los va desarrollando con profundidad.

Quisiera incluir un párrafo del prólogo de la anterior edición que deja constancia de lo que quiero decir "... se caracteriza por su empeño bien logrado, de rehuir la superficialidad. Ciertamente la grandiosidad del Evangelio, así como la diversidad y la complejidad de los seres humanos, a quienes el Evangelio ha de ser anunciado, no permiten una excesiva simplificación que, de hecho, frecuentemente equivale a una mutilación o tergiversación del mismo." (José M. Martínez).

Para las editoriales Clie y Publicaciones Andamio es motivo de profunda satisfacción presentar de nuevo esta obra al Pueblo de Dios de habla hispana.

Expresamos nuestra gratitud a nuestro hermano David F. Burt por el buen trabajo ya realizado y pedimos a Dios que le siga fortaleciendo y usando en el ministerio de la predicación y enseñanza bíblica, así como en la labor literaria, poniendo a nuestro alcance excelentes comentarios bíblicos.

Esperamos que los cambios estéticos realizados, como son: nueva portada, maquetación de los contenidos, y vuelta a la titulación original, contribuyan todo ello a la difusión de esta obra y a la edificación de pueblo de Dios.

Francisco Mira

1. La responsabilidad evangelística del cristiano

1A. ¿QUÉ ES LA EVANGELIZACIÓN?

La evangelización es la comunicación del evangelio de Dios a través de la vida y de las palabras de sus hijos, para su gloria y en el poder del Espíritu Santo, de tal manera que los hombres puedan recibir a Jesucristo como Salvador y servirle como Rey.

«La evangelización es la *comunicación...*»

Luego tiene que ver con la transmisión de ideas y con la utilización de palabras. Pero, como ocurre en cualquier comunicación eficaz, las ideas han de ser asequibles al oyente y las palabras comprensibles. El lenguaje las ilustraciones y los métodos evangelísticos que utilizamos deben ser apropiados, no sólo a la dignidad de nuestro mensaje, sino también a la clase de personas que nos escucha. El evangelio siempre es el mismo, pero una buena comunicación requiere que su presentación varíe cada vez, según la condición cultural, social, psicológica, moral y espiritual de nuestros oyentes.

Por lo tanto nuestra comunicación sólo será adecuada en la medida en que conozcamos la sociedad en la que vivimos y entendamos a las personas que evangelizamos.

La comunicación incluye el escuchar, además del hablar. Habremos, pues, de desarrollar nuestra capacidad de ponernos al lado de cada persona, ver las cosas desde su punto de vista, anticipar sus dudas y preguntas, poner el dedo en la llaga de sus necesidades y pecados, y así comunicarle el evangelio. En todo esto tenemos un Maestro ejemplar.

Se trata también de una comunicación seria y sincera, no de un lavado de cerebro. No cabe en la evangelización ninguna clase de engaño ni ninguna técnica indigna del mensaje que llevamos (1 Tesalonicenses 2:3-5; 2 Corintios 4:2). No queremos que los que inicialmente acepten nuestro Evangelio, luego se arrepientan de ello por sentirse defraudados. Tratamos a los que nos escuchan como a seres res-

ponsables creados a la imagen de Dios. Consideramos su dignidad humana. Incluso respetamos su capacidad de rechazar el Evangelio y confirmarse en su pecado. Cristo llama a la puerta y respeta nuestro derecho de abrirla o no, él no la derriba, nosotros tampoco.

Por lo tanto, presentamos la verdad del Evangelio con sencillez, sin encubrir nada ni exagerar nada. La comunicamos con urgencia e insistencia, porque es un asunto de vida o muerte, pero no nos interesan conversiones espúreas, fruto de la emoción y no del arrepentimiento y la fe. Utilizamos las artes de la persuasión, pero rehuímos técnicas sentimentales baratas. Animamos, pero sin ofrecer promesas falsas ni presentar una visión utópica de la vida cristiana. Avisamos, pero no jugamos con el miedo de la gente. Presentamos argumentos y evidencias, pero sin exagerarlos ni distorsionarlos.

«... del Evangelio de Dios...»

El mensaje que comunicamos no es nuestro. Podemos ser todo lo creativos que queramos en su presentación, pero jamás en su contenido. Es un mensaje *dado;* no lo hemos de inventar. Es un depósito que Dios nos ha encomendado (2 Timoteo 1:13-14); no debemos ni quitarle ni añadirle nada.

Cada predicación del Nuevo Testamento, cada «conversación evangelística», es diferente, y sin embargo el mensaje fundamental siempre es el mismo.

Por lo tanto, si vamos a comunicar fielmente el Evangelio, nuestra primera responsabilidad es la de conocerlo bien, saber manejarlo y aplicarlo a toda la variedad de situaciones y personas que nos rodean. Para poder evangelizar a otros hemos de evangelizarnos constantemente a nosotros mismos.

Por provenir de Dios el Evangelio es sagrado. Debe ser en el temor de Dios que lo comuniquemos. Debemos temer no comunicarlo, porque el Señor nos lo pide. Debemos temer cambiar su *contenido,* porque Dios nos lo ha encomendado. Y debemos temer comunicarlo de *maneras* indignas: la frivolidad y la mundanalidad son incompatibles con lo sagrado.

«... a través de la vida y de las palabras de sus hijos...»

Sólo los que han nacido de nuevo como hijos de Dios (Juan 1:12) están capacitados para evangelizar. Podemos contratar a un no-creyente para que venda Biblias o reparta folletos, pero la verdadera evangelización requiere una comunicación en la cual el mensaje verbal es reflejado, ilustrado y avalado por la vida de aquél que lo predica.

Muchos de los que llaman a nuestras puertas con el afán de vendernos el último detergente o enciclopedia, nos dan la impresión de no

estar convencidos ellos mismos del valor del producto que nos ofrecen. ¿Acaso lo compran ellos? Su comunicación queda invalidada por su propio ejemplo. No debe ser así con la evangelización. Debe haber una coherencia entre el mensaje y la vida de aquél que lo lleva. Por eso sólo puede evangelizar con entusiasmo y sinceridad la persona que sabe de lo que habla porque lo vive.

Cristo no encomendó la evangelización a cualquiera, sino sólo a sus discípulos: «Vosotros me seréis testigos...». Y ni siquiera ellos iban a estar capacitados para evangelizar hasta que «haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hechos 1:8). Ni aun el discipulado en sí es suficiente; sólo puede evangelizar la persona que ha recibido el Espíritu Santo y conoce su poder y la eficacia de su obra santificadora en su vida diaria.

El Evangelio debe ser comunicado por medio de *todo lo que somos:* por nuestro testimonio hablado, ciertamente, pero también por nuestras actitudes y reacciones, por nuestra sensibilidad y amabilidad, nuestro comportamiento y conversación. No hay mayor motivo de escándalo para el no-creyente que la inconsecuencia entre lo que el pueblo de Dios predica y lo que practica. Las palabras, sin una vivencia que las respalde, no son suficientes.

En cambio, la vivencia sin las palabras es una pena. Por nuestro silencio implícitamente comunicamos la idea errónea de que lo que puede haber de hermoso en nuestras vidas es obra nuestra, no de la gracia de Dios; la gente siente la atracción de nuestras vidas pero desconoce la causa; piensa que es porque nosotros mismos somos buenos. De esta manera, en vez de glorificar a Dios, nos exaltamos a nosotros mismos. Pero más aún, impedimos por nuestros silencio que otros puedan conocer el camino de la salvación.

La vida y las palabras deben ir juntas. Algunos de los que se apresuran a hablar harían bien en callarse, porque sus vidas no honran el Evangelio que predican, muchos de los que se callan harían bien en empezar a hablar, porque su silencio es reprensible (ver Ezequiel 33:7-9).

«... para su gloria...»

Nuestra principal motivación en la evangelización no debe ser, por supuesto, la promoción de nuestra propia reputación ante nuestros hermanos, ni una obsesión por el número de convertidos, ni siquiera, en primer lugar, la compasión por los perdidos; sino la gloria de Dios. Toda otra motivación se queda corta. Nuestro amor al Señor, nuestro deseo de que Él sea honrado y sus derechos reconocidos en la vida de nuestros prójimos, es la única motivación capaz de sostenernos en medio de los muchos momentos de desánimo que habremos de afrontar en nuestra evangelización.

En esto, como en todo, el Señor Jesucristo es nuestro modelo: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera» (Juan 17:4).

Nuestro afán en la evangelización debe ser igual al suyo: «Santificado sea Tu nombre; venga Tu reino; hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:9-10).

«... y en el poder del Espíritu Santo...»

Las armas de nuestra milicia no son carnales sino espirituales, poderosas *en Dios* (2 Corintios 10:4). Ninguna sabiduría humana, ningún sistema de «marketing» ninguna técnica psicológica, ninguna planificación de comité, puede hacer las veces de la dirección del Espíritu Santo en nuestra evangelización. Bajo el señorío de Cristo estas otras cosas pueden tener su lugar, pero se convierten en sucedáneos pobres del poder de Dios cuando evangelizamos sin descansar en la guía y recursos del Espíritu.

El Espíritu Santo es quien nos capacita interiormente para la evangelización (Hechos 1:8; Efesios 3:16). Es quien nos dirige en nuestros planes y nos pone en contacto con personas ya predispuestas por Él (Romanos 8:14; Hechos 8:26,29). El nos da las palabras que hemos de decir (Mateo 10:19-20; Hechos 4:29-31). Él es el único que puede convencer al no-creyente de su condición ante Dios (Juan 16:8) y que puede hacerle nacer a una vida nueva (Juan 3:5-8; 4:13-14; 7:37-39). Sin Él, pues, la evangelización no es más que la comunicación de unas ideas teóricas; sólo hay convicción, conversión y regeneración cuando el Espíritu Santo nos utiliza como canales de su poder transformador. En fin, Él es nuestro Señor y nosotros debemos estar a *sus* órdenes, no esperar que Él se someta y se adapte a *nuestros* planes.

«...de tal manera que los hombre puedan recibir a Jesucristo como Salvador...»

Nuestra tarea no es solamente la de ganar el asentimiento intelectual de la gente a una serie de proposiciones doctrinales, ni mucho menos la de aumentar el número de afiliados a nuestra denominación religiosa. Es la de conducir a la gente al Salvador, el único que les puede abrir el camino a Dios (Juan 14:6). Nosotros no les salvamos. La doctrina no les salva. La Iglesia no les salva. Sólo Cristo salva.

Nuestra función es la de ser embajadores de Cristo (2 Corintios 5:20), hablar en su nombre, denunciar el pecado conforme a su ley, presentar sus derechos como Señor, y explicar lo que El ha hecho para salvarnos de nuestra condición perdida y restaurar nuestra relación con Dios. Nosotros como buenos gestores preparamos el camino, damos las explicaciones, hacemos la presentación del Salvador; por así decirlo, prepa-

ramos los papeles del caso. Pero el último trámite, la firma del contrato, lo ha de realizar nuestro oyente personalmente con el abogado, el Salvador mismo. Nosotros rogamos y exhortamos, pero es la persona interesada la que debe reconciliarse con Dios por medio de Jesucristo. Ella es la que debe invocar el nombre del Señor (Romanos 10:13), recibir a Jesucristo como Salvador y poner su fe en Él (Juan 1:12).

Si bien en cuanto a este «último paso» nosotros no podemos ni obligar a nadie ni darlo en su lugar, sí hemos de allanarle el camino para que pueda llegar a este punto. Lo hemos de hacer con esmero y diligencia (2 Timoteo 2:15). No basta con echar en cara de nuestro oyente unas cuantas afirmaciones dogmáticas acerca del Evangelio. Hemos de razonar con él, contestar sus preguntas, abrirle el Nuevo Testamento para que pueda ver a Jesucristo en acción, escuchar sus palabras y ver por sí mismo cómo Cristo salva a la gente, debemos explicarle el significado de la encarnación, la crucifixión, la resurrección y glorificación de nuestro Señor, la esperanza de su retorno y el don de su Espíritu. En fin, nuestra tarea no ha acabado hasta no haberle conducido a aquella encrucijada en la que puede acudir a Cristo con conocimiento de causa (o rechazarle con igual conocimiento de las implicaciones), comprometerse con Él habiendo contado el precio, y creer en el Salvador sin que su fe represente un suicidio intelectual.

«... y servirle como Rey».

El Salvador es el Rey. No lo puedes dividir en dos y recibir sólo la mitad de su persona. O bien le recibes tal y como es en realidad, con todas sus consecuencias, o bien no le recibes. No es lícito intentar aceptar su salvación sin acatar su señorío (porque en parte la salvación consiste precisamente en una vida vivida bajo su señorío), ni tampoco es lícito predicar un Evangelio en el que la salvación queda separada del señorío de Cristo.

Según la Gran Comisión nuestra responsabilidad es la de hacer discípulos (Mateo 28:19), discípulos de Jesucristo naturalmente; es decir, personas que sigan a Cristo, que le obedezcan y vivan bajo su señorío.

La nota dominante de las primeras predicaciones evangelísticas de la Iglesia apostólica es ésta: Jesucristo es el Señor; Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hechos 2:36; 3:13). Los apóstoles exhortaban a la gente a que se sometiera a la autoridad de Jesucristo, no a que aceptara una salvación al margen de su señorío.

Ciertamente hemos de predicar la paz con Dios, el Evangelio de la reconciliación, pero quien nos puede reconciliar con Dios es Jesucristo, el *Señor* de todo (Hechos 10:36).

Si en nuestro afán de proselitismo «rebajamos el listón» del Evangelio y predicamos una salvación de eterna felicidad a expensas del arre-

pentimiento, repudio del pecado y acatamiento del señorío de Jesucristo, no sólo hacemos violencia a los derechos de nuestro Rey, sino que podemos acabar ofreciendo una salvación que no salva.

1B. ¿QUIÉN DEBE EVANGELIZAR?

En cierto sentido, todos los que invocan el nombre de Cristo ya le son testigos, elijan serlo o no, porque la reputación de Dios en el mundo está irrevocablemente unida a la reputación de Su pueblo. Todo lo que decimos y hacemos lleva al honor o al deshonor de Su Nombre. Puede que seamos testigos malos o inconsecuentes pero si decimos que somos cristianos nuestros vecinos y compañeros inevitablemente recibirán cierta impresión acerca de Dios y del Evangelio por lo que ven en nosotros. En este sentido, pues, no podemos escapar de nuestra responsabilidad evangelística.

Sin embargo es evidente que cuando el Nuevo Testamento habla de «ser testigos» de Cristo no lo dice sólo en este sentido «pasivo», sino que espera de la iglesia una iniciativa activa en la comunicación del Evangelio. De hecho ésta era la intención de Dios para Su pueblo aún en el Antiguo Testamento (p. ej., leer Isaías 43:10), y la Gran Comisión se puede considerar como la ratificación de la misma intención para el pueblo de Dios bajo el nuevo pacto (Mateo 28:18-20; Marcos 16:15; Lucas 24:45-49; Juan 20 21; Hechos 1:8).

Los apóstoles entendieron que la Gran Comisión atañía obligatoriamente a todos los creyentes y en la iglesia primitiva se daba por supuesto que cada uno evangelizaría. Es evidente que esta responsabilidad se hace extensiva a los creyentes de todas las épocas por las mismas palabras de Jesús: He aquí yo estoy con vosotros *hasta el fin del mundo* (Mateo 28:20).

De la misma manera que no podemos limitar la promesa del Espíritu Santo a una sola generación ni a un grupo especializado de creyentes, tampoco podemos limitar el mandamiento de testificar. *Todos* los que han recibido el Espíritu Santo tienen que hablar de Jesucristo, puesto que el Espíritu es dado, entre otros motivos, precisamente para este fin (Hechos 1:8; 2 Timoteo 1:6-8).

Pero además, hay suficientes exhortaciones directas en las Escrituras para dejarnos sin excusa posible si no evangelizamos: 2 Corintios 5:18-21; Colosenses 4:2-6; 2 Timoteo 4:1-5; 1 Pedro 3:14-16 etc.

Tampoco podemos diluir nuestra responsabilidad pretendiendo testificar pasivamente mediante nuestras vidas y hablar sólo cuando se nos pregunta acerca de nuestra fe, aunque por supuesto nuestra manera de vivir es importantísima como punto de partida de nuestra evangelización. Juan 10 21 nos da el modelo a seguir, Jesús dice: «Como me envió

el Padre así también yo os envío» Aquí vemos por un lado nuestra obligación *activa* en la evangelización (por cuanto somos *enviados* a comunicar el Evangelio, no solamente llamados a reaccionar cristianamente ante las circunstancias que nos vienen encima), y por otro lado el *modo* de realizar esta obligación, en el sentido de que Cristo tiene que ser nuestro modelo. Nosotros nos dirigimos pues, a la gente como lo haría Cristo; *vamos* en su nombre. Esto implica una iniciativa que puede romper con nuestra pasividad e indiferencia.

Hay dos ministerios que deben manifestarse en *todo* aquel que ha nacido de nuevo: la adoración y el testimonio.

Tanto la evangelización como la alabanza son funciones «sacerdotales» (1 Pedro 2:9) y todo creyente es llamado a ser sacerdote (Apocalipsis 5:10). Incluso hay una relación íntima entre la adoración y la evangelización, porque las dos tienen que ver con una preocupación por la gloria de Dios (Deuteronomio 32:2; Salmos 22:22; 45:17; 96:2-3): tanto la proclamación del Evangelio como el acto de adoración en sí contribuyen al engrandecimiento del nombre de Dios.

Aunque es cierto que el Espíritu Santo ha dado a algunos cristianos una capacidad especial para ciertas formas de evangelización, debemos comprender que la evangelización es un privilegio que *todos* hemos heredado porque el vivir por el Evangelio y el testificar para Cristo son consecuencias inevitables de nuestra conversión e incluso la condicionan (Mateo 10:32-33). Como ya hemos visto, es la misma presencia del Espíritu Santo en el creyente por el nuevo nacimiento, la que le capacita para la evangelización; no un don «adicional» que el Espíritu quizá le conceda, quizá no.

1C. DONES Y VOCACIONES: TESTIGOS Y EVANGELISTAS

Sin embargo es cierto que algunos creyentes tienen un don especial en la comunicación del evangelio. Efesios 4:11 parece reconocer una categoría de personas que el Señor Jesucristo capacita de una manera excepcional para la evangelización. Igualmente según Hechos 4:33 vemos que la evangelización era especialmente una responsabilidad asumida por los apóstoles.

En Colosenses 4:2-6 Pablo reconoce la responsabilidad evangelística de todos sus lectores (versículos 5 y 6) y sin embargo es consciente de que Dios le ha llamado a un ministerio evangelístico especial que requiere la oración de los colosenses (versículos 3 y 4).

Debemos recordar que la comisión a la evangelización se da en primer lugar a la iglesia en conjunto más que al creyente individual. Posteriormente esta responsabilidad de la iglesia se realiza en dos niveles: mediante hombres designados y dotados por Dios que deben esfor-

zarse en su llamamiento específico y especializado (Romanos 15:20); y mediante el testimonio fiel de *todos* los creyentes en su trato diario con «los de afuera». No se espera de éstos el ministerio especializado de aquellos, pero tampoco la tarea de aquellos quita la necesidad de la evangelización espontánea y constante de éstos.

Lo importante aquí es que no utilicemos como excusa para no evangelizar el hecho de que algunos tienen un don o llamamiento especial en este campo. Por sus palabras a Timoteo deducimos que Pablo consideraba que éste rehuía su responsabilidad evangelística, y aun cuando ésta no fuera su ministerio principal el apóstol le tiene que exhortar a que «haga obra de evangelista» (2 Timoteo 4:5).

Algo anda mal, pues, en nuestra vida cristiana si no aprovechamos las constantes oportunidades que el Señor nos da para hablar a otros del evangelio.

1D. ¿POR QUÉ MUCHOS CRISTIANOS NO EVANGELIZAN?

Sin embargo la triste realidad es que una gran mayoría de los que profesan el nombre de Cristo en nuestros días *no* evangelizan. ¿Cómo podemos explicar esto?

En respuesta a esta pregunta podemos aducir seis razones principales:

1) *Por la mediocridad de nuestro compromiso con el Evangelio*

Tales personas no han comprendido que la llamada de Dios no es solamente a que integremos ciertos conceptos del evangelio dentro de nuestra propia cosmovisión, sino a que transformemos nuestra cosmovisión sometiéndola plenamente al Evangelio. Como consecuencia no viven por y para el Evangelio, sino que lo tratan casi como un pasatiempo, algo que justifique ciertos *aspectos* de su vida y les dé ciertas garantías para el futuro, pero que no envuelve todo lo que son. No «respiran» el Evangelio. No lo tratan por lo tanto como un gran tesoro que Dios les ha encomendado un depósito que deben guardar y proclamar (2 Timoteo 1:14; 4:2). Al entregarse al Evangelio sólo a medias, no llegan a conocer en toda su plenitud ni la experiencia de caminar con Cristo, ni la comprensión de los propósitos eternos de Dios que el Evangelio nos revela. El Evangelio no es la principal motivación de su vida y como consecuencia no evangelizan. Vencerán el miedo, la timidez y la indiferencia sólo cuando Jesucristo llegue a ser para ellos una realidad auténtica y vital y el Evangelio el móvil que les inspire y estimule en todos los órdenes de la vida.

2) *Por desconocimiento de la responsabilidad evangelística*

Deben saber que tener las buenas nuevas y no compartirlas con otros es un egoísmo imperdonable. Más aún, es un acto de desobedien-

cia explícita al mandato de Jesucristo. Representa una indiferencia ante sus intereses en nuestro mundo. Finalmente es una negación de lo que en Cristo somos: luz en medio de las tinieblas y sal en un mundo corrompido, que debemos brillar para la gloria de Dios (Mateo 5:13-16; Efesios 5:8-11) y, por nuestro testimonio, ejercer una influencia sanadora que evite la perdición de muchos.

3) *Por falta de conocimiento*

Algunos que no evangelizan se callan por falta de un entendimiento claro del Evangelio y de las evidencias históricas en las que está basado. Quizá necesiten también una orientación en cuanto a cómo presentar el Evangelio a sus amigos.

4) *Por miedo a la gente*

Muchos creyentes son tímidos y temen ser rechazados por la gente. Sin embargo ni la lógica cristiana (Mateo 10:26-33) ni los recursos que Dios nos ofrece (2 Timoteo 1:6-8) nos permiten justificar con la timidez nuestra inactividad evangelística.

5) *Por un espíritu derrotista*

Tal espíritu procede de una comprensión meramente humana de lo que es la evangelización. Los que lo tienen piensan que todo depende de *ellos y* no reconocen que la evangelización es supremamente una obra de *Dios*. Como consecuencia piensan que la gente no les va a escuchar y que por lo tanto es inútil evangelizar. Necesitan renovar su confianza en la soberanía de Dios, en la eficacia de su Palabra y en la realidad de la obra del Espíritu Santo. También necesitan comprender que la obligación de evangelizar no está determinada por la respuesta afirmativa de la gente sino por la necesidad imperativa de glorificar a Dios por la proclamación de su Palabra.

6) *Por una falta de plenitud espiritual*

Ya hemos dicho que el Espíritu Santo es quien nos capacita para evangelizar. La ausencia de evangelización es, por lo tanto, necesariamente evidencia de una ausencia del poder del Espíritu Santo en la vida del creyente. Quien es lleno del Espíritu Santo evangeliza; quien no evangeliza no es lleno del Espíritu.

Con esto no estamos diciendo que la persona que no evangeliza no ha *recibido* el Espíritu, no ha sido regenerado por El. Porque una cosa es haber recibido una nueva vida en el Espíritu, y otra mantenerla a tope por la plenitud del mismo Espíritu. Cuando en Pentecostés el Espíritu fue derramado sobre los discípulos, la reacción inmediata fue la evangelización. Los mismos que antes estaban escondidos en el aposento alto, ahora proclamaban el Evangelio con denuedo. Pero aquella

primera plenitud (Hechos 1:4) debía ser renovada constantemente si iban a mantener el mismo denuedo (Hechos 4:31).

Así ocurre con nosotros. Si no obedecemos constantemente la orden bíblica de «ser llenos del Espíritu» (Efesios 5:18), poco a poco nos invadirá una actitud de comodidad, de pusilanimidad, de cobardía. Se nos desvanecerá la urgencia de nuestro cometido; perderemos de vista la gloria de Dios y los derechos del Señor Jesucristo. Acabaremos encerrados en nuestros ghettos evangélicos, impotentes pero autosatisfechos, como la iglesia de Laodicea.

1E. TEMARIO

1) Considerar nuestra definición de la evangelización

(1A). ¿Cuál es el significado o la importancia de cada frase? Si tú tuvieras que hacer una definición de la evangelización ¿de qué maneras diferiría de ésta? ¿Qué conceptos añadirías o quitarías?

2) Leer Mateo 28:18-20; Marcos 16:15-16; Hechos 1:78; Colosenses 4:2-6; 1 Pedro 3:14-16; 2 Timoteo 4:5. ¿Qué nos enseñan estos textos acerca de la responsabilidad evangelística de *todos* los creyentes?

3) Las exhortaciones específicas a la evangelización en el Nuevo Testamento no son muchas y menos aún cuando se trata de exhortaciones al uso de algún método evangelístico concreto. ¿Por qué piensas que es así?

4) ¿Es válido hacer una distinción entre el «testigo» (todo creyente) y el «evangelista» (el que tiene un don evangelístico especial)? Da razones bíblicas para tu respuesta.

5) Considerar la opinión siguiente: En cuanto a nuestra responsabilidad evangelística, el Señor nos pide cuentas conforme a los *dones* que nos da y las *oportunidades* que nos rodean. Por lo tanto nos atañe considerar seriamente nuestras oportunidades y desarrollar nuestros dones evangelísticos.

–¿Estás conforme con esta opinión?

–¿Qué dones te ha dado el Señor?

–¿Qué oportunidades se te presentan en las circunstancias actuales en las que vives?

–¿Cómo contestarías a la persona que dice: Yo no tengo don; o el Señor nunca me da oportunidades?

6) Evaluar esta opinión: La *responsabilidad* evangelística es común a todo creyente; el método evangelístico no es común sino que varía según el don, la personalidad y las circunstancias de cada cual.

–Si es así ¿cómo podemos ayudarnos mutuamente en el desarrollo y estímulo de nuestros dones evangelísticos? (Colosenses 3:16).

–Considera los creyentes de tu iglesia: ¿Cómo puedes estimularlos en la evangelización?¿Qué talentos o dones evangelísticos ves en ellos que quizás ellos mismos desconocen?

7) ¿Cómo puede una persona saber si tiene don de evangelización? ¿Cómo debe la iglesia ayudarle a ver si tiene este don?

8) ¿Qué factores espirituales o prácticos hacen que queramos evitar la responsabilidad evangelística? Hacer una lista de estos factores juntamente con argumentos que tú emplearías para contestarlos.

9) Repasar las diferentes citas bíblicas mencionadas entre paréntesis en este capítulo y expresar en tus propias palabras lo que nos enseñan acerca de la evangelización.

2. Nuestra motivación en la evangelización

2 A. ¿CUÁL DEBE SER NUESTRA MOTIVACIÓN EN LA EVANGELIZACIÓN?

La gran mayoría de creyentes no evangelizamos, al menos como deberíamos. Y nuestra falta de evangelización va contra toda lógica. Razones poderosas no nos faltan para que evangelicemos. Hemos recibido el mandato de parte de Jesús, a quien decimos que seguimos y obedecemos. Nuestros vecinos y compañeros van camino a la perdición y nosotros tenemos en nuestro poder el enseñarles el camino de salvación. Dios nos ofrece por su Espíritu todos los recursos espirituales que necesitamos.

Por lo tanto estamos sin excusa si no evangelizamos, y sin embargo tantas veces no lo hacemos. ¿Qué nos pasa?

En este capítulo intentamos plantear dos niveles del problema. En primer lugar estudiamos las motivaciones que deberíamos tener para la evangelización. En segundo lugar pasamos de un nivel académico a un nivel vivencial al preguntar qué clase de encuentro con Dios necesitamos si estas motivaciones van a ser algo más que teoría.

La motivación correcta es de suma importancia porque determina nuestros objetivos, nuestro mensaje y nuestros métodos. Más aún, es cuando somos motivados por una comprensión adecuada del significado auténtico de la evangelización, que comprendemos que no estamos llamados a evangelizar como «pasatiempo» cristiano, sino como una meta que debe apasionarnos y envolver todo el significado de nuestra vida en la tierra.

2 B. LA OBEDIENCIA

De entre las varias motivaciones que podríamos tener en la evangelización destaca en primer lugar la obediencia. Nuestro Señor nos lo

manda –de hecho fue su último mandato– y puesto que somos sus discípulos y reconocemos su señorío en nuestras vidas, evangelizamos porque acatamos lo que Él nos dice.

Por supuesto no podemos separar la obediencia del amor a Cristo. Le obedecemos porque le amamos (Juan 14:21, 23) y por lo tanto proclamamos el Evangelio (2 Corintios 5:14-15). Si no le obedecemos –esto es en el caso de no evangelizar– no tenemos derecho de decir que le amamos.

Sin embargo, la obediencia no es suficiente como motivación. Si sólo evangelizamos por sentido de obligación y sumisión, nuestra evangelización será forzada, carecerá de entusiasmo y humanidad. En cambio, si va a ser espontánea y real, si va a superar el legalismo y ser realizada con gozo, necesitamos dejar de mirarnos a nosotros mismos, y a nuestro deber, y abrir los ojos ante el mundo que nos rodea y amarlo como Cristo lo amó.

2 C. LA COMPASIÓN

Si es auténtica la presencia del Espíritu de Cristo en nosotros, empezaremos a sentir lo que Cristo sentía: una gran compasión por las personas que le rodeaban (Mateo 9:36; 2 Pedro 3:9). Fue porque Dios *amaba* al mundo que envió al Hijo; y es porque el Hijo ama al mundo que nos envía a *nosotros*. El amor a la gente y la compasión por su condición espiritual son motivos fundamentales, pues, en nuestra evangelización (Romanos 1:14-16; 9:1-3; 2 Timoteo 2:24-26). No obstante, en nuestras actitudes hacia los no-creyentes debemos distinguir entre un sentimentalismo sin fundamentos y una compasión bíblica. Aquél nos llevará a devaluar el Evangelio por temor a perder la amistad de nuestros amigos, o por no querer ofenderles con doctrinas «fuertes»; ésta nos llevará a declarar todo el consejo de Dios sin suavizar las exigencias del Evangelio, a pesar de lo que pueda costarnos de rechazos o críticas.

Dicho de otra manera, la compasión, si no es encauzada por otra motivación mayor, nos llevará al sentimentalismo y a una evangelización «antropocéntrica» (v. cap. III).

Si la obediencia pone el énfasis en nosotros mismos y la compasión contempla la condición de nuestros prójimos, necesitamos en adición una tercera motivación que ponga nuestra mirada en Dios mismo, y así encauce bien estas otras dos motivaciones.

2 D. EL AMOR AL NOMBRE DE DIOS

Lo que, más que cualquier otra consideración, debe impulsarnos a la evangelización es el amor a Dios y a su nombre; o sea, el celo por

su honor, reputación y justicia en este mundo. La evangelización es ante todo la proclamación de *quién* es y *cómo* es el Dios verdadero (Isaías 42:6-8; 45:5-7; 45:20-23) y lo que Él ha hecho en Cristo. Es, por lo tanto, una manera de exaltar a Dios, de glorificarle.

Este mundo que pertenece a Dios por derecho de Creador (Salmos 24:1-2; 89:11; 102:25; 104:24; Apocalipsis 4:11) y por derechos de Redentor (1 Pedro 1:18-19) ha sido usurpado por el «Príncipe de este Mundo» (1 Juan 5:19) a través de los hombres rebeldes (Salmos 115:16). Cristo vino a la tierra para restaurar el «Reino de Dios» en ella por la redención de los hombres en la cruz, ofreciéndoles así una salvación que consiste precisamente en la restauración de la relación con Dios que el hombre perdió por su rebelión. La salvación del hombre y el reconocimiento del Reino de Dios, son, pues, dos caras de la misma moneda. Al proclamar el Evangelio no contribuimos solamente a la salvación de la gente, sino también al reconocimiento de la soberanía de Dios en un mundo que le rechaza. Más importante que el beneficio personal que alguien recibe a través de la conversión es la vindicación que su conversión manifiesta del gobierno de Cristo y de los derechos supremos y absolutos de Dios.

Por la evangelización mostramos que deseamos que «venga su reino» (Mateo 6:9-10). Por la evangelización no sólo ofrecemos una salvación personal a nuestro prójimo, sino que libramos una batalla contra las huestes del mal y contra el falso rey de este mundo que ha engañado y cegado a la gente y cuyos propósitos son la destrucción de la creación (Apocalipsis 11:18), ya que ella proclama la gloria de Dios (Salmos 19:1), y la destrucción de la humanidad, ya que fue creada a la imagen de Dios (Génesis 1:26). Todo hombre «inconverso» no sólo necesita la salvación por razones personales sino porque su propia inconversión es un atentado contra los derechos de Dios y Su gloria (Isaías 43:7). Por la evangelización no sólo restauramos al hombre perdido, sino también contribuimos a que la gloria de Dios sea reconocida en este mundo. Por lo tanto, Su gloria debe ser la gran motivación detrás de nuestro testimonio.

Dicho de otra manera, si nosotros sabemos que Dios es el que tiene derechos supremos y absolutos en este mundo ¿no nos duele cuando alguien afirma que Dios no existe, o que no le importa que Dios exista o no, o que Dios no es justo? Todas estas mentiras, engaños, ideologías erróneas, argumentos falaces, actitudes de indiferencia o escepticismo... ¿no nos llenan de la misma indignación que la idolatría de Atenas al apóstol Pablo? ¿no se nos enardece el espíritu viendo la sociedad entregada a todo menos a Dios? (Hechos 17:16).

Si toda la intención de Dios y todos sus propósitos en nuestro mundo van dirigidos hacia la salvación del hombre y la consecuente

restauración de Su gobierno por medio de la redención en la cruz y la glorificación de Cristo, ¿no nos preocupa saber que dos mil años después de la muerte y resurrección de Cristo al menos la tercera parte de los hombres nunca han oído hablar de Jesús y otra tercera parte no tenga la más íntima idea de lo que Dios ha realizado a través de El, mientras la mayoría de los hombres restantes han rechazado el camino de la salvación y siguen regidos por unos principios que sólo dan gloria al Príncipe de este mundo?

Es cuando comprendemos esta perspectiva de lo que es la evangelización, que nuestros corazones reciben un fuerte impulso a la intercesión y a la evangelización. Lloraremos al ver la indiferencia y el desprecio de la gente ante los derechos absolutamente legítimos de Dios. Como el mismo Señor Jesucristo nos consumiremos por el celo de Dios (Juan 2:17), de tal forma que desearemos ver en cada sector y estamento de la sociedad y en cada país del mundo un grupo de personas que se desviva por mostrar, mediante sus vidas transformadas y su testimonio verbal, quién y cómo es Dios y lo que es el hombre, tanto en su rebelión como en su potencial de salvación. Repetir las peticiones de las primeras líneas del Padrenuestro y no evangelizar activamente es ser inconsecuente.

La evangelización que se centra en la necesidad de los *hombres* lleva a la frustración y al sentido de fracaso (y de culpabilidad) cuando no vemos «resultados». Por otra parte la evangelización que se centra exclusivamente en la gloria de Dios sin sentir ninguna compasión por los hombres es una evangelización fría, dura, arrogante e inhumana. Nos hace falta un equilibrio: un celo por el nombre de Dios y un amor entrañable hacia los hombres. Y es este equilibrio lo que debe determinar nuestro comportamiento y nuestra metodología.

2E. UNA VISIÓN DE DIOS

Sin embargo, es perfectamente posible tener un conocimiento teórico de cuáles deben ser nuestras motivaciones –y hasta criticar a los que evangelizan por motivos desequilibrados– ¡y luego no evangelizar! Una cosa es saber cuáles han de ser nuestras motivaciones, otra es vivir por ellas.

Si miramos el Antiguo Testamento vemos que los grandes evangelistas (Moisés, los profetas) eran hombres que tuvieron un encuentro poderoso con Dios. Si luego hablaron en nombre de Dios, es porque la visión celestial había sido tan abrumadora que no les cabía otra opción. Moisés y Jeremías por ejemplo, eran personas tímidas que rehuían la responsabilidad de comunicar el mensaje de Dios; pero la realidad de Dios venció

su timidez. Fue a continuación de su visión del Señor en el templo que Isaías sintió el impulso de ofrecerse como portavoz de Dios.

Podemos deducir, por lo tanto, que nuestra falta de evangelización es demostración de una falta de contacto vital con Dios. Es cuando Dios irrumpe en nuestra vida que no podemos por menos que hablar de Él, hablar en su nombre.

Pero ¿cómo es posible que un creyente no conozca la realidad de la presencia de Dios?

Aquí creo que debemos decir dos cosas:

En primer lugar, tal y como vimos en el capítulo anterior, si un creyente no conoce la realidad abrumadora de Dios en su experiencia diaria es porque no anda según el Espíritu Santo. Es a través del Espíritu que la experiencia «aislada» de los grandes siervos de Dios del Antiguo Testamento viene a ser la experiencia común del creyente en Jesús (Hechos 2:17-21). Conocemos a Dios –entramos en contacto vital con Él– a través del Espíritu. Y –¡vaya coincidencia!– es a través del Espíritu que somos capacitados para la evangelización (Hechos 1:8).

En segundo lugar, siempre existe una relación entre la santidad de vida y la presencia de Dios. El pecado siempre crea barreras entre nosotros y Dios. Si estamos viviendo en pecado, sin permitir que Dios nos escudriñe el corazón para que lleguemos al arrepentimiento, no habrá un conocimiento real de la presencia de Dios, y como consecuencia no habrá un estímulo vital a la evangelización. He observado en mi propia experiencia que hay una relación directa entre la victoria sobre el pecado (o la confesión de pecado) y el poder evangelístico.

Si, pues, no evangelizamos como deberíamos, no es en primer lugar por falta de una motivación teórica, sino por estar en una condición espiritual lamentable: nos falta la realidad de Dios en nuestras vidas; no andamos en el Espíritu; no luchamos contra el pecado.

No pensemos, si nos encontramos en tal estado, que lo que nos falta es una nueva «técnica» evangelística. Lo que nos falta es arrepentimiento y renovación de nuestro compromiso con Cristo.

2F. TEMARIO

1) Leer Mateo 9:35-38: ¿Qué sentimientos vemos aquí en Jesús? Evaluar la compasión como motivación en la evangelización. ¿Es la única motivación? ¿Qué otras hay?

2) Discutir: «El amor echa fuera el temor (1 Juan 4:18). Asimismo la compasión por las personas es el antídoto perfecto al temor de los hombres en la evangelización». ¿Te ha ayudado esta verdad en tu propia experiencia evangelística? Explicar.

3) Si nuestra única motivación en la evangelización es la de ver «almas salvadas», cualquier actividad evangelística que no produzca este resultado será inevitablemente un fracaso. Como consecuencia, terminaremos preocupándonos más por la estadística que por la gloria y el honor de Dios. Además buscaremos métodos que den más resultados, no métodos que glorifiquen a Dios ni que sean necesariamente fieles a su revelación. ¿Qué tiene que ver el «santificar a Dios» con la motivación evangelística? (Leer 1 Pedro 3:14-16).

4) Considerar el llamamiento de Isaías y la misión que Dios le encargó (Isaías 6:8-13. Ver también Mateo 13:14-15; Marcos 4:12; Lucas 8:10; Juan 12:40; Hechos 28:26-27). No se destaca aquí como motivación el amor por las personas. ¿Qué es entonces lo que motivó a Isaías?

3. La finalidad de la evangelización

3A. ¿CUÁL ES NUESTRO OBJETIVO EN LA EVANGELIZACIÓN?

Nuestro objetivo *final* debe coincidir con el objetivo final de Dios en la evangelización, es decir: la formación de *un pueblo* (no sólo la salvación de individuos aislados) para Su Nombre (o sea, un pueblo que le adore, que le ame, que declare sus poderosas obras y manifieste Su carácter en la vida diaria: Éxodo 19:5-6; Tito 2:14; 1 Pedro 2:9-10; Apocalipsis 5:9-10), con el fin de que «la tierra sea llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren la mar» (Isaías 11:9), que los reinos de este mundo puedan llegar a ser el reino de nuestro Señor y de su Cristo (Apocalipsis 11:15), que Dios a través de Cristo, pueda reconciliar consigo mismo todas las cosas en la tierra y en los cielos (Colosenses 1:18-20; Efesios 1:17-23) para que Dios pueda ser todo en todos (1 Corintios 15:28).

Nuestro objetivo *inmediato,* es por lo tanto, el de dar a conocer a Dios en Jesucristo, no sólo para lograr «conversiones» sino para hacer discípulos (Mateo 25:18-20), integrándolos en la comunidad del pueblo de Dios para que le adoren y testifiquen de su nombre, contribuyendo así al objetivo final de Dios.

Nuestra tarea evangelística no termina hasta que no hayamos comunicado (como iglesia, porque éste es un trabajo de equipo, no sólo de cada cual por su cuenta) toda la enseñanza de Jesucristo (Mateo 28:20) y todo el consejo de Dios (Hechos 20:27); hasta que la persona en cuestión no esté firmemente integrada en una comunidad de creyentes; y hasta que esta persona no esté viviendo activa y poderosamente como discípulo de Jesucristo e hijo de Dios.

3B. ¿HACER CREYENTES O HACER DISCÍPULOS?

El Nuevo Testamento no hace distinción entre «ser creyente» y «ser discípulo» y si a veces la ha habido en nuestra evangelización, es por no haber entendido ni el mensaje que predicamos ni nuestro objetivo

como evangelistas. En nuestro afán de números hemos caído en la trampa de presentar sólo el lado «positivo» del Evangelio (todo lo que Dios nos ofrece en Cristo) y de omitir cualquier énfasis sobre el arrepentimiento, la entrega de nuestras vidas al señorío de Cristo o el precio de ser discípulo suyo. Pero sólo tenemos que mirar a nuestras congregaciones para ver que el que dice ser creyente sin vivir una vida de discípulo, sólo sirve para entorpecer el testimonio cristiano y la vida de iglesia.

Hay además personas que tienen un concepto de «ser creyente» que es bastante estático. Para ellas es cuestión de creer en Cristo en un momento determinado y ¡ya está!: eres creyente. Por supuesto la idea bíblica de «creer» es mucho más dinámica. La verdadera fe salvífica se va robusteciendo con el tiempo; el verdadero creyente se fortalece en fe a lo largo de su vida, y es esta fe madura y continua la que también le justifica, no sólo la fe ejercida en el primer momento de creer (v. Romanos 4:20-22).

Estas mismas personas también suelen confundir la *fe* con la *profesión de fe*. Lo que salva es la fe, no su profesión. La fe por supuesto tiene un momento de comienzo y ha de manifestarse públicamente, pero si es verdadera tendrá un progreso y un testimonio continuado. En cambio la profesión de fe en ocasiones acaba casi en el mismo momento que empezó, en un solo brote de euforia.

Ahora bien si la idea de «creer» queda divorciada de la del discipulado, uno podría llegar a pensar que la sola profesión de fe hace de una persona un «creyente». (La profesión desde luego es importante, pero ha de ir acompañada de una verdadera fe interior: Romanos 10:8-11). Pero un concepto tan momentáneo y árido del «creer» es inconcebible cuando vemos que la fe bíblica se relaciona estrechamente con el discipulado. Porque por definición el discipulado es un compromiso cotidiano, que no acaba nunca, mientras aún hay algo que aprender. El discipulado –como también la fe, bien entendida– es un concepto dinámico, vital, que abarca todas las áreas de la vida en todos sus momentos y edades. El discípulo es una persona susceptible de ser enseñada, corregida, reprendida. Es alguien que aprende. El discipulado lleva la creencia desde la mente hasta la vida. Es la fe vivida.

¿Cómo hemos llegado a la situación de «creyentes que no son discípulos»? Creo que podemos proponer al menos tres respuestas:

1) Desde que Constantino estableció el Cristianismo como religión oficial del Imperio Romano ha habido la tendencia de dividir a los cristianos en dos grupos: los que lo son por convicción propia y los que lo son por haber nacido en una «sociedad cristiana». Por supuesto como evangélicos entendemos que nadie es cristiano solamente por haber nacido en cierto país; sin embargo hemos heredado algo de esta «mentalidad» que hace división entre las clases de cristianos (casi una

«iglesia dentro de la iglesia»), los que «se salvan» meramente y los que toman en serio la vida de discípulo.

2) La división de la iglesia en dos partes, clero y laicos, a partir de la evolución de la jerarquía eclesiástica también ha contribuido a la idea de que hay *ciertos* creyentes más comprometidos y dedicados que otros, y que la vida del discípulo se relaciona más con la vocación *profesional* que con el llamamiento normal de todo cristiano.

3) Como reacción a la enseñanza católica de la participación humana en la salvación por medio del mérito, de las buenas obras y de los sacramentos, ciertos sectores de la iglesia han ido al extremo opuesto, de tal forma que el discipulado lejos de estar implícito en la salvación, es percibido como algo adicional y casi opcional que se practica, o no, a continuación de la «conversión». Han tomado esta postura porque les parece que el discipulado implica «obras» y que insistir en la necesidad del discipulado es volver a un «evangelio de obras».

Puesto que este último es un tema bastante serio que nos afecta muy de cerca en nuestra evangelización, es conveniente profundizar más en él. Los evangélicos que propugnan una distinción entre la conversión y la decisión de ser discípulos de Jesucristo (o sea, que consideran el discipulado como bueno pero a fin de cuentas opcional) normalmente aducen los siguientes argumentos:

A) «Cristo mismo distinguía entre las multitudes que le seguían y los doce discípulos que Él había elegido. El discipulado era más bien para éstos, no para los demás que le seguían de lejos».

Por supuesto, los que aceptan este argumento lo hacen porque prefieren ser de la «multitud», o sea, quieren estar cómodos y no pagar el precio de seguir a Cristo. ¡Desde luego sus motivos no son muy nobles! Pero de todas maneras *no* es cierto que Cristo haya hecho una distinción entre sus discípulos y la multitud *en lo que concierne al precio del discipulado*. Las exigencias que Él hacía son iguales en ambos casos. Por ejemplo, podemos leer Mateo 16:24 y Lucas 14:25-27. En una ocasión Cristo habla a sus discípulos; en la otra a la multitud. Pero en ambos casos las exigencias del discipulado son iguales. Además, si estudiamos bien los evangelios, vemos que finalmente la multitud tuvo que elegir entre seguir a Jesús (en el sentido de ser discípulo suyo) o volver atrás; a la larga no podían seguirle «desde lejos». Al principio del ministerio de Jesús eran los vecinos de Capernaum los que formaban el grueso de la multitud que le seguía, pero en medio de su ministerio Cristo dice precisamente de Capernaum: «Tú que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habrían permanecido hasta el día de hoy» (Mateo 11:23). A la larga es cuestión de entregarse totalmente a Jesucristo o de volver atrás; no hay ningún camino intermedio.

B) «El nivel de sacrificio de la vida cristiana depende de la vocación de cada cual. No todos somos llamados a una vida de sacrificio sino sólo a los que el Señor llama a ministerios que lo exijan».

Sin embargo las afirmaciones «duras» de Jesús en los evangelios son dirigidas a los *discípulos,* a todos los que de alguna manera querían seguirle, no sólo a los apóstoles (Lucas 14:25-27). En el pensamiento de Jesús el sacrificio depende no de un ministerio especial sino del discipulado en sí. Puede ser cierto que algunas situaciones vocacionales serán más exigentes que otras, pero en principio *todo* creyente ha de estar dispuesto a renunciar a todo para seguir a Jesucristo.

C) «Si dices que el discipulado es una parte intrínseca de la conversión estás predicando un evangelio de salvación por obras».

Desde luego, como ya hemos dicho, éste es el argumento más serio y necesitamos analizarlo con cuidado. Mi contestación sería que tal argumento es falso por dos motivos principales, uno histórico y otro teológico.

a) *El argumento histórico:* No puede haber contradicción entre la salvación sólo por la fe y el discipulado como elemento intrínseco de la conversión, por cuanto la iglesia primitiva no veía ninguna contradicción entre estas cosas.

I) El mandato que Cristo dio a sus discípulos era el de «hacer discípulos» (Mateo 28:19); el que este mandato es sinónimo al otro que encontramos en Marcos 16:15 «predicad el evangelio» se ve porque en los dos casos Cristo especifica quienes son los que deben recibir el bautismo (en Mateo, los discípulos; en Marcos, los que creen); no hay dos clases de bautismo, así que tanto el creer como el ser discípulo son evidentemente pre-requisitos de un mismo bautismo; es decir, «ser discípulos» es sinónimo de «creer el evangelio». Además queda clarísimo en Mateo 28 que el bautismo es para *discípulos.* No hay aquí ninguna base para decir que la Gran Comisión consistía en predicar el evangelio para que la gente se salvara y luego, como opción posterior, eligieran ser discípulos de Cristo si así les apetecía. El llamamiento al discipulado, según Mateo 28, no viene a continuación de la predicación del evangelio, sino que es una parte intrínseca de ella. Como consecuencia, vemos que en el libro de los Hechos el «ser discípulo» es la respuesta lógica a la predicación apostólica (por ejemplo, 14:21). (Debemos añadir aquí que, puesto que probablemente los evangelios fueron redactados *después* de la mayor parte de las epístolas paulinas, no podemos decir que la revelación posterior que Pablo recibió de los propósitos divinos haya superado la enseñanza de los evangelios. Algunos han intentado utilizar estos argumentos como si hubiera una contradicción entre la «justificación sólo por la fe» de Pablo y el Evangelio de Cristo).

II) En el Nuevo Testamento el nombre normal utilizado para hablar de los «cristianos» no es precisamente «cristianos» sino «hermanos», «santos», «creyentes» o «discípulos». Si la salvación por la fe predicada por los apóstoles implicara que el discipulado fuera una opción para *después* de la conversión, sería lógico suponer que las palabras «creyente» y «discípulo» empleadas en el libro de los Hechos se refiriesen a dos niveles distintos de compromiso cristiano, la primera a la persona que meramente era «salva», la segunda a la que hubiera optado por ser discípulo a continuación de su conversión. Si en cambio el discipulado era una parte integral del mensaje del evangelio, sería lógico suponer que estas dos palabras se emplearan como sinónimos. Y efectivamente, si miramos el libro de los Hechos vemos que *son* sinónimos. En 11:21-26 vemos que los que «creyeron» en Antioquía son llamados «discípulos» (y a propósito, según el versículo 26 son los *discípulos los* que tienen el derecho de ser llamados «cristianos»). Lo mismo ocurre en Antioquía de Pisidia en 13:48-52. Según 14:22 los apóstoles exhortaron a que permaneciesen *en la fe* no a los «creyentes» sino a los «discípulos» (porque un discípulo *es* uno que cree). En 15:7-10 Pedro habla de los cristianos gentiles indistintamente como «los que creyeron» y «los discípulos». En 18:27 los «discípulos» de Acaya son «los que por la gracia habían creído».

Vemos por lo tanto que en Hechos los discípulos son llamados creyentes y los creyentes discípulos. Y concluimos que en la iglesia primitiva no se hacía ninguna distinción entre «creer» y «ser discípulo». Ser lo uno presuponía ser lo otro.

Éste es, pues, el argumento histórico: que en la iglesia apostólica no se conocía ninguna distinción entre la fe en Jesucristo y el compromiso del discipulado; que ser «creyente» y ser «discípulo» era una misma cosa. Esta consideración nos lleva a la cuestión teológica.

b) El argumento teológico: El hacer un divorcio entre «ser creyente» y «ser discípulo» es hacer violencia a los conceptos bíblicos de fe, salvación, arrepentimiento y finalmente a la persona del Señor Jesucristo.

I) *La fe.* Somos salvos por la fe. Pero ¿cuál es el objeto de nuestra fe? Pues, el Señor Jesucristo. Es decir, la fe que nos salva es la fe en una *persona,* una fe que lleva a una *relación personal.* No somos salvos por la fe en una serie de proposiciones teológicas (aunque la fe en Cristo implícitamente exige la aceptación de las doctrinas acerca de Cristo). ¡Ni siquiera somos salvos por nuestra fe en la doctrina de la salvación por la fe! Somos salvos por la fe *en Cristo.* «Cree *en el Señor Jesucristo, y* serás salvo» (Hechos 16:31).

Pues bien, cuando el objeto de la fe es una persona, las implicaciones para la vida del «creyente» son grandes. Si el objeto de la fe es sólo una proposición, la fe fácilmente se reduce a una mera aceptación intelectual que puede no influir en la vida del creyente. Pero ésta no es la fe de la predicación apostólica. En cambio, si pongo mi

fe en Jesús de Nazaret, difícilmente es una fe solamente «intelectual». Esta fe abarca toda una relación, y esta relación a su vez tiene que ver con el amor, y el amor con la obediencia (Juan 14:23; 15:10). De ahí que la línea de división entre la fe y la obediencia, aunque en el orden teológico es de gran importancia, es una línea casi imperceptible en la práctica de la vida.

Consideremos el caso de Abraham (a fin de cuentas él es el «padre de la fe»). Cuando Dios le dijo que fuera a sacrificar a Isaac, su respuesta ¿fue de fe o de obediencia? ¿No es verdad que resulta casi absurdo intentar distinguir entre la fe y la obediencia en este caso? Es por esto mismo que los apóstoles no sólo hablan de «creer» el evangelio (por ejemplo Romanos 1:16) sino también de «obedecerlo» (Romanos 10:16). Cuando nosotros escuchamos los mandatos de Cristo ¿podemos desobedecerlos y a la vez seguir diciendo que tenemos fe en Él? ¿Qué clase de fe es la que dice que «cree» en Jesús sin tener la menor intención de obedecerle? No. La fe cuyo objeto es el Señor Jesucristo se manifiesta inevitablemente en la obediencia. Si no hay obediencia (no digo «obediencia perfecta», porque ésta no se da en ninguno de nosotros, pero sí «la disposición de obedecer»), no hay fe bíblica sino una creencia intelectual, y en este sentido «también los demonios creen» (Santiago 2:19). La fe *auténtica,* la que es una fe en Cristo mismo, se manifiesta en el discipulado. No puede haber fe sin discipulado porque las semillas del discipulado están en la fe.

Quienes comienzan haciendo un divorcio entre el evangelio y el discipulado terminan abogando a favor de una fe que no es más que el asentimiento intelectual a una serie de proposiciones doctrinales. Este no es el concepto bíblico de la fe.

II) *La salvación.* El concepto bíblico de la salvación no es sólo negativo (salvos *del infierno)* sino también positivo (salvos *para* una nueva vida en Cristo). ¿Para qué quiero ser salvo? No sólo para escaparme de la condenación, sino para comenzar una nueva relación con Dios, la restauración de lo que el hombre perdió en la caída. Ésta es la misma esencia de la salvación: ser restaurado, transformado a la imagen de Jesucristo (ver Efesios 1:4-5; Romanos 8:29; 2 Corintios 3:18). Pero una relación con Dios inevitablemente implica el discipulado, porque el discipulado no es más que el reconocimiento en la vida práctica del señorío de Cristo, de que el Señor es Señor. Si separamos, pues, el concepto de discipulado de la predicación del evangelio, terminamos con un concepto «negativo» de la salvación: el escaparnos del infierno. Por supuesto ésta es una faceta importantísima del evangelio, pero el «creyente» (que lo es de verdad) no sólo deja de sufrir la condenación sino que ha pasado de muerte a *vida,* una vida abundante en relación con el Señor (Juan 5:24).

III) *El arrepentimiento. Si* repudiamos la cuestión del discipulado en nuestra presentación del evangelio, el arrepentimiento, en vez de ser

el rechazo de la antigua vida pecaminosa y la conversión activa hacia un nuevo estilo de vida, llega a ser solamente cierta tristeza por los pecados del pasado. En cambio el ejemplo de Juan el Bautista nos muestra que el arrepentimiento que es auténtico debe manifestarse en «frutos dignos de arrepentimiento» (Lucas 3:8), los cuales nos conducen a la idea de santificación, una parte esencial del discipulado (y de la salvación).

IV) El *Señor Jesucristo.* El divorcio ya señalado entre la salvación y el discipulado presupone una división tajante en el ministerio de nuestro Señor Jesucristo, una división entre su señorío y su salvación. Varias veces he oído decir en círculos evangélicos que para aceptar a Cristo como Salvador no es *necesario* aceptarle como Señor. Lo que realmente quiere decir este tipo de afirmación –supongo– es que uno puede aceptar la salvación que Cristo efectuó en la cruz sin aceptarle a Él; porque no entiendo de qué manera uno puede aceptarle como persona en una capacidad sin la otra. O bien le aceptamos tal como es (o sea, tanto Señor como Salvador, como Pastor, como Juez, como Siervo, como Rey, etc.) o bien no le aceptamos. No se puede dividir a una persona y sólo «aceptar» aquellas partes que sean de nuestro gusto. Lo que sí se puede hacer es aceptar un regalo y rechazar a la persona que nos lo ofrece, y supongo (repito) que en realidad es esto último lo que quieren decir los que abogan a favor de una distinción entre «Cristo como Señor» y «Cristo como Salvador».

Sobre este tema se han escrito grandes tomos, pero el asunto a mi juicio es tan claro que apenas admite discusión. La pequeña frase «en Cristo», en su uso paulino, es suficiente en sí como para indicar que uno no puede recibir el regalo si no es por medio de una identificación plena con Aquel que nos lo ofrece.

El Espíritu Santo que mora en el «creyente» ¿es el espíritu enviado por Cristo el Salvador o por Cristo el Señor? Evidentemente por «ambos», porque el Espíritu es quien garantiza nuestra salvación y también nos da el poder para vivir una vidà santificada. Es tan absurdo pensar que uno puede aceptar a Cristo como Salvador sin aceptarle como Señor, como pensar que uno puede recibir a aquel Espíritu Santo que es el sello de nuestra herencia, sin recibir al que nos da poder y nos santifica. No hay dos Espíritus Santos.

Este no es lugar para extendernos más sobre esta cuestión. Baste con decir que el *señorío* de Cristo evidentemente era un tema fundamental de la predicación evangelística de los apóstoles (ver Hechos 2:32-36; 10:36-43). Es cierto que Pablo en Corinto sólo «supo a Jesucristo y a éste crucificado» (1 Corintios 1:21-24; 2:1-2) pero a esta misma iglesia Él puede hablar del «evangelio de la *gloria* de Cristo» y explicar que «no nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo *como Señor*» (2 Corintios 4:4-5).

Por todas estas razones no podemos aceptar que el esperar que todos los cristianos sean discípulos del Señor Jesucristo sea predicar un evangelio «de obras». Por supuesto no somos salvos por nuestras obras, por nuestro mérito personal, por nuestra propia capacidad de ser discípulos fieles. Somos salvos por la *fe*. Pero aunque no somos salvos *por* nuestras obras, tampoco somos salvos *sin* obras, porque la salvación es, por definición, una nueva vida *de* buenas obras. Somos salvos *para* las obras (Efesios 2:8-10).

Somos salvos por la fe, pero la fe se manifiesta *inevitablemente* en obras, ya que es una fe puesta en una persona, no (en primer lugar) en un credo. Estas *obras* no nos salvan; es la fe la que nos salva; pero una ausencia de obras indica una ausencia de fe verdadera (Santiago 2:14-20). Es cierto que Pablo habla del hombre que «no obra sino cree» (Romanos 4:5), pero aquí habla de los medios para conseguir la justificación, no de las consecuencias inevitables de la misma: jamás podemos justificarnos ante Dios por nuestras obras, sino sólo por la fe en Cristo; pero la consecuencia de la justificación –el verdadero propósito de ella– es que nuestras vidas sean transformadas a la imagen de Cristo y que vivamos como Él vivía.

Por lo tanto, el llamamiento al discípulo jamás es una opción reservada para un grupo especial de personas que ya son «cristianas», que ya son «salvas». Es una parte intrínseca del evangelio desde el comienzo. Quien rechaza el señorío de Cristo ha rechazado la salvación. Quien acepta el señorío de Cristo ya es un discípulo. Somos salvos por la fe, pero es una fe depositada en el *Señor* Jesucristo; es una entrega personal a Él. No somos salvos por nuestro discipulado; somos salvos –insistimos– por la fe. Pero no somos salvos si no somos discípulos, porque el discipulado es esencialmente la respuesta de la fe ante el señorío de Jesucristo.

Volvamos a la pregunta que planteamos al principio de esta sección, pues, y la contestamos de la forma siguiente: es imposible hacer creyentes que auténticamente lo sean sin hacer discípulos. Por lo tanto, no tenemos ningún derecho a realizar una evangelización que reduzca el evangelio a la aceptación de un regalo sin hacer caso del Señor que lo regala, que deje aparte la cuestión del discipulado hasta después de la «conversión». El cometido que hemos recibido es totalmente claro: hacer discípulos (Mateo 28:19).

3C. ¿EVANGELIZACIÓN TEOCÉNTRICA O ANTROPOCÉNTRICA?

El rechazo del discipulado como parte integrante del Evangelio es una consecuencia de una tendencia latente en mucha de nuestra evangelización, de distorsionar el Evangelio de manera que el hombre sea el centro del mismo, no Dios. Si vamos a evangelizar bíblicamente

debemos rechazar este enfoque antropocéntrico y practicar una evangelización teocéntrica.

Presentamos a continuación y de una forma esquemática, algunas de las implicaciones de los dos enfoques.

ANTROPOCÉNTRICA	TEOCÉNTRICA
La motivación del evangelista	
La evangelización antropocéntrica parte de la base de los problemas del hombre y su solución. El hombre es percibido como un pobre desgraciado (a veces casi como una víctima de sus circunstancias) que es atendido por un Dios cuya razón de ser es la de satisfacer las necesidades humanas. La preocupación del evangelista recae pues sobre el hombre: sus problemas, sus necesidades psicológicas, sociales o emotivas, su destino eterno.	En cambio, en la evangelización teocéntrica la preocupación del evangelista recae sobre Dios, su honor, su soberanía en este mundo que debería reconocerle y alabarle como legítimo dueño y señor del universo; se manifiesta en celo por Su Nombre cuando es ofendido o ignorado (Isaías 42:8; 45:21, 23; Números 14:13-19; Hechos 17:16, 24-31; 2 Corintios 4:15). Si ésta es auténticamente nuestra motivación, si Dios es el centro de nuestro esfuerzo evangelístico, también tendremos preocupación por las necesidades del hombre, porque Dios es amor y el amor que Él derrama en nuestros corazones despierta compasión hacia los hombres. Pero esta compasión nunca será a expensas de los derechos de Dios ni de la dignidad del Evangelio que predicamos. Tampoco será incompatible con la indignación ante la pecaminosidad e inmundicia humanas.
Los objetivos de la evangelización	
Ayudar a las personas a que conozcan a Cristo, para que puedan tener perdón, paz, felicidad, la ayuda de Dios para sus problemas, y al final, el cielo.	Dar a conocer el nombre de Dios (o sea, quién es, cómo es, lo que ha hecho por nosotros en Cristo) para que los hombres se sometan incondicionalmente a su

soberanía, formando parte de su pueblo, para que su reino sea extendido a todos los sectores de la sociedad hasta lo último de la tierra (1 Pedro 2:9). La felicidad del hombre será la consecuencia pero no es la primera finalidad.

El pecado del hombre

La condición pecadora del hombre a menudo se considera como una enfermedad o insuficiencia que debe corregirse. Por ejemplo leemos en cierto manual de evangelización que: «una de las mayores mentiras de este siglo es que los hombres no quieren a Dios... sólo necesitan ser llevados a Él correctamente». (O sea, el éxito de la evangelización sólo es cuestión de «marketing»). Si es así, entonces la Biblia está equivocada: Romanos 3:9-20; Jeremías 17:9.

El hombre está espiritualmente *muerto* (Efesios 2:1-10, Juan 6:44, 65). Ya está bajo condenación. Su actitud básica ante Dios es de hostilidad, sea activa o pasiva (Romanos 5:8-10; Juan 3:19-21). (Hay personas que tienen inquietudes espirituales, pero es porque Dios ya está obrando en ellas por su Espíritu: Juan 16:8-11). Tanto la indiferencia ante Dios como el ateísmo más virulento, son actitudes *culpables* de parte de un corazón pecaminoso y engañoso (Jeremías 17:9).

La redención

El énfasis está en restaurar una *relación* personal con Dios. La cruz sólo muestra el *amor* de Dios.

El énfasis está en la *redención* personal, la cual luego implica una *relación* restaurada. La cruz muestra la justicia y la santidad de Dios, además de su amor, al dar a Cristo como sacrificio para quitar el pecado (Romanos 3:24-26; 1 Pedro 1:18-21; 2:24,25).

La soberanía de Dios

Cristo hizo posible la salvación pero Dios es impotente para realizarla en la vida del hombre a menos que la persona se decida por Él.

La salvación en Cristo demuestra la poderosa iniciativa de Dios, porque Él es quien atrae, convence, ilumina y regenera (Juan 6:44; 12:32; 16:7-8; Efesios 1:17-18).

La presentación del mensaje

El no-creyente es «seducido», apelando a sus deseos y sus necesidades. Existe la tentación de adaptar el evangelio para que psicológicamente sea más «interesante» y la persona lo acepte, evitando mencionar puntos que no agradan. Muchas veces esto hace necesario memorizar cierta presentación del Evangelio, o adherirse rígidamente a un bosquejo escrito. En reuniones públicas se ejerce una presión psicológica por medio de la música, de un ambiente emocional, de ilustraciones sentimentales, de un llamamiento prolongado, o sencillamente por la presión de una mayoría cristiana. La persuasión es psicológica o sentimental, no espiritual.

Porque se cree que el hombre en general está buscando a Dios y sólo le falta la información, la evangelización es vista principalmente como una «siega». Si alguien rechaza una presentación

Se apela a la conciencia del no-creyente. Los hechos del Evangelio son presentados clara y ampliamente. Se explica bien la necesidad del arrepentimiento y el precio del discipulado (Lucas 14:25-33; 1 Tesalonicenses 3:4). No se emplean trucos psicológicos, porque no corresponden a nuestro fin en la evangelización. La persona es persuadida por el Espíritu Santo, por medio de los hechos del Evangelio (1 Corintios 2:1-5; 2 Corintios 2:17; 1 Tesalonicenses 2:3-6 13). Al rechazar todas las formas de presión humana hay necesidad de depender del Espíritu Santo y de la oración. Se reconoce que el no-creyente está ciego y no puede entender por sí mismo las verdades espirituales (1 Corintios 2:14). El creyente confía en el poder de Dios (1 Corintios 3:5-7). «Persuadimos a los hombres» (2 Corintios 5:11) por medio del Evangelio, pero no recurrimos a medios meramente humanos. El Espíritu Santo emplea la palabra para iluminar (Salmos 119:130), convencer (Hebreos 4:12, 13), producir fe (Romanos 10:17) y regenerar (1 Pedro 1:23 25). Él da al creyente las palabras necesarias para el entendimiento del que le escucha (Mateo 13:18-23).

El rechazo no implica un fracaso por nuestra parte (Mateo 13:1-23; Juan 15:18-27). Si nuestra motivación es la gloria de Dios en el mundo, y nuestro objetivo es darle a conocer, tenemos gozo

breve y esquemática del Evangelio, se considera que de todas maneras ha sido evangelizado, que ya ha tenido su oportunidad.

Los resultados

Una «decisión» muchas veces se considera equivalente al nuevo nacimiento, aun si no hay ninguna evidencia de arrepentimiento ni de sumisión a Cristo. A veces el no-creyente da la impresión de estar haciendo un favor a Dios al convertirse, por el cual Él debe estarle agradecido. Ha votado a favor de Dios. Por supuesto si no se ha efectuado ningún cambio en la vida del interesado, él no «sentirá» nada. Entonces el evangelista intenta asegurarle que de todas maneras está salvado porque «Dios no puede mentir». Algunos desilusionados, llegan a la conclusión de que el cristianismo no tiene nada que ofrecerles sino palabras y teorías. Se cierran totalmente ante cualquier intento de evangelizarles. Otros siguen adelante, pero con vacilaciones. Algunos son «condicionados socialmente» por la Iglesia y parecen creyentes. A veces hay un intento de corregir este problema, insistiendo en que el llamado «creyente» tenga una «segunda experien-

en cumplir lo que se nos ha mandado hacer, lo acepten los hombres o no. Es importante que en el juicio final nadie tenga excusas, que esté claro que Dios ha sido justo al dar suficientes oportunidades a cada persona. (Por otra parte «dejar los resultados a Dios» puede ser una excusa para una evangelización ineficaz. Debemos estar muy preocupados *si nunca* hay conversiones).

El interesado tiene que *«arrepentirse y creer»* los hechos del Evangelio, y confiar en Jesucristo, invitándole para que sea Señor de su vida. Puesto que los hechos están ampliamente presentados, el no creyente tiene que confrontar su propia pecaminosidad y, por obra del Espíritu Santo puede llegar a sentir profundamente una convicción de pecados. Entonces comprende claramente que ha ofendido a un Dios santo. Esto le duele y le da miedo. Comienza a suplicar el perdón de Dios. Dios le justifica y le hace saber que está perdonado, aceptado y amado. Tales conversiones muchas veces suceden cuando la persona está sola, después de conversaciones o reuniones, sin la intervención directa de ningún creyente. Aparentemente con este enfoque no hay grandes cantidades de conversiones, pero las profesiones de fe suelen ser genuinas. Hay hambre espiritual y un testimonio espontáneo y natural porque la sumisión total a Jesucristo condu-

cia» normativa del Espíritu Santo (una persona convertida de verdad ya ha recibido el Espíritu).

ce a una plenitud en el Espíritu Santo. Puesto que el objetivo de la evangelización ha sido hacer discípulos, se dan instrucciones cuidadosas al recién convertido (1 Tesalonicenses 2:8-12) y se le integra en la comunidad de los creyentes (Hebreos 10:25).

La vida cristiana a continuación de la conversión se enfoca en términos del amor y de la ayuda que la persona espera recibir de Dios.

La vida cristiana es enfocada en términos de integridad de vida, y adoración: lo que Dios espera del creyente, no sólo lo que éste puede esperar de Dios.

3D. TEMARIO

1) ¿Cómo contestarías a una persona que dijera: 1) que el discipulado no es una parte intrínseca del Evangelio 2) que presentar el discipulado en medio de la evangelización es predicar la salvación por obras 3) que no hace falta aceptar a Cristo como Señor para poder aceptarle como Salvador?

2) ¿A qué se debe el hecho de que muchos evangélicos han tenido dos crisis en su vida cristiana: la primera una crisis de conversión, la segunda de «discipulado»? ¿Es bíblica esta dualidad?

3) Leer Mateo 3:2; 4:17; Hechos 2:38; 3:19. ¿Qué significa el «arrepentimiento» y la «conversión»? ¿En qué se diferencian de una «salvación por las obras»? ¿Es adecuado el concepto de arrepentimiento que rige en muchos círculos evangélicos? ¿En qué difiere del concepto bíblico? Dad ejemplos.

4) Examinar y explicar con palabras propias las diferencias entre el enfoque «antropocéntrico» y el enfoque «teocéntrico» de cada apartado de la sección 3C ¿Hasta qué punto son bíblicos los conceptos expuestos en cada lado? ¿Hasta qué punto son contradictorios y hasta qué punto complementarios?

4. El mensaje del Evangelio

4A. LA VALIDEZ DE UN RESUMEN DEL EVANGELIO

El Evangelio no debe ser confundido con un resumen del mismo. En realidad nuestra evangelización no ha terminado hasta que no hayamos comunicado *toda* la revelación de Dios en su Palabra (¡En otras palabras, *nunca* termina!) Para hacer discípulos Pablo enseñaba «todo el consejo de Dios» (Hechos 20:27) y Jesucristo dijo que debemos enseñar «todas las cosas que os he enseñado» (Mateo 28:20). Pero si estudiamos los sermones evangelísticos del libro de los Hechos, vemos que los apóstoles resumían el Evangelio para sus oyentes. Tal resumen podría definirse como **el mínimo de información que una persona necesita para poder comprometerse con Jesucristo de una manera responsable.** El hecho de que, en alguno de los sermones o conversaciones, estén omitidos algunos de los puntos que encontramos en otras ocasiones, es debido a que los oyentes ya lo creían previamente (Hechos 2 u 8), o bien a que se producía una reacción por parte de los que escuchaban que hacía imposible terminar (Hechos 3 ó 17). (Incluso en nuestra presentación de un **resumen** del Evangelio, por lo tanto, tendremos que ser flexibles.)

Esto dicho, podemos vislumbrar tanto en la enseñanza de Cristo como en la predicación de la iglesia primitiva, un énfasis constante sobre ciertos puntos que son, por lo tanto, fundamentales al Evangelio y necesitan ser comprendidos para que una persona pueda entregarse con fe a Cristo.

Nosotros, igualmente, jamás seremos eficaces en nuestra evangelización si no sabemos entender y explicar de una forma concisa y coherente estas ideas fundamentales del Evangelio. Recordemos, sin embargo, que adquirimos esta coherencia no sólo por un estudio de doctrinas bíblicas sino también por la vivencia de esta doctrina en la práctica. Quien ha experimentado algo, ya tiene dentro de sí la coherencia de su experiencia. Aprender de memoria una sistematización ajena puede ser evidencia de una falta de autenticidad personal.

4B. LA FLEXIBILIDAD EN LA PRESENTACIÓN DEL EVANGELIO

Cualquier uso rígido de un esbozo estereotipado del Evangelio no tiene en cuenta el hecho de que Dios quiere usar a cada cristiano en particular como Su instrumento especial y que la persona a la que está evangelizando es única en su personalidad, sus necesidades y en lo que Dios ya le ha estado diciendo. Cada no-creyente que encontramos tiene una historia espiritual previa, que es conocida por Dios. La evangelización tiene que ser llevada natural y espontáneamente según las circunstancias de cada caso; hemos de escuchar con sensibilidad y cariño a la persona y buscar la dirección del Espíritu Santo.

Tendremos que tocar aquellos puntos del Evangelio que más afectan a la persona (o personas) específica con la que estamos hablando. No podremos aplicar mecánicamente un mismo resumen a todas las personas como si estas fueran iguales. Es cierto que todos *somos* iguales en ciertos aspectos, por lo cual los mismos temas tendrán que ser abordados vez tras vez en nuestra evangelización. Pero no de la misma manera ni con los mismos énfasis. Si una persona ya cree en la existencia de Dios, ¿para qué insistir en este punto? Tendremos que hacerles preguntas a nuestros oyentes y *escuchar sus* respuestas para descubrir los temas que necesitan ser tratados y saber con cuál de ellos debemos empezar. Es muy importante descubrir, a lo largo de la conversación, si nuestro amigo nos está comprendiendo y cómo está reaccionando. Todo ello requiere –repito– flexibilidad y sensibilidad.

Pero por otra parte no tenemos derecho a omitir nada fundamental del «depósito» del Evangelio, de esta información mínima que es indispensable para la fe en Cristo, a no ser que nuestro oyente ya crea alguna parte de ella.

Por lo tanto, la elección de los hechos específicos que presentamos en cada caso y el orden que seguimos dependerán de lo que hemos descubierto al escuchar al no creyente. Quizá necesitemos suplementar los hechos del Evangelio con la apologética (por ejemplo, las evidencias de la resurrección de Cristo o de su deidad) o con un testimonio personal (lo que Cristo significa para mí hoy) para aclarar dudas y crear sed espiritual o curiosidad. Pero estas dos cosas no son en sí el mensaje del Evangelio y por lo tanto no pueden salvar a nadie (Romanos 1:16). Un estudio de los verbos empleados en el Nuevo Testamento (dar testimonio, persuadir, predicar, proclamar, etc.) demuestra que la evangelización sólo es completa cuando incluye la apologética, el testimonio personal y *la proclamación del mensaje* del Evangelio.

4C. UN RESUMEN DEL EVANGELIO

El resumen que ofrecemos a continuación pretende subrayar los puntos más básicos del Evangelio aunque, por supuesto, no pretende ser definitivo.

En realidad se puede reducir a cuatro palabras o frases:
A. DIOS.
B. EL HOMBRE.
C. JESUCRISTO.
D. NUESTRA RESPUESTA.

Dicho de otra manera, en nuestra evangelización deseamos contestar a cuatro preguntas fundamentales:
A. ¿Quién es Dios?
B. ¿Quién soy yo?
C. ¿Cuál es la solución de Dios a mi condición humana?
D. ¿Cómo puedo apropiarme esta salvación?

Los primeros dos puntos («Dios» y «el hombre») son preliminares, aclaratorios. Allí tendremos que refutar ideas erróneas y sentar las bases para lo que viene a continuación. El tercer punto (lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo) es la esencia del Evangelio, y en un sentido estricto no hemos empezado a evangelizar hasta no llegar a hablar de él. Sin embargo no debemos conformarnos con la exposición del tercer punto y dejar «colgados» allí a nuestros oyentes. Después de la explicación serena y racional del Evangelio viene la exhortación, cariñosa pero ferviente, a la aceptación de la salvación, y si es necesario un serio aviso en cuanto a las consecuencias de su rechazo.

Por supuesto, no necesariamente vamos a poder cubrir los cuatro puntos en una misma conversación, ni necesariamente los trataremos en este orden. Insisto: siempre necesitamos aquella flexibilidad que viene a través 1) de la autenticidad de nuestro propio caminar con Dios, 2) de la compasión y respeto que tenemos a la otra persona y 3) de la dirección y convicción íntima que nos da el Espíritu Santo.

Acerca de cada uno de estos puntos necesitaremos asegurar que nuestro oyente entiende al menos tres cosas:

A. DIOS.
1. Es nuestro Creador.
2. Nos ama.
3. Odia el pecado.

B. EL HOMBRE.
1. Fue creado por y para Dios.
2. Está en rebelión contra Dios.
3. Está bajo condenación eterna.

C. JESUCRISTO.
1. Es Dios hecho hombre.
2. Murió en nuestro lugar.
3. Resucitó para dar nueva vida.

D. NUESTRA RESPUESTA.
1. Debemos arrepentirnos.
2. Creer.
3. Recibir a Cristo como Señor y Salvador.

Por supuesto hay muchas maneras de expresar estas ideas. Lo importante es que las entendamos y las sepamos expresar de una forma que sea fiel, tanto a la revelación de Dios como a nuestra propia manera de ser.

A continuación damos el mismo resumen pero ampliado para mayor claridad, juntamente con algunos versículos bíblicos para respaldar cada punto. Hazlo tuyo, escogiendo los versículos que sean más significativos para ti y, preferiblemente, aprendiéndolos de memoria. Al ir creciendo en tu comprensión y experiencia evangelística, añade tus propias explicaciones, ejemplos y versículos (y cualquier otro punto que creas fundamental, por ejemplo el infierno, la segunda venida de Jesucristo).

A. DIOS

1. *Existe un Dios, santo y omnipresente, el cual nos ha creado y por lo tanto tiene suprema autoridad sobre nosotros.*

–Deuteronomio 6:4-5: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es; y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y con todas tus fuerzas».

–Salmos 24:1: «De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan».

La creación implica el derecho de posesión (Isaías 66:2; Juan 1:1-4; Apocalipsis 4:11). Si no hay Creador no puede haber ni normas éticas absolutas, ni conceptos adecuados de lo que es el pecado, ni una comprensión verdadera del significado de nuestra humanidad.

2. *Dios ama a todos los hombres*

–1 Juan 4:8-10: «El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en

que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados».

–Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquél que en Él cree, no se pierda mas tenga vida eterna».

El amor de Dios se manifiesta supremamente en la redención que Él ha provisto y que le ha sido muy costosa (Romanos 5:8; Éxodo 34:6, 7; Lamentaciones 3:22, 23; Efesios 2:4-10; Tito 3:4-7). Dios no quiere que los hombres mueran (Ezequiel 18:23, 30-32; 2 Pedro 3:9). A través de la historia Él envió profetas, que fueron rechazados y perseguidos por los hombres. Finalmente envió a su Hijo que fue crucificado (Hechos 7:52; Lucas 20:9-18; Hebreos 1:1-4).

3. *Sin embargo, Dios odia el pecado y castigará eternamente a todos los que quebrantan su ley*

–Habacuc 1:13a:«Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio».

–Romanos 1:18:«Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad».

Por ser justo y santo, Dios no puede tolerar el pecado (Isaías 6:3-5; 57:15; 59:1, 2; 1 Juan 1:5, 6). No puede pasar por alto el pecado, sino que debe condenarlo y castigarlo (Ezequiel 18:4; Juan 8:24; Romanos 6:23). La vida eterna es, por definición, la comunión íntima con un Dios *santo* (Juan 17:3) y por lo tanto no hay medio a través del cual Dios puede dar vida eterna a personas que no están dispuestas a ser limpiadas de sus pecados (Mateo 5:8; Hebreos 12:14; Salmos 5:4, 6).

(Quiero volver a explicar que, al exponer estas ideas acerca de Dios, no es porque no hayamos «evangelizado» si no las hemos explicado de una manera sistemática a nuestro oyente, sino porque si nuestro oyente no tiene un mínimo de conocimiento acertado acerca del carácter de Dios, nunca entenderá el por qué del Evangelio. Si nuestro oyente acepta desde el principio la existencia de un Dios soberano, amante y justo, no necesitaremos detenernos en este primer capítulo. Si lo acepta en teoría pero después demuestra que no lo ha asimilado bien, tendremos que volver a tocar estos puntos. Si ni siquiera admite la existencia de Dios, aquí es donde tendremos que «especializarnos» en la conversación. Si su dios es un ser ñoño, un abuelito celestial que todo lo perdona y todo lo acepta, le tendremos que presentar al Dios de Justicia. Si su dios es un ser distante, frío, incomprensible, habremos de presentarle al Dios de Amor, al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.)

B. EL HOMBRE

1. *El hombre fue creado por Dios y para Dios y es solamente en comunión con Dios que encuentra un propósito en la vida*

–Apoçalipsis 4:11:«Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas».

–Salmos 107:9: «(El Señor) sacia el alma menesterosa y llena de bien al alma hambrienta».

San Agustín dijo: «Señor, tú nos hiciste para ti, y nuestros corazones están inquietos hasta que descansen en ti». El hombre no es un ser autosuficiente: es mucho más persona y mucho más libre cuando vive en completa dependencia de Dios (Salmos 17:15; 27:4; 63:5; 103:5; Isaías 43:1-7; Juan 10:10; Apocalipsis 3:20).

2. *El hombre se ha revelado contra la autoridad de Dios siguiendo sus propios fines egoístas, creando sufrimientos terribles para sí mismo y para la sociedad*

–Isaías 53:6: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; más Jehová cargo en él el pecado de todos nosotros».

–Tito 3:3: «Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros».

Dios dio al hombre dominio sobre la tierra para cuidarla. El hombre ha recibido mandato para desarrollar la agricultura y la ciencia y para crear el arte. Pero el hombre rechazó la autoridad de Dios, queriendo ser Él mismo su propio dios (Génesis 3). Dejó de honrar a Dios o de darle gracias, y comenzó a adorar a ídolos (es decir, cualquier cosa o persona o ideología que ponemos en el lugar de Dios). Entonces Dios le abandonó a sus propios deseos, y la consecuencia es el pecado, el sufrimiento y la muerte (Romanos 1:18:32). Por lo tanto el hombre es ahora *esclavo* del pecado (Juan 8:34; Romanos 6:17-18; 2d de Pedro 2:19).

3. *La consecuencia del pecado del hombre es su muerte eterna, la separación de Dios*

–Isaías 59:2: «Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír».

–Romanos 6:23: «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro».

El hombre ha quebrantado la sagrada Ley de Dios y ahora está bajo la condenación (Ezequiel 18:4; Juan 3:36). *Todos los* hombres son cul-

culpables (Romanos 3:9-23; 1 Juan 1:8, 10).No es necesario quebrantar todas las leyes, ni ser un gran pecador según un criterio humano, para ser culpable delante de Dios (Gálatas 3:10; Santiago 2:10; 4:17). El hombre se ha separado de Dios, quien es la única fuente de vida (Juan 1:1-4; Hechos 3:14, 15), y por lo tanto está espiritualmente *muerto*. Como un árbol separado de sus raíces él puede parecer vivo pero en realidad está muerto (Efesios 2:1-3; Colosenses 2:13).

C. JESUCRISTO

1. *Dios se hizo hombre en la persona de Jesucristo para intervenir en la situación desastrosa de la humanidad y restaurar la comunión que el hombre había perdido*

–Gálatas 4:4, 5: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos».

–Colosenses 1:21, 22: «A vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y y sin mancha e irreprensibles delante de Él».

Jesucristo es Dios (Juan 1:4; Colosenses 1:15-20; 2:9, 10). Se hizo hombre sin dejar de ser Dios, aceptando los límites de nuestra condición de criaturas humanas (Juan 1:14; Filipenses 2:5-11; Hebreos 2:10, 14-18). Vivió una vida perfecta (Juan 8:29, 46; 2 Corintios 5:21; Hebreos 4:15; 1 Pedro 1:19; 2:21-23; 1 Juan 3:5).

2. *Cristo murió en nuestro lugar, tomando sobre sí el castigo y la pena de muerte que nosotros merecíamos por nuestros pecados*

–Romanos 5:8: «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

–1 Pedro 2:24: «(Cristo) llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuísteis sanados».

Ver también: Isaías 53:3-12; Romanos 3:21-26; 5:9-11; 8:31-39; Gálatas 2:20; 3:13; Efesios 1:7; 1 de Timoteo 2:6; Hebreos 9:26-28; 1 Pedro 1:18 19, 3:18, 1 Juan 2:1, 2. De todos los puntos del Evangelio, quizá sea éste el que necesitamos entender y explicar con mayor claridad. Se nos impone, pues, un estudio cuidadoso de estos versículos.

3. *Cristo resucitó y vive hoy, Señor de señores, para dar una nueva vida a los que le reciban como Señor y Salvador*

–Juan 1:12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios».

–Hebreos 7:25: «Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos».

Ver también: Hechos 2:32,33; 3:13-16; 4:10; 10:40,41; 13:30, 31; 1 Corintios 15:3-8, 20. Aquí entraría igualmente toda la cuestión del don del Espíritu Santo (Juan 16:17; Hechos 2:38) y del nuevo nacimiento (Juan 3:3-8; 1 de Pedro 1:23).

D. NUESTRA RESPUESTA

Los beneficios de la muerte de Cristo no son automáticos. Dios respeta nuestra humanidad y no obliga a nadie a que acepte el Evangelio. Tiene que haber una *respuesta* por parte del hombre. La salvación que Cristo ofrece es un don gratuito para todos los que:

1. *Se arrepienten. Es decir, que rompen con su antigua vida de rebeldía contra Dios y de intereses egoístas para servir a Dios y seguir a Cristo*

–Hechos 3:19: «Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados».

–2 Timoteo 2:19: «Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: conoce el Señor a los que son suyos; y apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo».

Ver también: Mateo 4:17; Hechos 2:38; 17:30,31; 1 Tesalonicenses 1:9, 10. El arrepentimiento implica que el hombre 1) acepte el veredicto de Dios sobre su vida y 2) tenga la intención de apartarse de todo aquello que desagrade a Dios.

2. *Creen. Es decir, que ponen su esperanza únicamente en el mérito y las promesas de Cristo, y su confianza en la persona de Cristo para el resto de sus vidas*

–Hechos 16:30, 31 «(El carcelero) les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa».

–Efesios 2:8: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros pues es don de Dios».

Por el simple hecho de creer intelectualmente en lo que Cristo hizo no se alcanza la salvación (Santiago 2:19). La fe, en la Biblia, implica un compromiso personal con Cristo, que incluye la intención de guardar sus enseñanzas (Mateo 28:19, 20).

3. *Reciben a Cristo. Es decir, que reconociéndolo como Señor de sus vidas y teniendo la intención de obedecerle en todo lo que él les mande, le invitan a que entre en sus vidas por su Espíritu Santo*

–Juan 6:37b: «Al que a mí viene, no le echo fuera».
–Apocalipsis 3:20: «He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo».

Esto se hace mediante una oración personal a Jesucristo. Si la petición es hecha sincera e incondicionalmente, Jesucristo ha prometido entrar en la vida de la persona por su Espíritu Santo (ver Juan 14) y la persona recibe inmediatamente la vida eterna (Juan 5:24; 1 Juan 5:10-12). Pero sólo Dios sabe cuando la persona ha sido realmente sincera, y sólo Él puede dar la seguridad de la salvación.

4D. TEMARIO

1) Hacer una lista de los conceptos más fundamentales del Evangelio. Ilustrar y respaldar cada concepto con aquellos textos y pasajes bíblicos que crees conveniente emplear al explicar a un amigo este resumen (ver 4C. Resumen del Evangelio).

2) Se ha dicho que Juan 3:16 es «el Evangelio en miniatura». ¿Qué aspectos del Evangelio, que tú consideras imprescindibles o que encontramos en la predicación apostólica, *no* se encuentran en este versículo?

3) Considerar el resumen siguiente del Evangelio:

a) Dios te ama.
b) Dios quiere que tú seas feliz.
c) No eres feliz porque eres pecador.
d) Cristo murió para salvarte del pecado.
e) Lo único que tienes que hacer es creer que Cristo murió por ti y aceptar la salvación que te ofrece.
f) A cambio de ésto Dios te dará su Espíritu Santo nacerás de nuevo y experimentarás la felicidad de qué ahora careces.

¿Son bíblicas todas estas afirmaciones? ¿Es el resumen una representación adecuada del Evangelio? ¿Qué aspectos fundamentales del Evangelio no aparecen en este resumen?

4) ¿De qué manera solemos los evangélicos ser heréticos o deshonestos en nuestra presentación del Evangelio?

5) Leer Lucas 14:25-33. ¿Hasta qué punto debe el principio de «no seguir a Cristo hasta haberse enfrentado con el costo» entrar en nuestra evangelización? En nuestro testimonio, ¿realmente intentamos «hacer discípulos» (Mateo 28:19) con las condiciones que aquí se nos imponen o buscamos «decisiones baratas»? Dar ilustraciones de tu respuesta.

6) «Yo dudo que un alto porcentaje de «creyentes» de las iglesias evangélicas de España realmente hayan nacido de nuevo. Sólo han dado su asentimiento intelectual y quizás emocional, a una versión devaluada del Evangelio que no les ha exigido ninguna transformación de vida y ahora, en vez de caminar en el Espíritu Santo, su espiritualidad se limita a los cultos del domingo, cuando se pudren como cadáveres en los bancos de sus iglesias». ¿Qué opinas de esta afirmación?

7) Según Mateo 28:18-20, ¿qué doctrinas deben incluirse en la predicación del Evangelio y la formación de discípulos? Para efectuar una evangelización realista, ¿basta con saber un resumen de algunas doctrinas seleccionadas? ¿hasta qué punto es útil tal resumen? ¿en qué sentidos es peligroso?

8) Pablo dice que sin la ley él no habría llegado al conocimiento del pecado (Romanos 7:7). ¿Debemos nosotros predicar la ley antes de predicar la gracia? ¿Qué implicaría esto en la práctica?

9) Muchas veces en su evangelización personal Jesucristo señaló directa o implícitamente algún pecado concreto en la vida del individuo (Juan 4:18; Lucas 18:22, etc.). ¿Nos toca a nosotros hacer lo mismo? ¿Basta con que una persona se reconozca «pecador» en términos generales? Da ejemplos de tu propia experiencia evangelística.

10) ¿Cómo explicar que en algunas ocasiones los apóstoles parecen subrayar más la justicia y las exigencias de Dios (por ejemplo en el sermón de Pedro en el pórtico de Salomón (Hechos 3:12-16) o el de Pablo en Atenas (Hechos 17:22-31) y en otras su amor (por ejemplo en las conversaciones entre Felipe y el Eunuco, Hechos 7:30-35, o entre Pedro y Cornelio, Hechos 10:34-43)? En otras palabras ¿cómo explicar que a veces señalan lo que Dios *exige* al hombre y en otras ocasiones lo que Dios ha *hecho* por el hombre ?

11) ¿Qué concepto damos de Dios en nuestra evangelización? ¿De qué manera deberíamos llamar la atención a la ira de Dios, además de su amor? ¿Es necesario hablar de ella? ¿Por qué?

12) Leer Juan 16:8; Romanos 1:16-18. ¿Por qué hemos dejado de mencionar el juicio y el infierno en nuestra evangelización? ¿Son estas doctrinas realmente necesarias para una evangelización competente?

13) Muchas personas piensan que no importan mucho los énfasis doctrinales que se dan en la evangelización siempre que el oyente llegue a una experiencia real de Dios. ¿Qué opinas tú? ¿Cuáles son las consecuencias de una evangelización defectuosa en la vida de una persona a continuación de su conversión?

14) Considerar los siguientes sermones y conversaciones del libro de los Hechos: 2:14-40; 3:12-26 7:2-53, 8:30-35; 10:34-43; 13:16-41; 17:22-31. a) ¿En qué circunstancias ocurrieron estos sermones? ¿Quiénes eran los oyentes y qué sabemos acerca de ellos? ¿Cuáles son las

etapas básicas de los argumentos y de las doctrinas enseñadas? b) ¿En qué difieren de nuestro concepto de un sermón evangelístico? ¿Qué énfasis doctrinales incluyen que nosotros omitimos? ¿Qué incluimos nosotros que ellos omitan?

15) Considerar las siguientes conversaciones que Cristo sostuvo con diferentes personas:

- con el joven rico (Marcos 10:17-23)
- con Nicodemo (Juan 3:1-15)
- con la mujer samaritana (Juan 4:6-42).

–Examinar la diferencia de enfoque evangelístico en cada conversación. ¿Cuáles son las «doctrinas» que Cristo recalca en cada caso? ¿Por qué no comienza con la del nuevo nacimiento en el caso de la samaritana? ¿Por qué comienza con ella en el caso de Nicodemo?

–¿Qué factores humanos nos explican la diferencia de enfoque en cada caso?

–¿Es posible a base de estas conversaciones (y otras) vislumbrar una «doctrina evangelística básica» que nos ayude en la evangelización?

–Es bien evidente que Cristo sabía, al menos en términos generales, «adonde iba» en estas conversaciones. ¿Qué nos enseña esto acerca de la utilidad de tener en mente un esquema básico del Evangelio?

16) Se ve en el libro de los Hechos que los apóstoles adaptaban el mensaje del Evangelio según la cultura y los conocimientos espirituales de la gente a la que predicaban.

–¿Cuáles son los rasgos distintivos de la espiritualidad de la sociedad española? ¿Cuáles son los malentendidos que se pueden dar al emplear un lenguaje evangélico en una sociedad de orientación católica? ¿Cuáles son las doctrinas que más necesitan aclararse debido a estas confusiones o que más necesitan predicarse debido al ambiente moral y religioso de la sociedad?

–¿Cuáles son las filosofías que más rigen en la sociedad española (especialmente en la universidad)? A la luz de ellas, ¿cómo necesitamos enfocar el Evangelio?

17) Meditar: En la adaptación del Evangelio al medio ambiente, debemos distinguir entre la modificación de la *presentación* del mensaje para hacerlo más *comprensible* y la modificación del *contenido* del mensaje para hacerlo más *atractivo*.

–¿De qué maneras solemos devaluar el Evangelio al adaptarlo para nuestras circunstancias sociales?

18) Leer 1 Corintios 9:19-22. ¿Cómo podemos 1) adaptarnos a nosotros mismos, y 2) a nuestra presentación del Evangelio, sin contemporizar nuestro testimonio ni cambiar la esencia de nuestro mensaje?

5. La evangelización y el testimonio

5A. «¿LO QUE CRISTO HA HECHO POR MÍ» O «LO QUE CRISTO EXIGE A TODOS LOS HOMBRES?»

Sin lugar a dudas en nuestra presentación del Evangelio recurriremos con frecuencia a nuestra propia experiencia de Dios, con el fin de persuadir a nuestros oyentes acerca de la realidad existencial de lo que estamos proclamando. Espontáneamente les contaremos «lo que Cristo ha hecho por mí», porque así daremos una dimensión más real a nuestro mensaje, y evitaremos la impresión de que sea pura teoría.

Esta clase de testimonio subjetivo es legítima y bíblica. Consideremos la defensa de Pablo ante Félix, Festo y Agripa, o lo que Jesús dijo al endemoniado gadareno después de su curación: «Vete a tu casa y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho *contigo* y cómo ha tenido misericordia de *ti*» (Marcos 5:19). El testimonio personal tiene un lugar importante dentro de nuestra evangelización. Pero por otra parte, no debemos confundirnos y pensar que hemos cumplido con nuestro cometido al contar nuestra experiencia subjetiva. El mandato de Cristo es el de «predicar el evangelio» (Marcos 16:15) de «enseñarles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28:20), de ser testigos de *Él* (Hechos 1:8) no sólo de una experiencia subjetiva personal.

Es importante que nos demos cuenta de esta distinción porque en nuestra generación, que se preocupa más por la sinceridad y la tolerancia que por la verdad, la gente estará dispuesta a aceptar nuestro testimonio subjetivo pero tenderá a rechazar la proclamación del Evangelio. El testimonio en sí, sólo describe una experiencia que los oyentes pueden, o no, desear imitar; deja el asunto como opcional. En cambio la proclamación del Evangelio, en el sentido bíblico, *exige*

una respuesta; ante pretensiones tan inequívocas, el hombre tiene que llegar a una decisión.

El mundo aceptará nuestro *testimonio* porque es subjetivo (y por lo tanto relativo), y porque lleva su propia autoridad de testigo ocular, pero no aceptará tan fácilmente el *Evangelio* porque es objetivo y exigente y nos preguntará con qué autoridad lo proclamamos. Lo queramos o no, el Señor no nos ha llamado sólo para dar un testimonio subjetivo, aunque esto es importante, sino para declarar unos hechos objetivos. No evangelizamos porque nos guste o porque tengamos el derecho personal de hacerlo, sino porque Jesucristo es el Señor que tiene toda autoridad y nos manda evangelizar, aun si nos espera la persecución (Mateo 28:18-20; 10:16-25).

«Arrepentíos y convertíos» es el mandato de Pedro a las multitudes (Hechos 3:19) después de haber proclamado los hechos de la vida de Cristo, difícilmente habría podido decirlo si se hubiera limitado a describir sus propias experiencias subjetivas.

Nos gusta quedar bien con nuestros compañeros. Por lo tanto, fácilmente caeremos en la trampa de limitarnos a hablar de nuestro testimonio personal en vez de lo que Dios les exige a *ellos.* Pero debemos comprender que la evangelización adecuada incluye ambos aspectos.

El testimonio personal, pues, es subjetivo, la declaración de lo que Dios ha hecho «en mí». La evangelización cristiana va más allá del «testimonio» para proclamar la verdad objetiva acerca de Dios y lo que Él exige del hombre. El «testimonio» declara que Jesucristo es *interesante y* soluciona nuestros problemas; el Evangelio proclama que Jesucristo es el *Señor* y exige nuestro arrepentimiento y nuestro reconocimiento de su señorío (Hechos 2:36; 3:13,19; 10:36,42; 17:30-31). Hablemos por lo tanto de nuestro testimonio, pero utilicémoslo en el contexto de la presentación del Evangelio en toda su amplitud.

5B. ¿TESTIMONIO DE VIDA O TESTIMONIO DE PALABRA?

En realidad es tan absurdo plantear la cuestión: ¿es más importante el testimonio de vida o el de palabra?, como preguntar: ¿cuál es el ala más indispensable de un avión? De la misma manera que un avión no vuela sin las *dos* alas, la evangelización no es eficaz si la vida y la palabra del creyente no se complementan. Una vida ejemplar puede causar admiración, pero sin el testimonio verbal no lleva a nadie a Cristo. En cambio un testimonio verbal es inútil e incluso contraproducente si está contradicho por una vida inconsecuente.

El hecho de plantearnos esta pregunta en sí es evidencia de lo retorcidos que hemos llegado a ser en nuestro concepto de la evangelización. Son pocos los mandatos específicos a la evangelización en el Nuevo Testamento *precisamente* porque el testimonio verbal se conce-

bía como una extensión normal del testimonio vivido, un aspecto totalmente natural de la vida cristiana. En vez de «hacer evangelización» como una actividad «especial» los primeros cristianos comprendían que *toda su* vivencia en la sociedad era un acto de testimonio (al menos en potencia) y cada conversación una oportunidad para testificar. No tenían que organizar reuniones evangelísticas especiales, porque su vida entera, a lo largo del día y todos los días, era un testimonio elocuente de su fe. La calidad de vida de los creyentes tenía que ser tan distinta de la de los demás que constantemente provocaría preguntas acerca del Evangelio (1 Pedro 3:14-16; Colosenses 2:4-5).

Como consecuencia vemos en el Nuevo Testamento que siempre hay una relación estrecha entre el testimonio hablado y la conducta (Marcos 5:13-16; Filipenses 2:14-16; Colosenses 4:5-6; 1 Timoteo 2:1-4; Tito 2:1-14; 1 Pedro 2:12-15; 3:14-16; etc.). Nosotros en cambio hemos hecho una especie de divorcio entre ambos, de forma que según nuestra mentalidad la «evangelización» casi se reduce a una serie de actividades especiales que nada tienen que ver con la vida normal cotidiana.

En realidad este divorcio es consecuencia de otro divorcio mayor que hemos hecho entre «la vida espiritual» y «la vida secular». Este segundo divorcio nos lleva no sólo a ser poco consecuentes con nuestra fe en « la vida secular» sino también a no pensar «cristianamente» sobre los temas que allí se nos plantean. Ni pensamos con un criterio cristiano acerca de los estudios, la política, situaciones sociales, el cine, los deportes, la vida familiar, etc., ni vivimos, por supuesto, conforme a las conclusiones que habríamos sacado si nos hubiésemos dedicado a pensar. Como consecuencia no se ve que seamos distintos de los demás ni en nuestra vivencia ni en nuestros criterios. En cambio, si nuestros criterios fueran realmente cristianos y «diferentes», ya tendríamos un punto de partida para conversaciones espontáneas acerca del Señor. No siendo así, tenemos que recurrir a formas artificiales de introducir nuestras temáticas evangelísticas.

Otro factor que nos complica bastante la cuestión de nuestro testimonio es la falta de contacto normal con no cristianos. En parte esto se debe a la clase de sociedad en la que vivimos, pero en parte también a nuestra propia mentalidad de ghetto. Nos resulta más cómodo que nuestra vida gire alrededor de una serie de amistades creyentes y actividades eclesiásticas. Pero una evangelización eficaz sólo es posible si realmente vivimos «en el mundo». Juan 17:15-16 indica que no debemos vivir apartados de los no cristianos. Para muchos de nosotros un problema fundamental de la evangelización es que no tenemos amigos que no sean cristianos. Como consecuencia nos sentimos incómodos entre los inconversos y torpes en nuestro trato con ellos.

A veces nuestro aislamiento se debe a una comprensión equivocada de lo que es la «separación del mundo». Debemos separarnos del

pecado, pero no del pecador (1 Corintios 5:9-10; 10:23-32). A Jesús se le conocía como amigo de los publicanos y pecadores (Lucas 5:30, 7:34 15:2). No hay peligros insuperables en esta clase de contactos, siempre que vayamos protegidos por una comunión auténtica con Dios y con otros creyentes. En cambio hay peligros gravísimos si nos abrigamos en un proteccionismo exagerado que nos aparte de los no-cristianos: deshonramos a Dios, porque una fe tan frágil que no es capaz, de enfrentarse con la realidad del contacto social es una fe dudosa y raquítica; impedimos que otros reciban la vida eterna, porque escondemos de ellos el Evangelio; y perdemos toda una dimensión de la vida cristiana, porque es en medio de la lucha implícita en el contacto social que la oración, el estudio bíblico y la comunión adquieren para nosotros su valor. Somos llamados por Cristo a ser sal y luz en medio de nuestra sociedad, y sólo habremos cumplido este cometido cuando la gente *vea* nuestras buenas obras y *oiga* nuestro mensaje.

5C. ¿DAR FOLLETOS O DAR PAN?

Éste no es el lugar de entrar en detalles acerca de la responsabilidad social del cristiano. Sólo podemos indicar aquí que la evangelización debe realizarse en el contexto de una preocupación sincera por todos los aspectos de la persona evangelizada, por sus necesidades materiales, psicológicas y sociales además de sus necesidades espirituales.

Cristo, nuestro modelo supremo en la evangelización no sólo predicaba sermones; también multiplicó los panes para dar de comer a la multitud hambrienta. No sólo hablaba con la gente de sus necesidades espirituales; también les sanaba de sus enfermedades.

Sin embargo, si somos consecuentes con nuestro compromiso, seguramente vendrán momentos de conflicto y tensión en los que necesitamos la dirección del Espíritu Santo para saber cómo utilizar bien nuestros recursos. Había momentos en la vida de Jesús en los que su ministerio de sanidad empezaba a impedirle al desarrollo de la predicación del Evangelio y la formación de los discípulos; en estos casos tuvo que retirarse para poder ser fiel a su cometido. Pero por otra parte, Cristo nunca utilizó la evangelización como excusa para desatender las necesidades materiales legítimas de la gente.

Tanto los folletos como el pan cuestan dinero, y la distribución de ambos requiere tiempo. Vendrán momentos en los que ni tendremos el dinero ni el tiempo para atender adecuadamente a *todas* las personas en *todas sus* facetas, y entonces necesitaremos un discernimiento que provenga de Dios. Pero en principio no debemos despreocuparnos por las necesidades materiales del hombre aduciendo motivos evangelísticos, ni debemos desatender la predicación del Evange-

lio por nuestras obras de caridad. Cada una de estas dos responsabilidades debe realizarse en el ámbito de la otra.

5D. TEMARIO

1) Leer Lucas 8:39 y Mateo 28:18-20. ¿Cuál es la diferencia entre estas dos «comisiones»? ¿Cuál de ellas hemos recibido nosotros?

2) Según textos como 1 Juan 1:1, 3; 2 Pedro 1:16 ¿cuál es la importancia del testimonio personal?

3) Leer Filipenses 1:27; Colosenses 4:5-6, 1 Pedro 3:15-16. ¿Qué relación hay entre el «andar» (testimonio vivido) y el «hablar» (testimonio hablado) en estos versículos?

4) ¿De qué manera encontramos en el ejemplo de Cristo una orientación para mantener el equilibrio entre la evangelización y la preocupación por las necesidades materiales del hombre? Buscar citas de Hechos y de las epístolas que ilustren el mismo equilibrio.

5) Sí es cierto que la salvación tiene que ver con la restauración del «hombre total» (del hombre en todas sus dimensiones: físicas, emocionales, psicológicas, materiales, sociales además de espirituales), evaluar el éxito y el fracaso de la iglesia en la actualidad en cuanto a su proclamación de la salvación de Cristo.

6. La evangelización comunitaria

6A. EL IMPACTO DEL TESTIMONIO COMUNITARIO

Lo que convence al incrédulo de la autenticidad de nuestra fe es la transformación de nuestra vida por la obra del Espíritu Santo. Sólo hay un argumento que sea más contundente: la transformación de todo un *grupo* de personas.

Una comunidad caracterizada por la santidad, el amor y la unidad (tal como deben ser las iglesias cristianas según Romanos 12:9-13; 1 Corintios 13:4-7; Efesios 4:25-32; Colosenses 3:12-17, etc.), es una evidencia abrumadora de la intervención sobrenatural, una especie de «milagro moral». Vemos en el libro de los Hechos la tremenda fuerza de atracción de esta clase de comunidad (leer en su contexto Hechos 2:43-47; 4:32-35; 5:12-14). Jesús llegó a decir que el mundo creería que Él es Dios y nosotros sus discípulos, cuando viera una manifestación clara del amor y de la unidad entre los cristianos (Juan 13:34-35; 17:20-23). Esta unidad presupone una experiencia en común (la morada en cada uno de ellos del Hijo y del Padre mediante el Espíritu Santo) y unas creencias en común (Juan 17:20). Pero sin esta unidad vivida de una forma real y práctica, el mundo pierde la evidencia más clara y convincente de la autenticidad del Evangelio.

Es de suma importancia, pues, que la evangelización proceda de una comunidad cristiana que exprese de una forma genuina el amor de Dios y la unidad del cuerpo de Cristo. Muchas personas, atraídas inicialmente por esta clase de vivencia comunitaria, se han quedado dentro del ámbito cristiano el tiempo suficiente como para llegar a conocer a Cristo. En cambio, para otras la desunión que ven entre los cristianos es la mayor piedra de tropiezo para que crean. Puesto que el amor comunitario es un arma tan eficaz en la evangelización, por supuesto el diablo hará todo lo que pueda para impedir que se manifieste.

Si el diablo no logra destruir nuestra unidad y así neutralizar nuestro testimonio, entonces intentará aprovecharla para crear de ella un suce-

dáneo de la salvación. Me explico. Vivimos en una sociedad caracterizada por la soledad y la alienación. Muchos hay que necesitan un poco de atención y afecto. Una iglesia unida y cariñosa es justo lo que están buscando. Por lo tanto, existe el riesgo de que sientan la atracción del bienestar comunitario, se sientan aceptados y atendidos, y se vayan integrando en la iglesia sin haber entendido bien el Evangelio, sin haberse comprometido con Jesucristo y sin haber nacido de nuevo por el Espíritu Santo.

¿Qué hacer en tal caso? Evidentemente la solución no está en dejar de amarles. Ni tampoco podemos «mostrarles la puerta». Pero si no hacemos algo y si el número de tales personas en nuestras iglesias sigue aumentando, su peso específico distorsionará las verdaderas prioridades de adoración, edificación y evangelización que la iglesia debe mantener.

Me parece que hay una sola solución a este problema: hablar la verdad en amor y practicar el amor de Cristo en el ámbito de la verdad (Efesios 4:15, 25; 1 Juan 3:18; 3 Juan 1-4). Es decir, sin dejar de mostrar el amor de Cristo, aun a la persona menos amable y que parezca ofrecer menos posibilidades de conversión, debemos decir la verdad, tanto desde el púlpito como en nuestras conversaciones particulares, con tanta firmeza, constancia, contundencia y unidad de criterios, que el mismo ambiente que atrae al no-creyente por su amor, le resultará un lugar incómodo en la medida en que él se endurece y se niega a arrepentirse y recibir a Cristo.

Sin embargo, para que esto resulte eficaz debe haber una auténtica unidad en las convicciones de los creyentes. Sólo hace falta que un pequeño grupo deje de solidarizarse con la naturaleza exigente del mensaje evangélico, como para estropear la solución. Nuevamente, pues, lo que cuenta en la evangelización es nuestra unidad y comunión.

6B. LA EVANGELIZACIÓN COMO LABOR DE EQUIPO

En su sabiduría, Dios nos ha creado a todos de manera que *no* seamos autosuficientes. No nos bastamos a nosotros mismos. Dependemos de Él, en primer lugar. También dependemos de otros seres humanos.

Esto es cierto en la sociedad y en la familia: la comida, la ropa, el transporte, la diversión, la energía, las necesidades más básicas para la vida material, y más aún nuestras necesidades sociales y emocionales, nos vienen suplidas por la vida comunitaria, por las relaciones con otros. No podemos vivir sin ellas.

Los mismo es cierto de la iglesia. La gran ilustración bíblica para describir el funcionamiento de la iglesia es la del cuerpo. Todos dependemos de una misma cabeza. Pero todos dependemos también los unos de los otros. El miembro aparentemente más insignificante es de una

importancia vital en el cuerpo. Este se queda cojo, o manco, o sencillamente incompleto y herido, sin él.

También es cierto en nuestro testimonio. Ningún creyente tiene todos los dones necesarios para una evangelización completa y eficaz. Ninguno tiene las respuestas a todas las preguntas que los no-creyentes puedan hacernos. Ninguno sabe congeniar con todo el mundo. Ninguno tiene la sensibilidad y discernimiento para descubrir las necesidades de todos. Ninguno manifiesta la habilidad de expresarse con acierto en todos los estamentos y ambientes de la sociedad, ante todas las variantes de temperamento y personalidad, en respuesta a toda clase de dudas, preguntas y situación.

En cambio, si aunamos nuestros esfuerzos y empezamos a colaborar con nuestros hermanos en la evangelización, descubriremos diversas facetas hermosas de la complementariedad del cuerpo de Cristo:

–Oramos juntos.

Yo te explico las situaciones de las personas con las que deseo compartir el Evangelio; tú igual. Luego tú me das tus consejos; me sugieres textos bíblicos que se dirigen a la situación de mis amigos; yo igual. Entonces nos ponemos a interceder juntos: oramos por nuestros amigos; oramos el uno por el otro; reclamamos juntos las promesas de la Palabra de Dios; nos comprometemos a seguir orando el uno por el otro.

–Evangelizamos juntos.

A lo mejor yo soy una persona que no me cuesta relacionarme con la gente, entablar conversaciones, hablar del Evangelio; pero llego a un punto en la conversación que la gente ya no quiere escucharme y no sé por qué, o descubro que no tengo respuestas adecuadas para muchas de sus preguntas. En cambio tú eres tímido, no te atreves a iniciar una conversación con nadie. Sin embargo sabes escuchar a la gente, entenderla, ver más allá de la fachada de lo que pretenden ser para descubrir sus problemas y pecados. Tienes el discernimiento que a mí me falta. Trabajemos pues juntos. Yo empezaré la conversación y tú luego puedes seguir. O a lo mejor has leído más literatura contemporánea que yo, conoces la Palabra mejor que yo, has dedicado más tiempo a reflexionar sobre el Evangelio o a contestar a las objeciones que nuestros contemporáneos oponen a él. Entonces tú tienes respuestas allí donde yo tengo que callarme. Unamos, pues, nuestros recursos.

Uno sabe cantar otro cantando hace el ridículo. A uno no le importa dar folletos en la esquina de la calle, a otro le produce pánico. En cambio éste a lo mejor daría un testimonio persuasivo en una reunión evangelística. Uno pasaría horas escribiendo direcciones o poniendo cartas en sobres, otro se cansaría de ello después de diez minutos.

El Señor nos ha hecho a todos diferentes. Todos hemos de evangelizar, pero no necesariamente de la misma manera. Seamos libres y

auténticos dentro de nuestro común servicio. Lo importante es que cuando des cuentas al Señor por cómo has ejercido tu responsabilidad evangelística, no tengas que avergonzarte. No evangelices por la imposición de nadie; no permitas que te exijan el trabajo de un pie si eres una mano en el cuerpo de Cristo; pero asegúrate que como mano, estás trabajando fielmente. Y dentro de esta fidelidad, colabora con aquel hermano que es un pie.

–Nos animamos.

Quien más, quien menos, todos en algún momento nos desanimamos en la evangelización. Es difícil mantener la visión, el entusiasmo, la energía espiritual. La burla o la apatía de los demás nos hiere; nuestro propio pecado nos deprime; el diablo tiene gran interés en ir rebajando el listón de nuestro cometido.

¡Qué importante es, pues, que tengamos hermanos que nos puedan animar en la evangelización! Ciertamente mejores son dos que uno. ¿Por qué envió Jesús a sus discípulos a evangelizar de dos en dos? Porque si cayeran, el uno levantará a su compañero (Eclesiastés 4:9-10).

La sola presencia de otro hermano es un estímulo para nuestro testimonio. Deberíamos ser fieles sencillamente porque el Señor nos ve; pero con demasiada facilidad nos olvidamos de su presencia. En cambio si otro hermano nos ve, al menos no solemos pasar por debajo de lo que es un comportamiento aceptable. Pero por supuesto el ánimo que podemos dar a nuestros hermanos no se limita a nuestra sola presencia. Caben –se imponen– palabras de consuelo y exhortación.

Escuchemos lo que Pablo dijo a Timoteo a fin de estimularle a más fidelidad en la evangelización, y consideremos a quienes podemos animar nosotros:

«Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios» (2 Timoteo 1:6-8).

«Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo» (2 Timoteo 2:1-3).

«Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15).

«Si alguno se limpia de estas cosas (obras deshonrosas pasiones juveniles, etc.), será instrumento para honra santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra» (2 Timoteo 2:21).

«El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él» (2 Timoteo 2:24-26).

«Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra, que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2 Timoteo 4:1-2).

«Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (2 Timoteo 4:5).

6C. LA EVANGELIZACIÓN Y EL ESTADO ESPIRITUAL DE LA IGLESIA

Con frecuencia se ha dicho que la evangelización es un buen termómetro para medir la vitalidad espiritual de una iglesia. Si una iglesia no evangeliza se ha enfriado espiritualmente.

Esta es una gran verdad, si bien no es toda la verdad. Iglesias hay en las que el termómetro daría una lectura muy elevada –demasiado elevada– porque en ellas la evangelización es una especie de fiebre, un activismo frenético que no procede de la sanidad espiritual, sino de una confusión de la evangelización con la espiritualidad (o sencillamente de la demagogia de los líderes). El fervor evangelístico no siempre es evidencia de espiritualidad y amor a Cristo, como vemos si miramos a los Testigos de Jehová o a los Mormones. Puede proceder de ciertas necesidades psicológicas: de una personalidad agresiva, dominadora o frustrada, de un afán de protagonismo, de un espíritu de rivalidad, etc. En todos estos casos, de todas maneras Cristo es anunciado, y en esto nos gozamos (Filipenses 1:18), pero... ¡que no nos den gato por liebre!

No obstante, el termómetro sigue siendo válido. Aunque es cierto que la evangelización no necesariamente es síntoma de salud, la *falta* de evangelización siempre lo es de enfermedad.

¿Pero qué podemos hacer si una iglesia no evangeliza?

Lo lógico sería que, como buenos médicos, buscásemos las causas de la enfermedad y las sanásemos. Sin embargo, hoy en día en el campo de la medicina, tanto física como espiritual, hay una fuerte tendencia de tratar los síntomas y no llegar a las causas.

Quiero decir con esto que ante la apatía en torno a la evangelización, muchos acuden en seguida a remedios que tienen que ver con la organización de determinadas actividades evangelísticas o con el entrenamiento de los creyentes en determinadas técnicas evangelísticas (es decir, técnicas de ventas). Ahora bien una campaña evangelística es estupenda si sirve como refuerzo y complemento del testimonio perso-

nal diario de los creyentes, pero es un fracaso si no es más que su sustituto. Con tantos métodos y actividades podemos imponer a los creyentes un comportamiento unificado y standard que nada tiene que ver con el interés del Señor en que cada uno de sus hijos evangelice en la diversidad de sus capacidades, dones, personalidad, carácter, cultura. Pero con todo esto no habremos llegado a aquella transformación espiritual íntima que es la verdadera base de toda evangelización eficaz. Aún concediendo que a veces unas sesiones de adiestramiento o unas actividades organizadas sirven de revulsivo en la vida de algunos creyentes y les estimulan a la búsqueda de una vida espiritual más coherente debemos tener cuidado de no montar la evangelización sobre una base humana y de formas superficiales que ni logran conversiones verdaderas (por más espectaculares que sean los supuestos «resultados» estadísticos) ni solucionan la mediocridad del compromiso de los creyentes.

El Espíritu Santo es el Señor de la evangelización. Lo que nos capacita para ella es su poder transformador. A los creyentes del primer siglo nadie les dio clases de adiestramiento en técnicas evangelísticas (¡a no ser que quieras llamar a Mateo 10 una clase de adiestramiento!). No tuvieron que organizar estructuras y actividades a fin de movilizar a los creyentes para la evangelización. Sencillamente cuando el espíritu fue derramado en Pentecostés, empezaron a comunicar el evangelio con entusiasmo y denuedo.

Cuando una iglesia no evangeliza, pues, su *primera* necesidad es la de volver a someterse al Espíritu Santo, a la plenitud espiritual, a una relación íntima y auténtica con Cristo, a un avivamiento. Sin esto, lo demás son parches.

Una vez que el creyente se está alimentando diariamente de la Palabra de Cristo, que practica una vida coherente de santidad en el comportamiento, confesión de pecado, amor y entrega a los hermanos, que crece constantemente en la gracia de Dios y manifiesta el fruto del espíritu, *entonces* puede ser lícito dar adiestramiento (siempre que se respete la autenticidad de cada persona) y organizar actividades evangelísticas (siempre que honren al Señor).

(Como complemento de esta sección, ver apéndice A: «La evangelización y la renovación espiritual de la iglesia» de Richard Halverson).

6D. TEMARIO

1) Leer Juan 13:35; 17:21, 23. ¿Qué nos enseñan estos textos acerca de la importancia del testimonio comunal? ¿Cómo se practicaba esto en la iglesia primitiva?

2) Leer Hechos 2:47. Nuestro testimonio como comunidad cristiana, ¿nos lleva a tener favor con todo el pueblo? Dar ejemplos de cómo la comunión cristiana ha servido de testimonio en tu experiencia.

3) Discutir y dar ejemplos: «La evangelización, aun cuando es la del creyente solitario en el colegio, la facultad, la oficina, la fábrica, o la escalera, siempre debe partir de la base de una comunión fraternal, vital y profunda. Por mucho que el creyente individual muestre un amor cristiano al no-creyente, éste pronto se desengañará si no descubre el mismo amor en la comunidad también. Si el creyente individual, lleno del Espíritu Santo y del amor de Cristo, no es respaldado por una comunidad igualmente vital, lo más probable es que la persona convertida por el ministerio individual pronto caerá en el mismo estancamiento que descubre en la comunidad. Es por eso que no puede haber ningún avivamiento evangelístico, sin una renovación del amor, poder y vida de la comunidad cristiana en general».

4) ¿Por qué crees que Cristo solía enviar a sus discípulos de dos en dos? (ver por ejemplo Marcos 6:7). Hacer una lista de ventajas que se dan al evangelizar con otra persona.

5) Leer Filipenses 1:5,12,14; 4:14-16; Colosenses 4:23; Efesios 6:18-20, etc. ¿De qué maneras enseña Pablo a sus lectores a «participar» con él en la evangelización personal que él realiza? ¿Qué papel tiene la intercesión en la evangelización?

6) Considerar los siguientes textos: Hechos 1:8; 2:46-47; 4:31-33; 5:12-14; 6:7; 8:4; 9:31. ¿Qué características se destacan en estos textos respecto a la evangelización de la iglesia primitiva? ¿Quién realizaba esta labor? ¿En qué condiciones se realizaba? ¿Qué nos dicen acerca de 1) la motivación de los creyentes y 2) la responsabilidad de todos ellos? ¿Cómo explicar la espontaneidad que vemos en la evangelización de los primeros creyentes?

7) Meditar: «Es una suposición acertada la de que en una congregación espiritualmente robusta la evangelización es inevitable» (Richard Halverson).

Considerar la relación entre la evangelización y la vida espiritual del creyente a la luz de: 1) el ejemplo de Cristo (Mateo 14:23; Lucas 6:12; 9:23, etc.), 2) el ejemplo de la iglesia primitiva (Hechos 2:42-47, etc.) y 3) los énfasis de la enseñanza de las epístolas.

8) Meditar: «El camino al vigor evangelístico no es ningún énfasis o programa especial, sino el arrepentimiento, la curación y la alimentación» (Richard Halverson).

¿Qué efecto tiene la exhortación a la evangelización en la vida de un «creyente carnal»? ¿Qué efecto tiene el arrepentimiento y la renovación espiritual en la evangelización de un creyente carnal?

9) Richard Halverson en su librito «Evangelizar y vivir», da una lista de ocho sugerencias para lograr una evangelización total equilibrada, espiritual y eficaz en el contexto de la iglesia local. (Ver apéndice A).

Evaluar cada una de estas sugerencias a la luz de las Escrituras. Compararlas con las metodologías sistematizadas de evangelización que suelen encontrarse en los círculos evangélicos.

10) Evaluar la importancia de textos como Efesios 4:11-12; 1 Corintios 12 (especialmente los versículos 11, 18 y 22), en revelarnos la estrategia de Dios para nuestra preparación en la evangelización.

11) Meditar: *Toda* acción nuestra es potencialmente un testimonio vivido y *toda* conversación nuestra es potencialmente un testimonio hablado.

Considerar esta idea a la luz de Colosenses 4:5-6. ¿Cómo deben estas consideraciones afectar nuestra manera de vivir?

12) Meditar: «Poseído por el Espíritu Santo el cristiano se convierte en un testigo de Cristo en *todo lo que hace,* donde quiera que esté, veinticuatro horas al día, siete días por semana». ¿Es realista esta opinión? Dar ejemplos de tu propia experiencia.

13) Meditar: El nivel más básico de la evangelización es cuando el creyente normal da testimonio de su fe, de una manera espontánea y vivida, entre aquellas personas que comparten con él la experiencia común, los problemas comunes y el trabajo común.

«Es esta igualdad y comunidad de experiencia lo que hace que el uno entregue su mensaje en términos que el otro puede entender, y hace que el oyente enfoque el tema con simpatía y confianza» (Roland Allen).

A la luz de estas afirmaciones ¿cómo habría de ser la evangelización de la iglesia local?

14) ¿De qué maneras prácticas podría mejorarse la iglesia (o GBU) y adaptarse a las necesidades de los inconversos: 1) en sus actividades evangelísticas; 2) en su vivencia como comunidad cristiana?

7. La evangelización: el proceso racional, la oración y el Espíritu Santo

7A. EL LUGAR DEL ESPÍRITU SANTO EN LA EVANGELIZACIÓN

Puesto que el no-cristiano está *muerto* en el sentido espiritual, y por lo tanto impotente para efectuar su propia transformación, la regeneración sólo puede ser consecuencia de un acto sobrenatural del Espíritu Santo. Es por esto que como esfuerzo meramente humano, la evangelización es inútil.

El Espíritu Santo mismo es el que *testifica* de Cristo (Juan 15:26-27) y por lo tanto el que capacita al creyente para que haga lo mismo (Hechos 1:8). El Espíritu *ilumina* la mente, revelando la verdad de Dios y abriendo los ojos de los ciegos (Mateo 16:17; 1 Corintios 2:14; Efesios 1:17-18; Salmos 119:18). El *convence* a los hombres (1 Tesalonicenses 1:4; Juan 16:9) de tres realidades morales: la seriedad de su pecado contra un Dios santo y de su rechazo de Jesucristo; la posibilidad de la justicia, puesto que Dios ha aceptado el sacrificio de Jesús; y la inevitabilidad del juicio, puesto que Satanás ya es juzgado (Juan 16:8-10). Él *concede el arrepentimiento y la fe* (Hechos 5:31; 11:18; Filipenses 1:29; 2 Timoteo 2:25). Él *regenera* al hombre, dándole una nueva vida (Juan 3:5-9; 6:63). Él *mora* en el creyente (Juan 14:17; Romanos 8:8-9; 1 Corintios 6:19), sellándole para la eternidad (2 Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:13; 4:30) y dándole la seguridad de su salvación (Romanos 8:15; Gálatas 4:6; 1 Juan 4:13).

Sin embargo, el Espíritu Santo no efectúa esta labor dentro del hombre de una manera «mística» sin tener recurso a medios humanos. Normalmente es a través de su capacitación de los creyentes que Él realiza su labor de testificar de Cristo.

Los medios principales utilizados por el Espíritu Santo son dos: su palabra y su pueblo. Éstos hablan y el Espíritu confirma su mensaje. Pero tal confirmación se hace patente cuando efectivamente es el Espíritu Santo quien obra a través del creyente, y para que obre así tiene

que hacer una labor previa *en* el creyente mismo. Para la evangelización el Espíritu *separa* al pueblo de Dios y lo *limpia* (Juan 15:3; 17:18-19; Efesios 5:26). Él *enseña* a sus siervos la verdad (Juan 16:13). Les *guía* hacia las personas (Hechos, capítulos 8, 9, 10, 16). Les *capacita* para hablar (Mateo 10:19-20; Marcos 13:11; Lucas 12:12; Hechos 4:31). *Confirma su* mensaje (Marcos 16:20; Hechos 5:32; 1 Tesalonicenses 1:5) y les *ayuda en sus oraciones* (Juan 14:12-13; 16-23; Romanos 8:26-27; Apocalipsis 8:3-4).

En otras palabras, el Espíritu Santo es para nosotros en la esfera invisible exactamente lo que Jesucristo era para sus discípulos en la esfera visible (Juan 14:16-17). Si en nuestra evangelización no somos conscientes de su presencia, terminaremos siendo pragmáticos y calculadores. Buscaremos una *técnica* irresistible que «garantice resultados». Nuestras conversaciones se verán como una batalla entre dos voluntades humanas. Emplearemos «armas mundanales» (2 Corintios 10:3-5).

7B. EL LUGAR DE LA ORACIÓN EN LA EVANGELIZACIÓN

Puesto que la evangelización, como acabamos de ver es una labor sobrenatural, debe ser evidente que la oración es una parte imprescindible de la misma.

Pablo dice que estamos envueltos en una guerra espiritual (2 Corintios 10:3-5) y que no tenemos lucha «contra sangre y carne» (Efesios 6:10-20). Por otra parte el no cristiano es *cegado* por Satanás (2 Corintios 4:4), engañado (Juan 8:44; 2 Tesalonicenses 2:9-12; Apocalipsis 12:9; 20:10), esclavizado (2 Timoteo 2:26) y cautivado (Colosenses 1:13). Ante esta fuerza satánica las técnicas humanas son totalmente insuficientes, y los métodos mundanos reprensibles. Nuestra única arma eficaz es la Palabra de Dios y debemos manejarla en un ámbito de intercesión «en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu» (Efesios 6:17-18).

El creyente no debe pensar que el diablo le vaya a dejar en paz, sobre todo cuando evangeliza. El diablo le atacará desde fuera y desde dentro, intentará desviarle de su propósito, desanimarle. Si no logra *este* propósito, entonces empujará al creyente al otro extremo, animándole a que evangelice, pero con métodos y medios que atenten contra la gloria de Dios, la dignidad del hombre y el poder del Evangelio. Hará que el creyente «se pase», que sea indiscreto, que rompa su comunión con Dios o con sus hermanos en Cristo. Intentará impedir que el creyente vaya adonde debe ir (1 Tesalonicenses 2:18), hará que sea perseguido, encarcelado o incluso matado (Apocalipsis 2:10; 6:9; 12:17).

Si el creyente es llamado a evangelizar en tales condiciones, es evidente que su responsabilidad primordial debe ser la de mantener la comunión con Dios, quien sólo puede fortalecerle. Además en la evan-

gelización, como en otras esferas de la vida cristiana, Dios normalmente retiene la bendición hasta que su pueblo ora. «No tenéis lo que deseáis, porque no pedís» (Santiago 4:2). El Espíritu de Dios no suele obrar poderosamente donde no hay oración.

7C. EL LUGAR DE LA MENTE Y DEL PROCESO RACIONAL EN LA EVANGELIZACIÓN

Sin embargo, no debemos pensar que la oración y el poder del Espíritu Santo sean *sustitutos* de una presentación clara y razonada del Evangelio. Es una artimaña más del diablo hacernos creer que el uso de la mente y de la razón no es muy «espiritual», cuando de hecho estas cosas son un regalo de Dios, e infravalorar lo que Dios ha creado siempre ha sido una táctica satánica.

Debido a este engaño, hay muchos cristianos que dicen que hay que evitar la discusión en la evangelización. Esto *no* es lo que dice la Biblia. Por supuesto hay que evitar un espíritu contencioso y meramente polémico, «la discusión por la discusión». Pero Jesús discutía: no evitaba el enfrentamiento y el debate con los enemigos del Evangelio (por ejemplo Mateo 12:1-45; 15:1-20, 22:15-46). Los apóstoles discutían: Pablo «confundía a los judíos... demostrando que Jesús era el Cristo» (Hechos 9:22); «disputaba con los griegos» (9:29); «Por tres días de reposo discutió (razonó) con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras (explicando, comprobando)...» (17:2-3); «discutía» (17:17; 18:4,19; 19:8); «persuadía» (18:4; 26:28; 19:8), «se defendía» (26:2), etc. Pablo mismo dice que no debemos ser contenciosos, sino amables y sufridos, desechando las cuestiones necias e insensatas (2 Timoteo 2:23-26; Tito 3:9); pero esta enseñanza no justifica una pereza mental en la defensa y proclamación del Evangelio.

También Pablo comprendía (lo mismo que Jesús con sus discípulos) que su actividad evangelística fundamental era la *enseñanza,* una enseñanza que abarcaba todo el proceso de ganar la atención de sus oyentes, exponer los hechos del Evangelio, explicar, ilustrar, contestar a objecciones y mostrar las implicaciones prácticas de la doctrina (Hechos 18:11; Colosenses 1:28; 2 Timoteo 1:11).

Es en este contexto, de toda una vida dedicada a la proclamación del Evangelio mediante la enseñanza y la discusión, que debemos entender las palabras tan controvertidas de Pablo a los corintios «no fui (a vosotros) con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Este crucificado... ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder...» (1 Corintios 2:1-5). Es decir Pablo no *dependía* en absoluto de su propia capacidad de debate sino del Espíritu Santo, ni rehuía exponer claramente la cruz

de Cristo aun sabiendo que para muchos de sus oyentes sería «locura» (1 Corintios 1:18) y que él acarrearía mucha menos oposición si se limitaba a facetas más aceptables para la mentalidad filosófico religiosa de Corinto. Como hemos dicho desde el principio de este capítulo ¿nuestra dependencia necesariamente debe ser de Dios y de su poder, no de nuestra capacidad humana de «persuadir», puesto que uno no puede «persuadir» a un cadáver a que nazca de nuevo. Y tampoco debemos limitarnos a una exposición sólo de aquellos aspectos del Evangelio que vayan de acuerdo con las filosofías e ideologías de nuestros días, sino exponer con sencillez y claridad aun las partes más «chocantes» para la mentalidad contemporánea. Pero esto dicho, no podemos emplear los primeros capítulos de 1 Corintios para justificar una evangelización agresiva, pietista y anti-intelectual que no se preocupe de dar respuestas a las preguntas legítimas de nuestros oyentes.

Por supuesto, aun los mejores argumentos no garantizan la salvación de nadie. Una persona puede estar completamente convencida de la verdad del Evangelio sin estar dispuesta a entregarse a Cristo. Pero los argumentos son necesarios para quitar aquellas barreras que impidan que la gente escuche y crea el Evangelio. Cualquier persona sincera tendrá sus dudas y objeciones y debemos intentar contestarlas. (Por otra parte necesitamos el discernimiento para saber cuándo una persona está amontonando preguntas sólo para evitar el compromiso).

«No podemos malgastar el tiempo congraciando la *arrogancia* intelectual de nadie, pero debemos proveer lo necesario para su integridad intelectual» (Stott).

«Una presentación claramente razonada del Evangelio es importante, no como un sustituto racionalista de la fe, ni para hacer la obra que corresponde al Espíritu Santo, sino para que el Espíritu Santo pueda convencer al mundo a través de su mensaje» (Montgomery).

Algunos argumentos en contra del Evangelio surgen con tanta frecuencia que debemos estar preparados de antemano para contestarlos: «Dios es injusto si permite el sufrimiento»; «la sinceridad basta para la salvación», etc., etc. Evidentemente es mejor decir: «no sé la respuesta», que dar una respuesta inadecuada, ya que no pretendemos ser expertos en teología; pero si constantemente somos incapaces de dar respuestas a las mismas preguntas de nuestros amigos, sólo les confirmamos en su incredulidad.

7D. LA EVANGELIZACIÓN COMO GUERRA ESPIRITUAL

En nuestra evangelización somos llamados a participar en una guerra espiritual. Sabemos que sólo Dios tiene los recursos adecuados para librar esta batalla, y sin embargo la guerra es nuestra; Él nos la ha dado.

Sabemos también que sólo seremos eficaces en esta guerra si echamos mano a los recursos de Dios y seguimos su estrategia.

En Efesios 6:12-18 vemos que nuestra guerra se dirige en contra de «los principados, las potestades, los gobernadores de las tinieblas en este siglo, las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales». Estas palabras nos recuerdan que Satanás nos tiende dos trampas:

1. En primer lugar, la de caer en el error de negar para efectos prácticos la existencia del diablo, o de creer en él solamente como una abstracción, equivalente a la maldad en general.

Si hacemos esto, nuestra evangelización, aunque sea inteligente, llena de compasión y equilibrada, tenderá a limitarse a la persuasión humana. Por la fuerza de nuestra personalidad o nuestra entrega entusiasta a una «ideología» cristiana podremos convencer de la verdad de nuestra enseñanza a algunas personas. El error de aquellos métodos que no toman en cuenta que Satanás es un ser personal y activo es que pueden convencer a las personas intelectualmente pero no las liberan espiritualmente. La lucha de Jesús con los fariseos se caracterizaba por un debate intelectual e ideológico, pero al mismo tiempo no dudó en señalar la esclavitud espiritual que sujetaba toda su personalidad a un poder sobrenatural más grande: «vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre *queréis* hacer» (Juan 8:44). No sólo el intelecto de los fariseos, sino también su voluntad y sus emociones estaban controladas por Satanás. Es necesario que las personas dejen de pertenecer a Satanás y que sean liberadas de los estragos y problemas causados por su dominio en todos los niveles de su vida.

Los poderes o las influencias que se levantan contra el conocimiento de Dios en nuestra sociedad tienen su raíz en el dominio satánico en el mundo (1 Juan 5:19). Cualquier religión, filosofía o sistema política que niegue al Dios creador y personal, al Padre de nuestro Señor Jesucristo o que vea la vida como un fenómeno solamente humano, es de origen diabólico.

2. En segundo lugar está el error de ver a Satanás como un poder eterno y omnipresente, casi tan poderoso como Dios, y de dar poca importancia a las dimensiones humanas, psicológicas y sociológicas de los problemas del hombre. A veces se puede confundir la sensación de temor que sentimos ante lo desconocido o lo incomprendido con la obra directa de Satanás. Debemos tener cuidado con el uso de palabras como «endemoniado» y «posesión» que algunos emplean siempre que encuentran una resistencia o comportamiento inexplicable en las personas. Sobre todo se puede hacer mucho daño a una persona por intentar «echarle fuera los demonios» cuando su problema, lejos de ser la posesión, es en realidad la resistencia de su propia voluntad al Evangelio y los efectos del pecado por los cuales es necesario hacerle sentirse

responsable. Cuando realmente existe la posibilidad de que los problemas sean de posesión diabólica, no debemos permitir que nuestra emoción subjetiva frente a la persona sea nuestra guía. Debemos actuar en comunión con la comunidad cristiana, orando e investigando objetivamente los datos del pasado de la persona. Quizá Dios utilice a un hermano con el don de discernimiento de espíritus (1 Corintios 12:20) pero esto no excluye una investigación cuidadosa de actividades de la persona en el pasado con grupos ocultistas o sectas heréticas que manifiesten características del Anticristo (1 Juan 2:22). Puesto que estas circunstancias sólo existen en una minoría de personas y el pecado y la culpabilidad humana delante de Dios son problemas universales, debemos explorar las otras posibilidades antes de concluir que es un problema de posesión satánica. Si reconocemos claramente la obra del diablo en todos los hombres, veremos que la «posesión» es sólo una de sus muchas maneras de obrar.

Ante estas situaciones el cristiano debe luchar en dos niveles: en primer lugar para comprender inteligentemente, y en relación con las Escrituras, las bases filosóficas y religiosas de las ideologías de nuestro siglo; en segundo lugar para oponerse, mediante la oración, a Satanás, que tiene ofuscadas las mentes de nuestros contemporáneos.

La terminología evangélica basada en metáforas de guerra («huestes de la fe», «milicia», «iglesia militante», etc.) en muchas ocasiones se utiliza en nuestras iglesias refiriéndose a una lucha muy humana, y se limita a aspectos muy prácticos o subjetivos como la lucha contra las tentaciones o contra el desánimo. Pero bíblicamente esta terminología se refiere principalmente a una lucha espiritual que consiste en *una vida de oración militante*. Cuando Jesús sanó al endemoniado (Marcos 9:14-29), los discípulos se confesaron impotentes y preguntaron a Jesús: «¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?» La respuesta de Jesús indica que en el caso de algunas clases de poder espiritual, el *único* método eficaz de «evangelización» es la oración.

Cuando empezamos a orar, muchas veces no sabemos claramente cuál es la raíz del problema que estamos enfrentando. Tenemos que pedir sabiduría porque sentimos que nos hace falta (Santiago 1:5). Nuestra oración no debe concentrarse sólo en la búsqueda de revelaciones directas y personales; confiamos en que Dios utilizará también a nuestros hermanos para darnos la luz que necesitamos. Nuestras convicciones subjetivas pueden ser importantes pero deben ser controladas por la sabiduría y la experiencia de otros hermanos que nos conocen. No es por accidente que Jesús habla de su presencia en medio de *dos o tres* (Mateo 18:20) y afirma la importancia del acuerdo de dos en las cosas que se pidan a Dios (Mateo 18:19). El Nuevo Testamento habla de una certeza que se puede alcanzar en el conocimiento de la volun-

voluntad de Dios (Colosenses 1:9; 1 Juan 5:14-15). Así pues, en nuestras iglesias y grupos podemos orar por las personas con mucha convicción de que Dios concederá nuestras peticiones específicas cuando nos dedicamos a buscar su voluntad. Así progresivamente podemos pasar de pedir lo que nos gustaría que aconteciese a pedir lo que sabemos que ocurrirá. Evidentemente nuestro conocimiento siempre será parcial y no siempre conseguiremos dejar de andar a tientas. Pero con confianza pedimos a Dios que nos conceda el discernimiento para encontrar el área real de conflicto con Satanás y el valor luego para utilizar con firmeza las armas de nuestra milicia.

En Marcos 3:27 leemos que «ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa». Jesucristo por su muerte, ya ha atado al hombre fuerte (ver Colosenses 2:15). Pero nosotros no podemos «saquear sus bienes» hasta que no nos apropiemos esta victoria. En nuestras oraciones debemos mostrar a Satanás que está atado, que creemos sin lugar a dudas que Cristo ya lo ha hecho. Si hacemos esto, no puede haber ningún impedimento: ya podemos «saquear los bienes». La pobreza de nuestras oraciones suele mostrarse en el hecho de que oramos a favor de personas sin considerarlas víctimas de Satanás y sin localizar la actividad satánica en sus vidas. Oramos «carnalmente» y las oraciones quedan sin contestación. En efecto, negamos la promesa de Jesús (Juan 15:7): «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros pedid todo lo que queréis y os será hecho».

En el concepto total de lo que debe ser nuestra evangelización, vemos, pues, que no sólo ofrecemos la oportunidad de la salvación a los hombres. También proclamamos a los poderes espirituales que hay un pueblo que sólo reconoce el señorío de Dios (Efesios 3:10). Decimos a Satanás que su reino está acabado y sus días contados. Pero en la medida en la que enfocamos nuestra evangelización en estos términos llegaremos a comprender y a palpar que estamos en medio de una auténtica guerra espiritual, y sentiremos la necesidad de volver vez tras vez al Señor y pedirle la fuerza espiritual que necesitamos para seguir adelante.

7E. TEMARIO

1) Leer Mateo 1:37-38; 16:18; 1 Corintios 3:5-9. ¿Quién siembra la semilla? ¿Quién edifica la iglesia? ¿Quién lleva la responsabilidad de la evangelización? Evaluar la responsabilidad humana y divina a la luz de este último texto.

2) Leer Salmo 127:1. Si *Dios* es quien toma la iniciativa en la evangelización y nosotros no somos más que «colaboradores» con Él, ¿qué significa esto para 1) nuestra metodología, 2) nuestra motivación, y 3) nuestra dirección espiritual?

Evaluar hasta qué punto, en nuestra evangelización, buscamos los planes de Dios y hasta qué punto le pedimos que bendiga *nuestros* planes.

3) Leer Romanos 8:5-6, 9-14; Gálatas 5:16, 25; Efesios 4:1, 17; 5:1-2; 5:15-16. Según el contexto de cada una de estas citas, ¿qué significa «andar en el Espíritu»?

4) Leer Hechos 4:8, 31; 6:8, 10; 7:55; 8:29-39; 10:19-28; 11:12; 13:2, 4, 9; 15:28; 16:6, 9; 18:9, 21.

¿Qué nos enseñan estos textos acerca de cómo los apóstoles fueron guiados por el Espíritu Santo? ¿Qué relación debe hacer entre la dirección del Espíritu y la evangelización? A la luz de esto, ¿qué peligros ves en la evangelización centrada en un sólo «método»?

5) Meditar: «El cristiano vitalizado por el Espíritu Santo era un testigo, no porque él decidiera serlo o se viera obligado a ello, sino porque el Divino Testigo habitaba en él y obraba por medio de él. No testificaba porque tuviera que hacerlo sino porque no podía dejar de hacerlo» (Richard Halverson).

La falta de espontaneidad en nuestro testimonio ¿qué dice acerca de la realidad del poder del Espíritu Santo en nosotros?

6. Leer Hechos 1:8; 2:43, 47; 4:29-31, 33-5:12, 14, 8:6. Las señales sobrenaturales tuvieron un papel primordial en la evangelización de la iglesia primitiva. ¿Por qué no se ven en la nuestra? ¿Su ausencia se debe a un cambio de estrategia de parte de Dios o a una falta de fe en nosotros? ¿Se manifiesta realmente el poder del Espíritu Santo en nuestra evangelización? ¿De qué maneras?

7. La comprensión de que nuestra lucha evangelística no es contra sangre y carne sino contra las fuerzas diabólicas de las regiones celestes, ¿cómo debe afectar 1) nuestra motivación, y 2) nuestros métodos, en la evangelización? En el caso de Pablo (ver Efesios 6:19-20 a la luz de 6:12-18) ¿cómo tiene que haberlos afectado?

8. La evangelización es la actividad, aparentemente absurda, de predicar a cadáveres, como si ellos tuviesen la capacidad en sí mismos de responder y vivificarse.

¿De qué maneras nuestros métodos evangelísticos y nuestros argumentos demuestran que no hemos llegado a comprender la verdadera condición del hombre?

9. Leer Ezequiel 37:1-7; Efesios 2:1-3; 4:17-19; Romanos 1:18-32. El concepto del hombre inconverso que se descubre en estos textos ¿cómo debe afectar nuestra metodología evangelística? En nuestra evangelización ¿solemos tratar a nuestros oyentes como describen estos textos? Qué diferencia habría en nuestro testimonio si así lo hiciéramos? ¿Qué nos enseñan estos textos acerca de nuestra dependencia del poder de Dios en la evangelización? A la luz de estos textos, ¿qué implica la «convicción de pecado»?

10. Meditar: «El hombre inconverso no puede llegar a un concepto adecuado ni del carácter y el amor de Dios, ni de su propia necesidad de la salvación, hasta que llega a verse a sí mismo tal y como la Biblia dice que él es». ¿Coincide esta opinión con tu propia experiencia? ¿De qué maneras?

11. Discutir: «No llamamos a la gente a que cometa un suicidio intelectual, sino a que tenga fe en Cristo. Y estas dos cosas no son iguales. En ninguna parte de las Escrituras se enseña que la fe se opone a la razón, aun si no se puede llegar a una relación con Dios meramente por razonar». ¿Qué relación ves tú entre la fe y la razón?

12. ¿Nos enseña Mateo 10:19-20 que no importa para nada la preparación y el adiestramento en la evangelización? ¿Cómo nos prepara el Espíritu Santo para nuestra defensa del Evangelio? ¿Cómo nos prepara a través de la Biblia (2 Timoteo 2:15; 3:14-17)? ¿Qué relación ves entre la evangelización de la iglesia primitiva y su perseverancia en la doctrina de los apóstoles (Hechos 2:42)?

13. Discutir: «Si no podemos dar razones de nuestra fe y si permitimos que las mismas preguntas nos venzan en la conversación vez tras vez, somos desobedientes. Por nuestra ignorancia estamos confirmando a los no creyentes en su incredulidad» (Paul Little).

Haz una lista de los argumentos que piensas que más frecuentemente se aducen en contra del Evangelio y da breves respuestas bíblicas a ellos.

8. Nuestro comportamiento en la evangelización

8A. CARACTERÍSTICAS DEL EVANGELISTA

La Palabra de Dios no nos da ningún resumen del Evangelio que podamos utilizar en todas las ocasiones; tampoco nos explica qué métodos debemos emplear en nuestra evangelización. Y es así seguramente porque hay ciertos principios espirituales que son más importantes que cualquier metodología humana. Dicho de otra manera, lo que preocupa a los escritores bíblicos es el evangelista y sus actitudes, más que la evangelización y sus métodos. Si vamos a hacer justicia al enfoque bíblico de la evangelización, por lo tanto, necesitamos considerar cuáles deben ser las actitudes o características del evangelista.

Sólo un repaso rápido de estas cualidades en la Biblia es sumamente revelador. Mejor aún si podemos dedicar tiempo delante del Señor a considerar nuestro propio comportamiento personal a la luz de ellas.

La Biblia nos revela que debemos testificar:

1. *Con denuedo* (Hechos 4:13, 29, 31; 9:27-29; 19:8; Efesios 6:19-20; Filipenses 1:28). Para Pablo esto del denuedo no era sólo una teoría. Había visto el ejemplo de los cristianos a los que había perseguido y, sin duda, esto contribuyó a su propia conversión. El que sea posible el denuedo y el vencimiento de nuestros sentimientos naturales de miedo se debe a que Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder (2 Timoteo 1:7). Nosotros podemos ser tímidos por naturaleza, pero Aquél que mora en nosotros no lo es.

2) *Sin avergonzarnos* (Mateo 10:32-33; Romanos 1:16 Filipenses 1:20; 2 Timoteo 1:8-12; 1 Pedro 4:16). Ésta es la otra cara de la moneda del denuedo. Es interesante observar, a base de los textos citados, que los mismos apóstoles tuvieron que luchar con el problema de la vergüenza.

3) *Con sacrificio* (Hechos 20:24; 2 Corintios 6:3-10; 11:23-29). El sacrificio es la consecuencia lógica del denuedo y debemos prepararnos para él. Nadie puede seguir a Cristo sin llevar su cruz y estar preparado

para la crucifixión. Nadie puede evangelizar sin colocar sus propios intereses en el altar del servicio de Dios (Romanos 12:1).

4) *Incansablemente y con paciencia* (1 Corintios 15:58; 2 Corintios 4:1, 16; Colosenses 1:29; 2 Timoteo 2:24-26; 4:2). Es decir, no debemos admitir el desánimo. Vendrán momentos de derrota aparente, o paulatinamente nos vencerá el cansancio, pero debemos esforzarnos en la gracia de Cristo (2 Timoteo 2:1) y seguir adelante.

5) *Con urgencia* (Hechos 9:20; 2 Corintios 5:11? 20; 2 Timoteo 4:1-2). Sólo será así si tomamos conciencia de nuestra responsabilidad y damos mucha prioridad a la evangelización (Marcos 6:34-35; Hechos 6:2-4; 2 Timoteo 2:4). No sabemos si tendremos otra ocasión de comunicar el Evangelio a nuestros oyentes, o si ellos tendrán oportunidad de escucharlo.

6) *Gustosamente y con regocijo* (Salmos 40:3; 51:12-13; Hechos 4:20; 5:41; 13:50-52; 16:25; Romanos 1:15-16; Filipenses 4:4-5; 1 Corintios 9:16-17). Una vez más el que sea así o no dependerá de la autenticidad de nuestra relación íntima con el Señor. Si la evangelización es una extensión de nuestra adoración y alabanza la realizaremos con gozo.

7) *Con reverencia* (2 Corintios 2:14-17). La evangelización no es un pasatiempo. El Evangelio es un depósito que hemos recibido de Dios y que debemos guardar con nuestra vida, reconociendo en todo momento que es sagrado porque procede de Él (1 Timoteo 6:20; 2 Timoteo 1:12-14; 2:15). Si creamos un ambiente ligero y frívolo en nuestra evangelización, hacemos que el Evangelio parezca trivial. Siempre debemos darnos cuenta de la seriedad de nuestro cometido: Dios es santo y el rechazo del Evangelio implica la muerte eterna. «Si a veces no nos da miedo nuestra responsabilidad evangelística, será porque no nos hemos dado cuenta de lo que está en juego» (J. Alexander).

8) *Con sabiduría y profundidad* (Mateo 10:16, Hechos 6:10; Colosenses 1:28; 4:5-6). No todos somos sabios por naturaleza, pero al menos podemos tener cuidado para no conversar frívolamente acerca del Evangelio. Debemos pedir al Señor que nos ilumine el entendimiento a fin de comprender mejor el Evangelio, que nos dé la sabiduría necesaria para comunicarlo a nuestra generación (Efesios 1:17-18; Santiago 1:5), y que nos proporcione el discernimiento que necesitamos para entender bien a la persona que nos escucha.

9) *Con delicadeza y cortesía* (Colosenses 4:5-6, Tesalonicenses 2:7-8; 2 Timoteo 2:24-26; Tito 3:1; Hebreos 5:2; 1 Pedro 3:8-9). Esto implica que debemos escuchar con paciencia y sensibilidad a la otra persona. Debemos respetar su voluntad y libertad. Jamás debemos intentar imponerle nuestro mensaje ni hacer violencia a su integridad, responsabilidad y dignidad como ser humano.

10) Con exactitud y claridad (Hechos 18:24-28; Gálatas 1:6-9; 2 Timoteo 2:2, 15). Aun una omisión o adición pequeña a nuestro mensaje

puede hacer de él «otro evangelio». Debemos reconocer que siempre sufriremos la tentación de «suavizar» el Evangelio para hacerlo más «asequible» a nuestros oyentes, pero que debemos luchar contra esa tendencia. Por otra parte podemos hablar mucho y no comunicar nada si no hablamos con claridad: debemos evitar la «jerga» evangélica, explicar conceptos y palabras teológicas, averiguar hasta qué punto nuestro oyente ha comprendido nuestra explicación del mensaje. Es decir, el contenido del Evangelio es «intocable»; pero el lenguaje y presentación que utilicemos debe variar según la persona con la que hablamos.

11) *Con sinceridad y honestidad* (2 Corintios 2:17; Filipenses 1:15-18; 1 Tesalonicenses 2:3-6). No debemos dar una impresión falsa de cómo es la vida cristiana con el fin de «atraer» más al oyente. Tampoco es lícito tender «trampas evangelísticas», como por ejemplo organizar una reunión musical y luego introducir una predicación sin haber dicho nada de antemano a los asistentes o planear una actividad «social» (fiesta, cena, excursión) y luego anunciar en medio de ella sin previo aviso que va a terminar con una charla.

12) *Con humildad* (Hechos 20:19; 1 Corintios 3:5-9; 15:9-10; 2 Corintios 12:9; Filipenses 2:5-8). Debemos recordar siempre que en cuanto a nuestra naturaleza humana, sólo somos pecadores, aunque perdonados y aceptados por Dios; y en cuanto a nuestro ministerio sólo somos instrumentos que Dios desea utilizar. Debemos hablar con los demás como si fuéramos «mendigos que decimos a otros mendigos dónde hemos encontrado pan».

A esta lista podríamos añadir muchas cualidades más, como por ejemplo el amor, la compasión, la comprensión, el deseo de glorificar a Dios, etc. que ya hemos tratado al hablar de nuestra motivación (ver capítulo II).

8B. EL EVANGELISTA COMO AMIGO

Hay dos clases fundamentales de evangelización, la que podríamos llamar la «intensiva» y la «extensiva». Las dos son válidas y necesarias. La primera es como si plantáramos un árbol, con todo el trabajo que esto implica: de limpiar el terreno, cavar el hoyo, colocar el esqueje, regarlo y cuidarlo. La segunda es como si esparciéramos la semilla sin ocuparnos mucho del terreno esperando que alguna parte de ella produzca fruto (Mateo 13). La primera es como pescar con caña y anzuelo; la segunda es como pescar con red. La primera es la que practicaba Jesús con los doce discípulos y en sus conversaciones particulares; la segunda es la que practicaba con las multitudes que le seguían.

Puesto que la primera clase de evangelización, aunque ideal, es demasiado entretenida como para poder realizarla con muchas perso-

nas a la vez, es evidente que necesitamos también practicar la evangelización «extensiva»; como, por ejemplo, una distribución masiva de literatura, una serie de conferencias, proyección de películas, etc... Estas «redes» de hecho nos sirven para ponernos en contacto con personas que realmente buscan a Dios y después podemos proceder a una evangelización intensiva con ellas. Aun en la evangelización extensiva, por lo tanto, uno de nuestros objetivos debe ser el de llegar a crear amistades con aquellas personas que nos son señaladas por el Señor.

¡Cuánto más es así en la evangelización «intensiva»! De hecho podríamos decir que ésta es la «evangelización mediante la amistad». No queremos decir con esto que nuestra amistad con el no creyente deba ser una cosa ficticia, una fachada que nos ponemos para poder «ganarle». Estamos hablando de algo muy auténtico: para el creyente su preocupación evangelística, motivada por el amor y la compasión, le lleva inevitablemente a una relación de amistad con las personas que le rodean; pero por otra parte él verá siempre como lo más importante de su amistad, el poder llevar a su amigo a los pies de Cristo. Si realmente estamos viviendo con el criterio de Cristo, la evangelización nos llevará a la amistad, y la amistad a la evangelización. No podemos separar las dos.

Sin embargo, necesitamos comprender que la amistad en estas condiciones es costosa y debemos preguntarnos si estamos dispuestos a pagar el precio. Esta clase de evangelización es cuidadosa, realista, paciente y personal (1 Tesalonicenses 2:7-8), dispuesta también a sufrir el desengaño, porque en la medida que crece nuestro afecto por la otra persona, también crece la posibilidad de dolor si luego ella nos rechaza a nosotros al rechazar el Evangelio. Además es una evangelización que nos exige una gran consistencia y consecuencia en nuestra manera de vivir la vida cristiana, ya que la intimidad y la convivencia implican que nuestro amigo nos verá en muchas situaciones diversas y juzgará la validez del Evangelio según nuestro comportamiento.

Evidentemente éste es un precio que debemos estar dispuestos a pagar en nuestra relación con las personas que vemos a menudo en el trabajo, en la universidad, en la vecindad, etc. En medio de nuestra amistad genuina y desinteresada hacia ellos, podemos comunicarles cada vez más acerca de Jesucristo, según vemos que están preparados para recibirlo. Necesitamos el tacto y el discernimiento de no insistir demasiado en algunas ocasiones y así cerrar la puerta a conversaciones posteriores. Necesitamos la paciencia de callarnos a veces y escuchar atentamente lo que nos dicen para así descubrir cómo van respondiendo a lo que han entendido del Evangelio. Necesitamos el espíritu de sacrificio de pasar tiempo con ellos hacer cosas juntos y conversar sobre una gran variedad de temas, no sólo sobre el Evangelio. Pero muy a menudo este precio que pagamos resulta en una conversión auténtica.

Algunos cristianos limitan su evangelización a «ataques relámpago» en lugares donde no son conocidos. Su evangelización es más bien «impersonal» que «personal», y en ciertos sentidos es más fácil y menos costoso evangelizar así. Sin embargo, Dios ha colocado a nuestro lado, en el trato social cotidiano, a muchas personas por las que nos hace responsables. Como consecuencia nos llama a todos a que estemos ocupados en la «evangelización mediante la amistad».

8C. TEMARIO

1) Repasar cada uno de los doce puntos del 8A leyendo cuidadosamente los textos citados y a base de ellos: a) explicar con tus propias palabras lo que implica cada una de estas cualidades para nuestra evangelización de hoy; y b) dar ejemplos de estas cualidades en casos que tú conoces del libro de los Hechos o de la evangelización actual.

2) Discutir: «No se puede evangelizar sin amar. No se puede amar sin preocuparnos por el hombre en todas sus dimensiones, no solamente por su «alma». Leer Mateo 5:44-45, 1 Corintios 13. Considerar el papel que tiene el amor y la amistad en la evangelización.

3) Cristo ganó la simpatía y el afecto de aquellos grupos que estaban al margen de la sociedad por sentarse con ellos, comer con ellos, convivir con ellos. Incluso estaba dispuesto a comprometer su reputación por amor a ellos. ¿Cuál es nuestra actitud hacia los «indeseables» de nuestra sociedad? ¿De qué maneras prácticas podemos identificarnos con ellos? Hacer una lista de grupos marginados en nuestra sociedad y dar sugerencias prácticas de cómo mostrarles un amor auténticamente cristiano.

9. Métodos y actividades evangelísticas

9A. ¿QUÉ MÉTODOS DEBEN EMPLEARSE EN LA EVANGELIZACIÓN?

Hay muchos métodos que son válidos en nuestra evangelización, muchas maneras de acercarnos al no creyente, de abordar la cuestión del Evangelio, de enfocarlo y resumirlo. Lo cierto es que no podemos evangelizar *sin* método, aunque sea un método inconsciente o espontáneo.

Existen, sin embargo, dos grandes peligros en cuanto a la metodología evangelística. La primera es que algún método, por muy interesante que sea, llegue a ser una norma absoluta en nuestra evangelización de forma que perdamos la espontaneidad, autenticidad y humanidad en el testimonio. La segunda es que utilicemos un método que deshonre el Evangelio.

Ningún método debe monopolizar nuestra evangelización porque vemos en el Nuevo Testamento que cada encuentro es único y necesita un enfoque o método distinto según las circunstancias y las necesidades de las personas. Nosotros también debemos ser sensibles a las circunstancias, la personalidad del oyente, los materiales a nuestra disposición, nuestros propios dones, capacidades y experiencias, y sobre todo la dirección del Espíritu Santo. Un método fijo y predeterminado nos llevará a depender de él, en vez del Señor, y da al no creyente la impresión de que nuestra evangelización no procede de nosotros de una forma auténtica sino de una manera mecánica.

Luego debemos preguntarnos siempre si el método que pensamos emplear está de acuerdo con los principios bíblicos de evangelización y con la doctrina del Evangelio, si glorifica a Dios, si es apropiado para un asunto tan sumamente serio como es la vida o muerte eterna, y si trata con sensibilidad y respeto al ser humano. Debemos pensar si el método causa ofensa innecesaria (aquí hay que distinguir entre el método y el mensaje).

A fin de ayudarnos en nuestra reflexión, deberíamos recordar los siguientes peligros inherentes a un uso mecánico y excesivo de determinadas metodologías:

1. Si lo que seguimos en nuestra evangelización son métodos preestablecidos corremos el riesgo de atraer, adoctrinar y regimentar a los inconversos en vez de llevarles a la salvación.
2. Si nuestro énfasis está en las metodologías, terminamos creando rivalidades entre nosotros y otros grupos evangelísticos que practican otro método.
3. Nuestras metodologías pueden llevar a la formación de «élites super espirituales», orgullosas de los «resultados» de sus sistemas, que se consideren superiores a los que no los emplean e incluso crean que ellas son las únicas que «realmente evangelizan».
4. Nuestras metodologías pueden crear la impresión de que no se puede evangelizar sin haber terminado cursos de adiestramiento en la obra personal y clases sobre los métodos de evangelización.
5. Nuestras metodologías pueden desanimar al creyente normal, dándole la impresión de que la evangelización es algo muy complicado, trabajo de especialistas.
6. Nuestras metodologías pueden llegar a sistematizar, deshumanizar o institucionalizar una relación humana y espontánea con la gente.
7. Nuestras metodologías pueden llegar a sustituir la dirección personal del Espíritu Santo.
8. Nuestras metodologías tienden a la «regimentación» del creyente, negando su individualidad, sus dones y sus características particulares y destruyendo el concepto bíblico de «un cuerpo con muchos miembros y diferentes funciones».

9B. LA DIVERSIDAD DE LAS ACTIVIDADES EVANGELÍSTICAS

Hay también muchas *actividades* evangelísticas. Por lo tanto, es nuestra responsabilidad delante del Señor aplicar nuestra mente e imaginación a las circunstancias que nos rodean para ver cuáles de ellas nos son más aptas. Por ejemplo: conversaciones personales, encuestas, estudios bíblicos en grupos pequeños, reuniones públicas con predicación, testimonios, sermones, discusiones y coloquios, conferencias apologéticas, comentario de libros, películas, teatro, música, libros, periódicos, folletos, carteles, cursos por correspondencia, excursiones, campamentos, radio y televisión, reuniones al aire libre, etc.

Nuestra selección de actividades tendrá que estar determinada por nuestras circunstancias sociales y políticas, por los dones y personalidad de los que evangelizamos, por las características de nuestros oyentes y por los recursos con los que contamos.

En realidad (como hemos dicho desde el principio) toda clase de actividad realizada por el pueblo de Dios en presencia de algún no creyente, es potencialmente una «actividad evangelística». Esto queda confirmado por el hecho de que muchas personas se convierten en nuestras iglesias, no tanto en actos específicamente evangelísticos como por medio del conjunto de la vida de la iglesia. Un culto de oración puede causar un impacto tan poderoso como una predicación.

Sin embargo, no debemos escondernos tras la excusa del testimonio general de la iglesia, y olvidarnos de nuestra responsabilidad de aprovechar al máximo todo el abanico de posibilidades que los recursos y circunstancias de hoy nos ofrecen. Aquí no podemos hacer más que mencionar algunas de ellas. Más adelante dedicaremos algo más de espacio a tres actividades que han demostrado ser especialmente eficaces en el ámbito universitario de nuestro país (apartados 9C, 9D y 9E).

1. *La predicación*

Juntamente con las conversaciones particulares, la proclamación pública y directa del mensaje central del Evangelio es la actividad evangelística «por excelencia» del Nuevo Testamento (ver Mateo 3:1; 4:17, 23; 10:7; 26:13; Marcos 16:15; Lucas 9:2; Hechos 10:42; 28:3; 1 Romanos 10:14-15; 15:20; 1 Corintios 1:21,23; 1 Tesalonicenses 2:9; 2 Timoteo 4:2, etc.). Es el método que Cristo y los apóstoles suscriben, y por lo tanto constituye una parte imprescindible de nuestra evangelización. Su validez en todas las generaciones viene ratificada por dos mil años de la historia de la Iglesia.

2. *Conferencias*

La exposición serena y equilibrada de un tema determinado puede resultar atrayente y eficaz para personas que jamás acudirían a escuchar una «predicación».

3. *Mesas redondas*

Variante de una conferencia, en la cual varias personas exploran distintos aspectos complementarios de un mismo tema.

4. *Debates*

En contraste con la mesa redonda, el debate no siempre es llevado por personas con puntos de vista complementarios, sino a menudo conflictivos. La discusión es moderada por un coordinador. Actividad útil para atraer a personas que piensan, aunque las conclusiones no suelen ser ni claras ni contundentes.

5. *Testimonios*

La ratificación del mensaje del Evangelio por medio de la narración de la experiencia de los creyentes (ver capítulo V, 5A).

6. *Películas, conciertos, teatro*

Evidentemente depende de los dones y recursos disponibles. Ganan en la amenidad de la presentación, pero pierden en la claridad de la exposición del mensaje.

Todas estas actividades pueden estar apoyadas y reforzadas por otras iniciativas complementarias: la distribución de invitaciones, la colocación de carteles, el seguimiento mediante cuidado personal, grupos de discusión, etc.

9C. EL ESTUDIO BÍBLICO EVANGELÍSTICO

El estudio bíblico evangelístico se realiza mediante la discusión, en grupos pequeños, de textos bíblicos, seleccionados para hacer que los participantes se encuentren con la persona de Jesucristo. El *propósito final* es el de hacer que reciban a Jesucristo como Salvador y Señor. El *propósito inmediato* es el de hacer que consideren a Jesucristo y den un paso en el camino hacia Él.

Idealmente la *composición* del grupo debería ser de dos a diez personas. No más de la mitad deben ser cristianos para que los no cristianos no se sientan coaccionados y no se pongan a la defensiva. Cuando la mayoría de los participantes son cristianos el estudio llega a ser artificial y se palpa cierta presión psicológica.

El *contenido* del estudio ni es la apologética, ni el compartimiento de la experiencia, sino el estudio de un texto bíblico, normalmente de los evangelios, que enseña quién era Jesucristo, cómo era su personalidad, por qué murió, y lo que significa su vida hoy. Cada estudio se limita a un solo pasaje para que se vea el comportamiento de Jesucristo durante un episodio completo. Los no cristianos desconfían de pasajes citados fuera de su contexto. Si empezamos a citar textos de otras partes de la Biblia, no pueden seguirnos y se confirman en la idea de que la Biblia es demasiado complicada para que la entienda alguien que no sea experto. Por otro lado, si llegan a descubrir que es un libro bien comprensible empezarán a leerla por sí mismos.

El procedimiento. Uno de los cristianos orienta la discusión mediante el uso flexible de preguntas cuidadosamente preparadas que ayuden a los participantes en su recepción y retención de los detalles del texto y les lleve a una comprensión de sus implicaciones. Es importante que ellos mismos descubran las verdades del texto. El líder debe dar los detalles del transfondo socio-histórico del texto pero no debe responder

a las preguntas porque las respuestas deben proceder del mismo texto. Los no creyentes pueden rechazar como «opiniones evangélicas» lo que nosotros decimos, pero se dejarán convencer más fácilmente por la verdad que ellos mismos encuentran en la Biblia. Es así aun cuando en principio no crean en la inspiración de la Biblia. (Si alguien dice que no acepta la autoridad de las Escrituras, podemos decirle: Esto no importa; ven y ve lo que dice). La Biblia conlleva su propio sello y autenticidad. Su contenido convence. Dios les habla directamente a través de su Palabra. Además, la discusión permite que los cristianos vean, en cada etapa, cómo sus amigos van respondiendo al Evangelio, lo que han entendido y lo que les queda aún por entender.

Es mejor emplear una sola versión de la Biblia y dar el número de la página en vez de la cita de capítulo y versículo. Todos los participantes se ponen de acuerdo en no desviarse del texto; de esta manera no hay discusiones inútiles. El líder anima a los participantes para que ellos también hagan preguntas, las cuales se discuten en el grupo, siempre a la luz del texto. Se mantiene un ambiente relajado y abierto, y no demasiado «religioso». Después del estudio bíblico se puede pasar a la conversación personal.

9D. EL USO DE LA LITERATURA EN LA EVANGELIZACIÓN

La literatura es uno de nuestros medios evangelísticos más potentes. Puede llegar a sitios donde los cristianos mismos,no pueden ir. El lector puede repasarla varias veces, y en los momentos que él mismo elige. Por otro lado resulta más eficaz cuando es empleada juntamente con la evangelización personal.

Hay muchos tipos de literaturas: Biblias, Nuevos Testamentos, Evangelios, libros, libritos, folletos, hojas, revistas y periódicos. Actualmente podemos añadir a esta lista otros medios de comunicación producidos en masa: discos, cintas cassette, vídeos, etc.

Los libros pueden ser *vendidos:* en este caso es más probable que la gente los lea. Pueden ser *regalados,* pero la gente puede desconfiar de nuestras intenciones y no leerlos. Pueden ser *prestados,* lo cual ofrece la posibilidad de conversar con la persona cuando devuelve el libro. Es mejor no vender, ni regalar, ni prestar libros que no hayamos leído nosotros anteriormente.

Una mesa de libros puede ser interesante, en las calles, las plazas, las facultades universitarias; o la venta ambulante de libros en determinadas situaciones: en la playa, en cafeterías y bares, en visita casa por casa. Una de nuestras «redes» evangelísticas más eficaces es la distribución de folletos. Sin embargo una distribución indiscriminada puede desprestigiar el Evangelio, puede parecer una propaganda cualquiera. Siempre debemos emplear tratados con un contenido de buena calidad

y nunca obligar a que la gente los acepte. Para los universitarios, una hoja sacada a multicopista normalmente es más aceptable porque así evitamos la impresión de representar una organización con grandes intereses económicos.

Hay muchas posibles variaciones en torno al uso de la literatura: Se puede hacer una promoción especial de cierto título durante una semana, anunciándolo en revistas y carteles, estimulando interés en conversaciones particulares, en mesas de libros, o en reuniones organizadas para hablar de la temática del libro. Se puede imprimir y distribuir una revista evangelística, etc.

Total, que las posibilidades sólo quedan limitadas por nuestra imaginación. Hay que recordar que, sin embargo, casi todas las clases de evangelización con literatura son de «sembrar» más que de «segar», y debemos preocuparnos por cómo mantener el contacto con las personas alcanzadas por la literatura. Es importante, por lo tanto, que cada libro, etc., lleve la dirección de alguna iglesia u organización evangélica, o un horario de estudio bíblico y reuniones, o la oferta de un curso por correspondencia.

9E. ORIENTACIÓN PARA EL USO DE ENCUESTAS

Hay muchas ventajas en el uso de encuestas en nuestra evangelización. Son un medio excelente de saber lo que los no cristianos realmente piensan, lo cual es importante tanto en la evangelización personal como en la planificación y preparación de reuniones, literatura, etc. Una encuesta da la oportunidad de hablar con un desconocido de una forma relativamente espontánea y relajada. Unas preguntas bien formuladas pueden estimularle a que piense más acerca de Cristo, aun si no es posible o conveniente seguir la conversación.

Sin embargo debemos comprender también las limitaciones y los peligros de las encuestas. Es deshonesto usarlas sólo como excusa para empezar una conversación. Es importante decir a la gente si la información se va a emplear en un estudio, un artículo, una revista, etc. También es deshonesto formular una lista de preguntas totalmente desconectadas de nuestro fin evangelístico y luego añadir preguntas inesperadas de tipo religioso al final. Tampoco es muy acertado preguntarle a una persona qué es lo que cree si de todas formas vamos a darle una presentación estereotipada y prefabricada del Evangelio, porque así demostramos que en realidad no tenemos ningún interés en sus respuestas.

También es evidente que en el uso de encuestas necesitamos comportarnos con mucha cortesía y simpatía. No debemos detener a una persona que tenga prisa, ni interrumpir a personas que estén hablando entre sí. Nunca debemos imponer el Evangelio.

Por otra parte hemos de explicar cuál es el grupo que representamos y cuáles son las finalidades de la encuesta. Si no procedemos con sinceridad, la persona se sentirá engañada cuando lleguemos al final. No tenemos derecho a hacer comentarios a las respuestas que nos dan. Es mejor esperar hasta que tengamos una idea más o menos clara de la situación espiritual de la persona antes de considerar de qué modo y sobre qué tema podríamos abarcar una conversación con ella al terminar la encuesta. La oración es indispensable en estos momentos. Empezaremos con algún punto en el que el encuestado se ha mostrado perplejo o preocupado. Y sólo empezaremos si la persona entrevistada ha mostrado inquietudes o una disposición de diálogo que se presten a ello.

Si la persona se muestra dispuesta a aceptarlo, le podemos dejar un Evangelio, o algún folleto acerca de aspectos del Evangelio que no ha entendido. Si la entrevista ha sido amena representa una ocasión magnífica para ofrecerle información sobre estudios bíblicos o reuniones a los que puede asistir. Si ha habido algo de conversación personal, conviene darle nuestro número de teléfono. Si está dispuesta podemos pedirle el nombre o dirección con el fin de enviarle más materiales, o preguntarle si le gustaría charlar más en otra ocasión o recibir un Nuevo Testamento o libro. Pero no debemos insistir en ello de una manera ofensiva, en el caso de que la persona haya mostrado poco interés.

(Para algunos modelos de encuestas, ver Apéndice B).

9F. TEMARIO

1) Discutir la opinión siguiente: Tenemos la mente dividida en casillas. En una están los negocios, en otra los estudios, en otra el trabajo, o la familia, o los pasatiempos, o la literatura, o el arte, o la política, o la iglesia, o Dios. Y sólo hemos permitido que la mente de Cristo nos influya en aquellas casillas que lleven la etiqueta «espirituales». Por no haber *pensado* cristianamente acerca de los negocios, no sabemos conversar cristianamente acerca de ellos, ni de los estudios, ni del trabajo, ni de la familia, etc... Por lo tanto nuestro testimonio es artificial: en vez de hablar espontánea y cristianamente acerca del tema que sea, intentamos introducir una temática «espiritual» en medio de una situación «secular».

2. Discutir estas tres opiniones: 1) Son tan numerosos los «métodos» de evangelización como los creyentes que evangelizan, las personas evangelizadas, y las circunstancias en las que se realiza la evangelización. 2) El único manual completamente fidedigno sobre la evangelización es el Nuevo Testamento, pero cuanto más lo estudiamos menos se puede deducir una sola metodología de evangelización personal. 3) Imponer una sola metodología a todos los creyentes es negar la diversidad de ministerio que la Biblia enseña.

3) Comparar estas dos opiniones: 1) Nuestra metodología evangelística puede ser el sustituto de la dirección del Espíritu Santo. 2) El Espíritu Santo siempre nos lleva a algún método en la evangelización. ¿Estás de acuerdo con ellas? ¿Cómo se las puede reconciliar?

4) ¿Cuáles son los peligros de una metodología demasiado sistematizada? ¿Cuáles son las ventajas de una metodología bien planeada y proyectada? Hacer listas.

5) Leer Romanos 12:3-4; Efesios 4:7-16; 1 Corintios 12:15-19. Si la evangelización es una parte integral de la vida de la iglesia local, ¿no deben regir en ella los mismos principios de variedad de ministerio y don que rigen en toda la vida eclesiástica? ¿Cómo ocurre esto en la práctica?

6) Examinar las conversaciones siguientes: Juan 4:7-10; 6:5-13, 35; 9:6-7 y 39:41; 11:21-27 y 38:44; 13:4-17; Lucas 21:1-6, etc. En cada caso el punto de arranque de la conversación es una situación de la vida real. ¿Cómo logra Jesús «desviar» la conversación hacia temas espirituales en cada situación? Dar ejemplo de cómo tú has logrado lo mismo.

7) Es evidente que, en el sentido más amplio de la palabra no se puede evangelizar sin «método», y que cada encuentro evangelístico admite un análisis «metodológico». También es evidente que tiene que ser el Espíritu Santo quien nos guíe en la elección de nuestros «métodos». Pero, dado que el Espíritu Santo nos guía a través de mentes transformadas, no por la negación de la mente, dentro de su dirección espiritual cabe un criterio razonado, a base de un discernimiento equilibrado, que nos lleva a descubrir el mejor método para la situación en la cual nos encontramos.

Si el Señor espera de nosotros que empleemos inteligentemente tanto los dones como las oportunidades que Él nos da, ¿no nos corresponde considerar delante de Él qué métodos pueden aprovechar mejor las oportunidades que nos ha dado en este momento? Si tu respuesta es «sí», ¡hazlo ahora!

8) Meditar: Cada método tiene sus ventajas y sus desventajas. Predicar en el templo puede llevar a la conversión de multitudes pero también al encarcelamiento. Una conversación personal puede llevar a la salvación o también a una discusión vana y polémica (por ejemplo Juan 4:20).

–Hacer una lista de todos los diferentes métodos evangelísticos que caben en tu situación actual. Considerar los peligros y las ventajas de cada uno. Considerar la eficacia espiritual de cada cual a la luz de los factores sociológicos de la sociedad española. ¿Cuáles de estos métodos crees conveniente emplear en tu vida personal, en tu grupo, en tu iglesia?

10. Conversión y seguimiento

10A. «EL ÚLTIMO PASO»

Cuando el Evangelio es proclamado y enseñado en su plenitud, algunas personas reciben a Cristo sin ninguna necesidad de ayuda «externa». Esto se manifestará en ellas por sus actitudes cambiadas, un nuevo gozo y alegría, un hambre por la Palabra de Dios. Debemos estar pendientes de tales reacciones y preguntar a la persona si efectivamente ha recibido a Cristo. Pero otros nos pedirán ayuda y otros necesitarán ser confrontados con el desafío de la entrega y el compromiso con Cristo. ¿Cómo podemos saber que una persona ha llegado a comprender suficientemente el Evangelio para poder dar este paso? Por escuchar lo que nos dice. Por hacerle preguntas. Por pedirle que explique el Evangelio con sus propias palabras.

Si le vamos a prestar ayuda eficaz, necesitamos ser conscientes de lo que debemos esperar encontrar en esta persona, que ha entendido el Evangelio y que quiere aceptar a Cristo:

–Debe haber un *arrepentimiento* genuino, no solamente unos sentimientos de culpa o de inferioridad, ni siquiera una confesión de pecados sin más. El arrepentimiento implica una conversión radical, un cambio de dirección, en el que la rebelión es renunciada y la vida reenfocada en términos del servicio a Dios y del señorío de Jesucristo.

–Debe haber una *fe* auténtica. La fe incluye una *creencia en los hechos* acerca de Jesucristo, aunque en sí misma tal creencia no salva a nadie (Santiago 2:19). Más aún, la fe implica la *confianza en una persona: Jesucristo.* Tal fe se demuestra por una sumisión incondicional a Cristo, invitándole a su vida como Salvador y Rey de ella. Por lo tanto, hay que asegurarse de que el interesado sabe lo que esto puede implicar para su vida en términos prácticos. Si alguien no quiere que Dios le salve *de sus pecados* (y por lo tanto le dé el poder de vivir una nueva vida para la gloria de Dios, según el poder de Jesucristo, bajo la dirección del Espíritu), Dios no tiene nada más que decirle.

Al subrayar el hecho de que la salvación es gratuita, los cristianos a veces hemos ido demasiado lejos y damos la impresión de que tam-

bién es incondicional. La salvación es absolutamente gratuita. No puede ser comprada ni merecida. Pero la salvación en sí consiste en una relación que implica la sumisión amorosa y total a Dios. (La relación de matrimonio que un hombre ofrece a una chica es gratuita. Ella no puede comprársela. Pero a no ser que esté dispuesta a tomar sobre sí las obligaciones y los privilegios implícitos en esta relación, debe rechazarla). Esto significa que muchas personas no querrán aceptarla, aun cuando es gratuita. Tienen la libertad de elegirla o no. Pero ésta es la única relación que Dios nos ofrece, la única que conduce a la vida eterna. Somos rebeldes derrotados. Dios nos ofrece una amnistía, pero sólo a cambio de una rendición incondicional.

La persona interesada quizá necesite considerar estas cosas durante un par de días. Le va a costar un precio ser cristiano. (Pero a la vez, le costará más no serlo: Lucas 9:21-26). No debe haber ni precipitación ni demora. Notemos cómo Jesús despide a algunas personas que le preguntaban con entusiasmo acerca de la vida eterna, pero no querían reconocer el coste, mientras ejerce cierta presión sobre aquellas que comprendían el Evangelio pero vacilaban (Lucas 9:57-62; 18:18, siguientes). ¿Es legítimo «persuadir» a las personas a que reciban a Cristo? Por supuesto, *siempre que* han comprendido bien el coste. Calvino dijo: «no basta sólo con extenderles una mano cariñosa...». La Biblia dice «arrebatadlos». El cristiano que nunca intenta persuadir a las personas no ha comprendido bien que si no son salvas su destino es «el fuego» (Judas 23).

Si, pues, el interesado está preparado para recibir a Cristo –es decir, si hay evidencia de su deseo de romper con la vida anterior y de una disposición de confianza en Cristo y de un compromiso con Él como Señor– debemos pedirle que ore en voz alta, con sus propias palabras, diciendo al Señor lo que está en su corazón. Si esto le resulta incómodo, pidámosle que lo haga silenciosamente. Después podemos preguntarle: ¿Invitaste al Señor Jesucristo a que entrase en tu vida? ¿Crees que ha entrado? ¿Quieres que le demos gracias? Si dice que no sabe orar, oremos nosotros por él, para que pueda ver cómo hacer su petición. Sólo si no hay otro remedio, debemos hacer que repita una oración dicha por nosotros. Algunas personas prefieren estar solas cuando toman un paso tan decisivo. En tal caso, hay que explicarles de antemano cómo pueden recibir a Cristo y pedirles que nos llamen después de haberlo hecho. Es importante siempre dar gracias juntos al Señor, pero sólo si la persona tiene una seguridad dada por el Espíritu de Dios de que Cristo ha entrado en su vida.

Si una persona ha comprendido el Evangelio pero no está dispuesta a aceptar a Cristo debemos avisarle de lo peligroso que es dar largas al asunto.

En nuestra conversación con una persona inmediatamente antes de su paso decisivo, es mejor no mezclar las metáforas y las ideas que empleamos. Quizá queramos hablar en una terminología «jurídica»: de justificación, perdón, paz con Dios, etc. O quizá queramos hablar en términos de entrega o compromiso. O quizá deseemos emplear la idea de «invitar» y «recibir» a Jesús: Apocalipsis 3:20; Juan 1:12; 14:23. (Apocalipsis 3:20 tiene un uso evangelístico válido ya que es evidente que muchos de los miembros de la iglesia de Laodicea no eran creyentes. También es de suma importancia notar que en 3:21 nos dice *quién* está a la puerta: el Rey. Si no nos damos cuenta de quién es al extenderle la invitación de entrar, le hacemos un gran insulto. Él es un Rey que nosotros hemos ofendido por mantenerle fuera de nuestras vidas).

Debemos buscar evidencias de la seguridad de la salvación en nuestro amigo: el gozo, por ejemplo. Si no hay ninguna podemos señalarle de nuevo las promesas de Cristo. Puede ser que con la comprensión de ellas llegue la comprensión de la realidad. Pero si no es una gran equivocación intentar imponerle la seguridad mediante la persuasión humana cuando el Espíritu Santo no se la ha dado. Debemos saber esperar. Sólo Dios sabe cuándo la conversión ha sido sincera e incondicional. ¿Por qué debe un Rey insultado entrar en el primer momento que a nosotros se nos antoja extenderle la invitación? (Aunque, en su misericordia, muchas veces lo hace). Si no hay una seguridad dada por Dios, digamos mejor a la persona que siga clamando al Señor. Cristo le contestará cuando sepa que lo que se le pide procede sinceramente de lo más profundo del corazón (Jeremías 29:13).

10B. EL CUIDADO PASTORAL DEL NUEVO CRISTIANO

Lo que hemos llamado el «último paso» en el proceso de la conversión, en realidad no es más que el «primer paso» en la vida cristiana. Nuestra labor no ha acabado cuando la persona ha recibido a Jesucristo como Señor y Salvador; ¡más bien acaba de empezar!

La Biblia no hace ninguna distinción rígida entre nuestra actividad evangelística en la «preconversión» y nuestra actividad pastoral en la «postconversión», entre llevar a alguien hacia su entrega inicial a Cristo y ayudarle en su crecimiento hacia la madurez cristiana. La responsabilidad de los padres no ha acabado cuando nace el niño; al contrario, aumenta de una manera abrumadora. Así ocurre cuando el Señor nos ha utilizado como «comadronas» en el nacimiento de un hijo suyo. Ahora tenemos una responsabilidad ineludible.

Para empezar debemos intentar asegurar bien la autenticidad de la regeneración. Una experiencia inicial puede parecer auténtica pero quizá no sea en realidad el nuevo nacimiento. A veces el nuevo naci-

miento *real* ocurre durante la etapa de «crecimiento» inicial a continuación del nuevo nacimiento *aparente*. Aunque la regeneración es un acto instantáneo desde el punto de vista de Dios, desde una perspectiva humana la conversión puede consistir en una serie de etapas.

La Biblia habla de los nuevos creyentes, pues, en términos de «recién nacidos» (1 Pedro 2:2) y dice que necesitan a padres espirituales que les ayuden en su crecimiento espiritual (1 Tesalonicenses 2:7-9). Algunos niños nacen sanos y fuertes, otros necesitan un cuidado especial. Cuando Pablo mismo no podía atender con suficiente cuidado a los nuevos en la fe, solía escribirles cartas y, en otros casos, enviar a uno de sus ayudantes (1 Tesalonicenses 3:1-8; Filipenses 2:19-30). En Hechos 20:17-36 vemos que Pablo se despidió de los creyentes de Efeso sólo cuando hubieron crecido lo suficiente como para que algunos de ellos ya pudiesen asumir responsabilidad de líderes. Él destaca como algo imprescindible el haber aprendido a vivir personalmente por la Palabra de Dios (versículos 20, 27 y 32).

Hay cosas que el recién nacido necesita saber inmediatamente. Algunas de ellas son las que aparecen en el Apéndice C. (Allí las referencias bíblicas son muy extensas para que cada cual escoja aquellas que le parezcan más claras e interesantes). Podemos compartirlas con él. Conviene que él conozca de inmediato dos o tres textos sobre: la oración, el estudio bíblico, la confesión de los pecados, la tentación, la obediencia, la comunión con otros cristianos. Debemos ayudarle a comenzar estudiando algún libro de la Biblia, quizá el Evangelio de Juan. (Recordemos también que la mayor parte de las cartas del Nuevo Testamento fueron dirigidas a nuevos cristianos). Podemos decirle que apunte preguntas en un cuaderno al hacer su lectura y después discutirlas con él. También debemos enseñarle el significado del bautismo.

Al principio, si es posible, deberíamos concretar una cita diaria con él para hablar de sus problemas, enseñarle los caminos del Señor y orar juntos. Después, ¿hasta dónde sigue nuestra responsabilidad? Hasta que le hayamos enseñado todo lo que el Señor nos ha enseñado a nosotros (Mateo 28:18-20). Hasta que él sea capaz de ganar y aconsejar a otros (una evidencia segura de la madurez espiritual). Debemos llevarle con nosotros en nuestra evangelización y otras actividades, para que aprenda a través de nuestro ejemplo, no sólo por nuestras palabras. Debemos darle una atención personal muy cuidadosa, porque los discípulos son obra de artesanía individual, no de producción en masa. Es importante que en cuanto llegue a ser cristiano, se integre en una comunidad cristiana, pero en muchos casos habremos de ayudarles a acostumbrarse a la vida de una iglesia local.

Si todo esto se realiza, cada nuevo cristiano llegará a ser a su vez un «padre» espiritual. Éste es el plan que Dios tiene para la evangeli-

zación. (Ver las cuatro «generaciones» de 2 Timoteo 2:2). De esta manera la expansión será geométrica. Aunque una iglesia crezca más lento al principio, a fin de cuentas crecerá más rápido y con una base mucho más firme.

Un último punto: ¡el teléfono puede ser muy útil en esta etapa de nuestro cuidado del nuevo creyente!

10C. TEMARIO

1) Muchas personas no encuentran dificultad en hablar con sus amigos acerca del Señor, pero en cambio les resulta difícil llegar más allá de una discusión de argumentos. Hacer una lista de sugerencias:

a) ¿Cómo saber si una persona ha llegado al punto de estar dispuesta a entregarse a Cristo o al menos a enfrentarse con el desafío de la entrega?

b) Etapas o sugerencias prácticas que se pueden seguir para ayudar a aquella persona a hacer esa entrega.

2) ¿Cómo se puede distinguir entre un desafío espiritual que lleve a la conversión auténtica y una presión psicológica que lleve a una decisión falsa o superficial?

3) Dar ejemplos de cómo tú has ayudado a otras personas a dar el «último paso» y considerar lecciones que se podrían aprender a base de tus experiencias.

4) Después de su conversión, ¿cuáles son las cosas básicas que necesita saber y practicar el nuevo creyente? Hacer una lista y dar lecturas bíblicas para cada punto.

5) ¿Qué responsabilidad tienen hacia el nuevo creyente aquellos que el Señor ha usado en su conversión? ¿De qué maneras prácticas pueden ayudarle en su crecimiento espiritual? Hacer otra lista de recomendaciones prácticas.

6) ¿Puede una persona convertirse a Cristo sin identificarse con el pueblo de Dios? ¿Puede una persona convertirse a Cristo y no llegar a ser miembro de una iglesia evangélica?

7) Hacer una lista de las dificultades que encuentra el «español típico» que acaba de convertirse y quiere integrarse en una iglesia evangélica. ¿Cuáles de estas dificultades se deben a principios espirituales inmutables, frente a los cuales el nuevo convertido tendrá que perder sus propios prejucios? ¿Cuáles se deben a los prejuicios y las tradiciones extra-bíblicas de la comunidad evangélica?

EPÍLOGO

LA EVANGELIZACIÓN: UN APRENDIZAJE

Jesucristo ha prometido enseñarnos a evangelizar (Mateo 4:19). La única precondición es la de seguirle. Llamó a sus discípulos «para que estuviesen con él» (Marcos 3:14) y después les envió a testificar.

La evangelización, como la natación, se aprende al practicarla. Dios nos capacita para el testimonio mientras testificamos, no antes. El cristiano jamás debe pensar que no ha de evangelizar hasta haber cursado clases de adiestramento, aun cuando éstas puedan serle útiles. En cierto sentido no hay mejores evangelistas que los cristianos «recién nacidos» porque testifican con total naturalidad y entusiasmo. Lo que es fundamental es una relación vital de adoración con Cristo y una buena comprensión del Evangelio. Si existe esta relación nuestro amor hacia el Señor rebosa y compartimos nuestra fe espontáneamente con nuestros amigos. Vencemos el temor. No dependemos meramente de técnicas humanas. A veces lo que necesitamos más que un curso de adiestramento es la valentía para «lanzarnos». Necesitamos vencer nuestra timidez. Moisés era reacio y cobarde en el momento de tomar la palabra; Dios le dijo: «Yo estaré con tu boca» (Éxodo 4:12). Isaías se sentía indigno; Dios le limpió (Isaías 6:1-8). (No es necesario que seamos perfectos, sino perdonados, para evangelizar). Jeremías se creía demasiado inmaduro, Dios le ensenó que Él mismo se encargaría de la deficiencia de su siervo (Jeremías 1:4-10). Timoteo era tímido por naturaleza; Pablo le ensena que el temor no procede de Dios sino del enemigo (2 Timoteo 1:7-8).

Sin embargo, una vez dicho todo esto, podemos reconocer la utilidad de un curso de adiestramiento. Sólo que éste debe tomar en cuenta el hecho de que Dios quiere expresar Su carácter y Su mensaje a través de nuestras diferentes personalidades. Ningún método que disminuya el carácter único de cada testigo cristiano puede tenerse por bueno. La formación del creyente, pues, no debe radicar en técnicas estereotipadas sino en principios bíblicos (ver Apéndice D). También hay libros muy buenos sobre la evangelización que nos pueden ser de gran ayuda.

Pero sin duda la mejor manera de aprender a evangelizar es acompañando a algún creyente maduro, ferviente y experimentado en su evangelización. En este sentido el estudio bíblico evangelístico en grupos pequeños es idóneo para el aprendizaje. El principiante se encuentra enfrentado con las preguntas y los argumentos que los no-cristianos planean. Descubre cómo los líderes, a la luz de la Palabra de Dios, contestan. No se siente amenazado. Al salir del estudio, con su amigo no-creyente, sigue conversando espontáneamente de las cosas de Dios. ¡Ya ha comenzado a evangelizar casi sin darse cuenta!

En la evangelización todos somos aprendices. No importa la experiencia ya acumulada: siempre podemos volver a los Evangelios y descubrir nuevas maravillas en la manera en la que Jesucristo atendía a la gente y comunicaba las Buenas Nuevas; siempre podemos encontrar en las Epístolas nuevos principios que nos orienten, nuevas exhortaciones que nos estimulen...

Nunca es demasiado tarde para reemprender nuestra obligación evangelística. Algunos de nosotros, avergonzados quizás por la mediocridad de nuestro testimonio, pensamos que en la evangelización no valemos nada –y es claro que el que hace «todo el trabajo» es el Espíritu Santo, ya que es Él quien enseña, redarguye, convence de pecado, y en este sentido es cierto que ninguno de nosotros «vale nada» para convertir a nadie. Pero estamos hablando de evangelizar, es decir, *comunicar* la buena noticia de que Dios nos ama y ha obrado una salvación por medio del Señor Jesucristo para nosotros. Y para esto, todos valemos y no nos sirve el objetar que este es un trabajo para los jóvenes o para los que tienen un don especial. Supongo que el diablo quiere abrumarnos con sentimientos de nuestra propia debilidad, indignidad, timidez o torpeza. Nos quiere atar con nuestros miedos y complejos. Desea neutralizarnos con el pecado o distraernos con otras responsabilidades de la vida a fin de que no cumplamos nuestro cometido evangelístico. Desearía sembrar pánico entre nosotros por la inmensidad de nuestra tarea. Quiere burlarse de nosotros en nuestras derrotas y fracasos.

Pero la Palabra de Dios *es* eficaz. El que está en nosotros es más fuerte que aquéllos que están contra nosotros. El mismo que nos envía a evangelizar es Aquél que promete estar a nuestro lado todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28:10). El Espíritu que nos da no es de cobardía sino de poder, de amor y de dominio propio (2 Timoteo 1:7). Hagámonos fuertes pues en Él. Vistámonos la armadura que Dios nos provee (Efesios 6:10-18). Asumamos gozosamente la responsabilidad que nos encomienda. Oremos al Señor y no nos faltarán oportunidades de testimonio. Alcemos nuestros ojos y miremos los campos (Juan 4:35) porque ya están blancos para la siega.

APÉNDICE A

LA EVANGELIZACIÓN Y LA RENOVACIÓN ESPIRITUAL

1. Cada cristiano debe llegar a comprender que la obra del ministerio pertenece a todos los cristianos. No está reservada a los relativamente pocos profesionales peculiarmente equipados e instruídos para evangelizar, ni puede ser delegada en un grupo de semi-profesionales que han recibido una adoctrinación especial en técnicas de evangelización. La vitalización del Espíritu Santo capacita al cristiano para testificar, y Jesucristo lo ha prometido a todo creyente. En realidad, hay un solo Evangelista, un solo Ministerio, un solo Predicador, un solo Testigo; y ese Uno es el Espíritu Santo que obra en y a través de todos los que toman en serio a Cristo y su misión. La Gran Comisión es la obligación personal, ineludible, de cada cristiano ¡sin excepciones!

2. Teniendo constantemente esta visión de la responsabilidad personal, los cristianos deben ser instruidos en las Escrituras a fin de que conozcan la persona de Cristo y su misión en la historia la razón de su muerte y el significado de su resurrección.

3. Deben saber que la lucha en que están empeñados en la evangelización es una lucha «espiritual» y que el arma que Dios ha provisto para ese conflicto es la «"espada del Espíritu", que es la Palabra de Dios» (Efesios 6:17). Su disciplina principal, en consecuencia, ha de ser el estudio de las Escrituras a fin de ser cada vez más diestros en su uso (2 Timoteo 3:14-17).

4. Los cristianos deben aprender a depender de la eficacia de su arma y de la presencia y el poder del Espíritu Santo, no de otra cosa. Queremos que la fe «no esté fundada en la sabiduría de los hombres sino en el poder de Dios» (1 Corintios 2:5). «¡La debilidad es una positiva ventaja para el cristiano!» (2 Corintios 12:10).

5. Los cristianos deben unirse con otros en auténtica comunión, a fin de compartir sus experiencias, victorias y derrotas, debilidades y fracasos, esperanzas y aspiraciones. Deben tener oportunidad de orar unos por otros, de llevar los unos las cargas de los otros, de exhortarse, reprenderse y amonestarse unos a otros. Deben estudiar juntos las Escrituras y aprender unos de otros.

6. Los cristianos deben concebir sus vidas como parte del plan total de Dios, y deben considerar lo que hacen como una vocación sagrada. Deben saber que Dios les ha colocado donde están como sus contactos, sus centros de distribución, sus agentes o embajadores a través de los cuales Dios habla, ama y actúa. Deben creer que si el mundo en el cual viven y trabajan ha de ser evangelizado, ellos mismos son los medios que el Espíritu de Dios ha de emplear.

7. Los cristianos deben ser estimulados a ser lo que Dios les ha capacitado para que sean; a darse a Cristo como sacrificio vivo en y por medio de los cuales pueda ser demostrada Su voluntad. Deben aprender a depender totalmente de que el Espíritu que habita en ellos haga la obra de Cristo y testifique de Cristo a través suyo. Y deben aprender a andar por fe en lo que concierne a resultados, comprendiendo que no hay criterios adecuados por los cuales ningún cristiano pueda medir su efectividad.

8. Los cristianos deben recordar continuamente la lección de Juan 15, de que el que «permanece» en Cristo y en quien «su palabra permanece» dará mucho fruto. La estrategia básica para la máxima efectividad cristiana es la vida permanente. Cuando permanecemos en Él y su Palabra permanece en nosotros, podemos estar seguros de que el fruto será abundante.

   Las ocho sugerencias anteriores colocan una tremenda obligación y oportunidad sobre los que son profetas, evangelistas, pastores y maestros. Éstos, que han sido dados por Cristo a la Iglesia, tienen su propia tarea claramente determinada. Cueste lo que cueste en predicación, enseñanza, comunión, consejo y dirección su mandato es el de «equipar al pueblo de Dios para la obra en Su servicio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Efesios 4:12).

Evangelizar y vivir. R. Halverson. Ed. Certeza

APÉNDICE B

MODELOS DE ENCUESTAS

Modelo n.° 1: Encuesta sobre la situación religiosa en el ámbito universitario

UNIVERSIDAD:
FACULTAD:
ESPECIALIDAD:
CURSO:

Práctica religiosa

1. ¿Cómo te definirías desde el punto de vista religioso?
Cristiano católico; simplemente cristiano; agnóstico; ateo; no sé; otro

2. (Sólo para católicos.) ¿Con qué frecuencia asistes:
   1) A la misa? veces al año.
   2) a la confesión veces al año.

3. ¿Qué es lo que más ha influido en tu formación religiosa?
Tus padres; colegio religioso; lecturas; estudios académicos; experiencia de la vida (muerte, fracaso, amor, etc.), la iglesia; otro

Creencias

1. ¿Cuál es el libro más interesante que has leído este año?

2. ¿Cuál es la causa principal de los problemas del mundo?

3. Es evidente que muchas personas llamadas «cristianas» no lo son. ¿Cómo defines tú lo que es un cristiano auténtico?

4. Jesucristo dijo que era Dios. ¿Qué opinas? Era el mismo Dios, un mentiroso, un fanático engañado, o un mito? ¿U otra alternativa?

5. ¿Por qué murió Jesucristo? ¿Por defender unos ideales? ¿Por ser un incomprendido? ¿Para ser un ejemplo de amor? ¿Para pagar nuestros pecados en nuestro lugar? ¿Otro?

6. ¿Cuál es la fuente de conocimientos de Cristo que has tenido?

¿Has leído los Evangelios?

¿Cuándo?

7. ¿Qué influencia tiene Cristo hoy?

Modelo n.° 2
Cuestionario

Estamos interesados en saber cómo han cambiado tus ideas religiosas desde que comenzaste a estudiar y los factores que han contribuido a estos cambios.

Facultad o escuela superior
Curso

Indica cuáles de los conceptos creías antes y cuáles crees ahora:

Concepto de Dios:	**Antes**	**Ahora**
Está muerto (no existe).	☐	☐
Existe pero no le podemos conocer.	☐	☐
Es un Ser que podemos conocer personal e íntimamente.	☐	☐
No se puede saber si existe o no.	☐	☐
Es un Padre que nos ama y protege.	☐	☐
Es un Juez que juzgará a los malos y salvará a los buenos.	☐	☐
Otro.	☐	☐

Concepto de Jesucristo:	**Antes**	**Ahora**
Era un buen maestro y un buen ejemplo.	☐	☐
Nunca existió (es un mito).	☐	☐
Era el Hijo de Dios, Dios encarnado, Dios-Hombre.	☐	☐
Era un hombre sincero pero equivocado, cuya causa fracasó.	☐	☐
Fue sobrenaturalmente concebido y nació de la virgen María.	☐	☐
Volverá visiblemente para gobernar este mundo.	☐	☐
No podemos saber casi nada del Jesús histórico.	☐	☐
Murió en la cruz en nuestro lugar, pagando por nuestros pecados.	☐	☐
Resucitó corporalmente y vive hoy.	☐	☐
Quién era no tiene ninguna importancia para nuestros días.	☐	☐
Otro.	☐	☐

Concepto del hombre:	**Antes**	**Ahora**
Es malo y se destruirá a sí mismo y a su ambiente.	☐	☐
Es básicamente bueno pero necesita más educación.	☐	☐
Se mostrará bueno cuando cambien las estructuras sociales.	☐	☐
Está caído y necesita una transformación espiritual.	☐	☐
Puede salvarse haciendo buenas obras.	☐	☐
Puede salvarse por medio del bautismo de la Iglesia.	☐	☐
Puede salvarse confiando plenamente en Jesucristo, quien murió por él.	☐	☐
Se salvará, no importa su religión, si es sincero.	☐	☐
Otro.	☐	☐

Concepto de la vida después de la muerte:	**Antes**	**Ahora**
No hay nada después de la muerte (se deja de existir).	☐	☐
El espíritu es inmortal y vivirá para siempre.	☐	☐
En el purgatorio se puede pagar con sufrimiento lo que falte para la salvación.	☐	☐
Todos serán salvos porque Dios es demasiado bueno para condenar a nadie.	☐	☐
Los fieles, en el momento de la muerte, estarán en la presencia de Dios.	☐	☐
Otro.	☐	☐

Si ha habido cambios en tus conceptos religiosos, ¿qué experiencias, libros, etc., han contribuído en ellos?

Modelo n.° 3:

Cuestionario

Queremos hacerte algunas preguntas para saber los cambios que han sufrido tus creencias religiosas al entrar en el mundo universitario y cuáles han sido los factores que han contribuido a ello.

Facultad:
Curso:

¿Cual es tu concepto de Dios?¿crees que puede ser conocido por los hombres?

Antes:

Ahora:

¿Cuál es tu concepto de Jesucristo?¿Existió históricamente?¿Era Dios?

Antes:

Ahora:

¿Cuál es tu concepto del pecado?¿y de la salvación?

Antes:

Ahora:

¿Cuál es tu concepto del «cristiano»?

Antes:

Ahora:

¿Qué piensas de la existencia de una vida después de la muerte?

Antes:

Ahora:

Si ha habido cambios en tus creencias religiosas, ¿cuáles han sido los factores (experiencias, personas, libros, etc.) que han contribuido más a estos cambios? ¿Estás contento de tu vida religiosa actual? ¿Te gustaría mejorarla? ¿De qué maneras?

APÉNDICE C

ESTUDIO BÍBLICO CON EL NUEVO CREYENTE

1. La seguridad de la salvación: textos que muestran el poder de Dios para guardarnos y que afirman sus promesas de salvación.

1. Mateo 11:28-30
2. Mateo 28:20
3. Juan 1:12
4. Juan 3:14-18, 36
5. Juan 5:24
6. Juan 6:37
7. Juan 10:27-30
8. Juan 14:6
9. Hechos 13:38-39
10. Romanos 3:23-26
11. Romanos 5:1-11
12. Romanos 8:1, 31-39
13. Romanos 10:9
14. 2 Corintios 5:14-21
15. Gálatas 2:20-21
16. Gálatas 3:10-13
17. Efesios 1:7
18. Efesios 2:4-10
19. Filipenses 1:6
20. Filipenses 3:7-9
21. Colosenses 1:13-14
22. Colosense 2:13-15
23. 1 Tesalonicenses 5:23-24
24. Hebreos 10:11-14
25. Hebreos 13:5
26. 1 Pedro 1:3-5
27. 1 Pedro 2:24
28. 1 Pedro 3:18
29. 2 Pedro 1:3-4, 8-9
30. 1 Juan 5:11-13
31. Apocalipsis 3:20-21

2. La necesidad de vivir pendiente de la dirección del Espíritu Santo.

1. Juan 14:15-17
2. Juan 15:26-27
3. Juan 16:7-14
4. Romanos 5:1-5
5. Romanos 8:1-39
6. 2 Corintios 3:18
7. Gálatas 5:16, 22-25
8. Efesios 1:13-14
9. Efesios 4:30
10. Efesios 5:15-20

3. La necesidad de alimentarse diariamente por la Palabra de Dios.

1. Josué 1:8
2. Salmos 1:1-3
3. Salmos 19:7-11
4. Salmos 119:9-11,18
5. Jeremías 15:16
6. Mateo 4:4
7. Mateo 7:24-27
8. Hechos 17:11
9. Hechos 20:32
10. Romanos 15:4
11. 2 Timoteo 2:15
12. 2 Timoteo 3:16-17
13. Hebreos 5:12-14
14. 1 Pedro 2:2-3

4. La necesidad de una oración y comunión constantes con Dios.

1. Salmos 27:8
2. Salmos 62:8
3. Salmos 66:18-19
4. Isaías 59:1-2
5. Jeremías 29:12-13
6. Mateo 6:5-15
7. Mateo 7:7-8
8. Juan 4:23-24
9. Juan 14:13-14
10. Juan 15:7
11. Juan 16:24
12. Filipenses 4:6-7
13. Colosenses 4:2-3
14. Santiago 1:5-7
15. 1 Juan 3:19-22
16. 1 Juan 5:14-15

5. La necesidad de una confesión constante de nuestros pecados.

1. Salmos 19:12-14
2. Salmos 32:1-5
3. Salmos 51:1-19
4. Salmos 103-10-14
5. Salmos 139:23-24
6. Isaías 1:18
7. Efesios 1:7
8. Santiago 5:16
9. 1 Juan 1:9-2:2

6. La necesidad de buscar la fuerza de Dios en medio de las tentaciones y las pruebas.

1. Salmos 6:1-2
2. Salmos 46:1-3
3. Salmos 119:9-11
4. Isaías 26:3-4
5. Marcos 14:38
6. Romanos 8:28
7. Romanos 13:14
8. 1 Corintios 10:12-13
9. Corintios 4:16-18
10. 2 Tesaloniceses 3:3
11. Hebreos 2:17-18
12. Hebreos 4 15-16
13. Hebreos 7:25
14. Hebreos 12:3-11
15. Santiago 1:5-16
16. Santiago 4:6-8
17. 1 Pedro 1:6-7
18. 1 Pedro 5:8-10

7. La necesidad de una comunión vital con otros creyentes.

1. Mateo 18:19-20
2. Marcos 10:43-45
3. Juan 13:34-35
4. Juan 17:22-23
5. Hechos 2:42
6. Efesios 4:31-32
7. Colosenses 3:16
8. Hebreos 10 23-25
9. Hebreos 13:17

8. La necesidad de un comportamiento digno de Cristo.

1. Gálatas 6:9-10
2. Efesios 2:8-10
3. Filipenses 4:8-9
4. Colosenses 3:23-25
5. 1 Timoteo 6:18-19
6. Tito 3:8, 14
7. Hebreos 9 13-1
8. Hebreos 13:16

9. La necesidad de un testimonio constante tanto por la manera de vivir como de palabras.

1. Mateo 5:14-16
2. Mateo 10:32-33
3. Mateo 28:18-20
4. Juan 17:15-18
5. Hechos 1:8
6. Hechos 4:19-20
7. Hechos 5:41-42
8. Hechos 10:42-43
9. Romanos 1:16
10. Filipenses 2:14-16
11. Colosenses 4:5-6
12. 1 Tesalonicenses 4:9-12
13. 2 Timoteo 1:8
14. 2 Timoteo 2:2
15. 2 Timoteo 4:2
16. Filemón 1:6

10. Promesas y hechos acerca de nuestra herencia espiritual en Cristo.

1. Mateo 10:29-31
2. Juan 8:12
3. Juan 10:9-11, 14-15
4. Juan 11:25-26
5. Juan 14:1-3
6. 1 Corintios 15:51-53
7. 2 Corintios 8:9
8. 2 Corintios 9:8
9. 2 Corintios 12:9
10. Efesios 2:4-7
11. Filipenses 3:20-21
12. Filipenses 4:13, 19
13. 1 Tesalonicenses 4:13-18
14. 1 Pedro 5:7
15. 1 Juan 3:1-3

APÉNDICE D

ESTUDIOS BÍBLICOS SOBRE LA EVANGELIZACIÓN

Estudio n.° 1: Mateo 28:16-20

1. ¿Cuál es el contexto inmediato de estas palabras?

2. ¿Dónde están los once? ¿Por qué estaban allí? (Leer Mateo 26:32 y 28:6-10).

3. ¿Cuál era el estado de ánimo de los discípulos al llegar a Galilea? (Leer Marcos 16:9-13.)

4. ¿Cuál fue su reacción al ver a Jesús? (versículo 17).

5. ¿Qué demuestra el hecho de que adoraran a Jesús? ¿Qué habían llegado a entender?

6. ¿Cómo ratifica Jesús el hecho de que Él es digno de adoración?

7. ¿Cuál es la consecuencia lógica del dominio y poder absoluto de Cristo?
   ¿De dónde proviene nuestro deber hacia Dios y hacia los demás, de hablarles de Cristo? (Leer Apocalipsis 5:812).

8. ¿A qué somos llamados exactamente, en palabras de Jesús?
   ¿Qué entendemos por «hacer discípulos»?

9. ¿Cuándo debe ser bautizada una persona? (Leer Marcos 16:16).

10. ¿Qué significa bautizar «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»? (Nótese el énfasis que da Jesucristo repitiendo dos

veces la conjunción «y».) ¿Qué implica esto? ¿Por qué hay que bautizar en el nombre de los tres?

11. En Mateo se nos habla del bautismo una vez que la persona es discípulo, en Marcos una vez que la persona ha creído: ¿podemos afirmar, pues, que nadie cree si no es discípulo y que nadie es discípulo si no cree? ¿Son situaciones paralelas y complementarias?

12. ¿Cuándo termina la tarea evangelizadora?

13. ¿Qué implica la promesa final de Jesús? (versículo 20b). ¿Crees necesario este requisito para la evangelización?

Preguntas para reflexionar

14. ¿Por qué y para quién evangelizamos? ¿Podría llamarse proselitismo nuestro trabajo? ¿Por qué?

15. ¿Hasta dónde hemos divorciado en nuestra evangelización el hecho de que Jesús exige juntamente la redención y el señorío en nuestras vidas? ¿A qué situaciones concretas ha dado lugar? ¿A qué crees que se ha debido este divorcio de ideas?

16. ¿Rebajamos las exigencias de Cristo al hablar a otros? ¿Presentamos solamente a un Salvador lleno de amor y compasión hacia nosotros sin hacer considerar el precio de seguir a Cristo?

17. ¿Cuándo nos damos por satisfechos en nuestro testimonio a nosotros? ¿En el momento que se convierten?

18. ¿Hemos dado a otros un Evangelio esquematizado, estereotipado o reducido? ¿Les hemos proporcionado auténticas respuestas a sus problemas, encontrándolas en *todas* las cosas que Jesús nos ha dejado en su Palabra?

19. ¿Qué implica en nuestra propia vida el tener la responsabilidad de enseñarles *todas* las cosas que Dios nos ha dado? ¿En qué aspectos nos sentimos más tentados a amputar parte del Evangelio de Dios?

20. Teniendo en cuenta la primera y la última frase de Jesús ¿en qué medida se ajusta mi testimonio evangelístico a estos presupuestos? ¿De dónde proviene nuestra autoridad y nuestra fuerza para hablar a otros? ¿Es ésta nuestra experiencia?

Estudio n.° 2: Hechos 17:16-34

1. ¿En qué momentos nos encontramos de la vida de Pablo? (ver hechos 15:36). ¿Qué experiencias acaba de tener Pablo en las ciudades anteriores? (versículos 5, 10, 13, 15). ¿Cómo podría haberse sentido al llegar a Atenas? ¿De hecho, cómo se sintió? (versículo 16). ¿Cambió en algo su procedimiento de trabajo en comparación con experiencias anteriores? (ver por ejemplo, versículos 2, 10, 17).

2. ¿Qué características deducirías a partir del texto del ambiente cultural y moral de Atenas en el siglo I?

3. ¿Quiénes eran los epicúreos? ¿Quiénes eran los estoicos? ¿Qué era el Areópago?

4. ¿Cuáles eran los intereses de los atenienses? ¿Cuál era la motivación de Pablo al predicar?

5. ¿Qué nos induce a pensar que Pablo tuvo en cuenta, a la hora de presentar su mensaje, al público concreto que le estaba oyendo con sus peculiaridades? ¿Cómo captó su atención? ¿Te parece un recurso honesto? ¿Por qué? ¿Presuponen sus palabras introductorias una contradicción con lo que verdaderamente sentía? ¿Por qué?

6. ¿Qué características de Dios subraya Pablo?:
   a) en cuanto a su misma naturaleza?
   b) en cuanto a su concepción del hombre?
   c) en cuanto a su relación con él?

7. ¿Qué dice Pablo acerca de la condición pasada, actual y futura de sus oyentes?

8. ¿Qué dice acerca de Cristo?

9. Viendo el mensaje de Pablo como un todo:
   a) ¿crees que hay una progresiva lógica?
   b) ¿Cuál sería punto por punto el esquema del mensaje de Pablo, en pocas frases? ¿por qué crees que lo hizo así?
   c) ¿responde su mensaje a su motivación inicial?
   d) ¿responde a las necesidades de sus oyentes? ¿qué respuesta les da?
   e) ¿abarca los puntos básicos del Evangelio?

10. ¿Cuál fue la reacción de sus oyentes? ¿En qué punto de su predicación reaccionaron? ¿Qué actitudes básicas hacia el mensaje evangélico encierran?

11. Pablo no eludió hablar de la resurrección aun anticipando el posible rechazo de sus oyentes. ¿Qué nos dice esto acerca de su autenticidad como evangelista?

Preguntas para reflexionar

12. ¿Qué nos mueve a evangelizar?

13. ¿Cómo definirías en pocas palabras el ambiente cultural y moral en el que vives? ¿Hay alguna semejanza con la Atenas del siglo I? ¿En qué sentido?

14. ¿Hasta dónde crees necesario conocer tu sociedad para llevar a cabo una evangelización efectiva?

15. ¿Cuáles son tus respuestas a las ideologías de hoy? ¿Podrías elaborar un esquema básico de lo que sería tu mensaje en cada caso? ¿Podrías hablar del Evangelio a tus compañeros en «su propio terreno»: con sus propios términos, partiendo de sus presupuestos culturales?

16. Pablo termina su predicación con un reto a sus oyentes hablándoles de su ignorancia hasta ahora, la necesidad de arrepentimiento y el juicio. ¿En qué medida nuestra predicación supone un reto personal a los que evangelizamos o es una defensa tímida de ciertos principios que profesamos? ¿Somos agresivos en este sentido o luchamos siempre a la defensiva?
¿Crees que tiene sentido una evangelización impersonal, «en serie» y estereotipada que no confronta a la persona con su propia situación, su idea de Dios, y lo que Él requiere de ella?

17. ¿Cómo reaccionamos ante el rechazo y la burla hacia el Evangelio? ¿Estamos preparados o lo entedemos como un fracaso de «nuestras habilidades»? ¿Cuál es nuestro estado de ánimo? ¿Cuáles han sido tus experiencias? ¿Cómo prosiguió Pablo su trabajo al partir de Atenas? (Hechos 18:1-5).

Estudio n. 3: Colosenses 4:2-6

1. ¿Cuál es el contexto inmediato de estas exhortaciones de Pablo? (capítulo 3:1, 5, 12).

2. ¿Cómo se aplican estos principios en las interrelaciones personales? (3: 9, 13, 16). (A continuación Pablo menciona algunas situaciones concretas donde es fácil que surja el roce, con consejos concretos en cada caso: casados padres, hijos, esclavos, amos.)

3. ¿Qué pide Pablo para sí mismo? ¿Cuál era su situación actual?

4. ¿En qué medida dependía Pablo de las oraciones de los creyentes? ¿Cómo los involucra en su trabajo?

5. ¿Concebía Pablo su labor como individual y especializada; ni siquiera propia de un equipo colaborador? ¿Crees que concebía la evangelización como algo propio de especialistas.?

6. ¿Qué exhortaciones da a los creyentes?

7. ¿Cómo se relaciona el «andar sabiamente con los de afuera con la oración?

8. ¿Existe una correlación entre la perseverancia en la oración y el andar sabiamente de una forma continuada? ¿Cuál es tu experiencia?

9. ¿Relacionamos a menudo la sabiduría en nuestro trato con los demás con la oración? ¿De qué forma crees que modificaría nuestro concepto de los otros? ¿De quién debe proceder nuestro criterio para valorar a la gente?

10. «Redimir el tiempo» ha llegado a ser una frase hecha en nuestro idioma pero ¿qué quiere decir Pablo con esta expresión? Sin entrar en cuestiones filosóficas, ¿qué es en definitiva el «tiempo»?

11. ¿Crees que se relaciona el «velar en la oración» con «redimir el tiempo»? ¿Cómo?

12. ¿Es lo mismo perseverar en la oración que velar en ella? ¿Cuál es la diferencia, si la hay?

13. ¿Vemos en la oración una «redención del tiempo» o una pérdida del mismo?

Estudio n.° 4: 2 Timoteo 1:3-12

1. ¿Cuál es el motivo de acción de gracias de Pablo?
2. ¿Cómo se hacía patente que Pablo se acordaba de Timoteo?
3. ¿Qué relación hay entre la intercesión y la acción de gracias?
4. ¿De qué nos libra el equilibrio entre ambas?
5. ¿Se define nuestro amor y amistad por las características mencionadas en los versículos 3 al 5?
6. ¿Qué cosas «traemos a la memoria» cuando pensamos en nuestros hermanos en Cristo? ¿Qué es lo que nos llena de gozo al pensar en ellos: solamente su amor por nosotros o su progresiva madurez?
7. ¿De dónde procedía la autoridad de Pablo para aconsejar a Timoteo?
8. ¿Estamos tan dispuestos a interceder y dar gracias día y noche por nuestros amigos como a darles consejos?
9. ¿Cómo entiende Pablo la vivencia de la fe? ¿Cuáles son las tres recomendaciones fundamentales de Pablo a Timoteo? (versículos 6, 8).
10. ¿De qué manera se relacionan estas tres actitudes?
11. ¿Cuál es nuestra base para poder llevarlas a cabo? (versículo 7).
12. ¿Cómo se complementa la propia iniciativa de Timoteo –«avives», «no te avergüences», «participa»– con la obra de Dios en su vida –«el don de Dios», «no nos ha dado Dios», «según el poder de Dios»–?
13. ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos? ¿Aceptamos lo que Dios ya ha hecho en nuestra vida y lo desarrollamos?
14. ¿Qué actitudes pueden servirnos de baremo para saber que estamos siendo consecuentes en nuestra fe? ¿Dónde fallamos más?

15. ¿Cuál ha sido la iniciativa de Dios para que podamos llevar este tipo de vida? ¿De qué forma supone un estímulo en nuestros problemas de cada día lo que Dios ya ha dado?

16. ¿Cómo pudo Jesús «quitar la muerte y sacar a la luz la vida y la inmortalidad»?

17. ¿De qué forma los tres consejos anteriores de Pablo suponen una identificación con Cristo?

18. ¿Cuál había sido la experiencia personal de Pablo (versículos 11 y 12).

19. ¿Cuál es la fuerza y la esperanza de Pablo?

20. ¿Qué características deducimos del texto del carácter de Pablo?

21. ¿Qué características deducimos del texto del carácter de Timoteo en función de los consejos de Pablo?

22. ¿Qué nos enseña en cuanto al tipo de persona que Dios elige para su trabajo?

23. ¿Qué aprendemos del carácter de Dios?

Estudio n.° 5: 2 Timoteo 2:3-13

1. ¿Qué tres metáforas utiliza Pablo para describir la vida del cristiano?

2. ¿Qué características especiales tiene el soldado, el atleta y el labrador que subraya Pablo?

3. ¿Qué tiene en común la vida de los tres?

4. ¿Cómo se aplican estas características a la vida de Timoteo según Pablo?

5. ¿Dónde hallamos los recursos para llevarlas a cabo? (versículo 1).

6. ¿Cómo se complementa la necesidad de nuestra meditación personal y la necesidad de que sea el Señor quien nos dé el entendimiento? (versículo 7).

7. ¿De qué manera Cristo mismo vivió estas características? (versículo 8).
   Leer: Juan 5:30, Hebreos 2:9-10, Filipenses 2:5-8, 1 Pedro 2:20-24

8. ¿Cómo debiera afectar la actuación de Cristo nuestra evangelización?

9. ¿Por qué Pablo mismo podía ponerse por ejemplo? (versículos 9 y 10).

10. ¿Cuál era su principal motivación evangelística?

11. Según los versículos 11 y 13 ¿cuál es la esencia de la vida cristiana?

12. ¿Se caracteriza nuestra vida por estar en medio de esta tensión paradójica?

13. ¿Crees que es sólo una alternativa para determinados creyentes?
    Leer: Lucas 9:23-26, Lucas 14:25-28, 2 Corintios 5:17 a 6:10

14. ¿Cómo afecta nuestra evangelización el llevar este tipo de vida?

15. ¿Cómo se relaciona la fidelidad de Dios con nuestra inconsecuencia?

APÉNDICE E

BIBLIOGRAFÍA

Libros generales sobre la evangelización:

Evangelización o lavado cerebral. Varios. Ed. Certeza.
El Evangelio hoy. René Padilla. Ed. Certeza.
La evangelización en la iglesia primitiva. Michael Green. Ed. Certeza.
Tomo I. «Obstáculo y ventajas».
Tomo II. «El Evangelio y la conversión».
Tomo III. «La evangelización de los judíos».
Tomo V. «Los evangelistas, las motivaciones, la estrategia y los métodos».
La evangelización y la Biblia. Varios. E.E.E.
Plan supremo de evangelización. Robert Coleman. Casa Bautista.
¿Cómo testificar con eficacia? Rinker. CLIE.
¿Cómo compartir tu fe? Paul Little. C.B.P.
Creo en la evangelización. David Watson. Ed. Caribe.

Libros sobre distintos capítulos especializados:

3B. *Evangelio teocéntrico.* R.B. Kuiper. T.E.L.L.
4A. *El Evangelio hoy,* cap. 1.
5A. *El Evangelio hoy,* cap. 3.
7B. *La oración, fuente de poder.* Bounds. E.E.E.
7C. *Creer es también pensar.* Stott. Ed. Certeza.
7C. *La razón de nuestra fe.* Little. Ed. Las Américas.
8A. *El cuadro bíblico del predicador.* Stott. CLIE.
9C. *El estudio bíblico creativo.* Lum-Siemens. Ed. Certeza.
9C. Serie «Encuentros bíblicos» Ed. Certeza

10B. *Iniciación en la fe.* José Young. Ed. Certeza.
10B. *Manual del combatiente cristiano.* Hopkins. Ed. Certeza.
10B. *Sacrificio.* H. Guinness. Ed. Certeza.
10B. *Tu vida cristiana.* José M. Martínez. Ed. Clie.

Libros evangelísticos:

¿Quién es Cristo hoy? Varios Ed. Certeza.
Cristianismo básico. Scott. Ed. Certeza.
Paz con Dios. Billy Graham. Ed. Moody.
Buenas noticias. José Grau. E.E.E.
Más que un carpintero. Josh. McDowell. Ed. Betania.
Jesucristo vive hoy. Michael Green. Ed. Certeza.
Cristianismo auténtico. Richard C. Halverson. CLIE.
Aceptado por Dios. Joan Blanchard. S.L.C.
Nací de nuevo. C. Colson. Ed. Caribe
El hombre vestido de negro. Johny Cash. CLIE.
Mensajes de siempre para el hombre de hoy. Fco. Lacueva. CLIE.
¿Por qué aún soy cristiano? José M. Martínez. CLIE.

Libros apologéticos:

¿Es confiable el cristianismo? Montgomery. Casa Bautista.
¿Quién movió la piedra? Frank Morrison. Ed. Caribe.
¿Són fidedignos los documentos del Nuevo Testamento? Bruce. Ed. Caribe.
El fundamento apostólico. José Grau. E.E.E.
Evidencias que exigen un veredicto. Josh. McDowell.
Cristianismo y nada más. C.S. Lewis. Ed. Caribe.
El problema del dolor. C.S. Lewis. Ed. Caribe.
¿Todas las religiones son iguales? José Grau. E.E.E.
La conversión cristiana. Revista Andamio.
Psicología y fe cristiana. Revista Andamio.
Religiones orientales. Revista Andamio.
Lo que creen los cristianos. Revista Andamio.
La Biblia dice... José M. Martínez. CLIE.

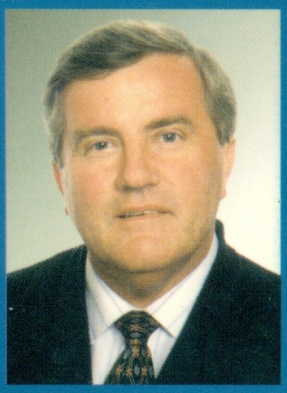
La Iglesia cristiana nació de la evangelización. Y creció evangelizando. Los primeros discípulos de Jesús decidieron seguirle cautivados por su mensaje e inmediatamente se convirtieron en proclamadores. El día de Pentecostés la Iglesia recibió su sello de identidad con el advenimiento del Espíritu Santo y tres mil personas se entregaron a Cristo gracias a la predicación del Evangelio de labios de Pedro. Casi de inmediato, los evangelizados se convirtieron en evangelizadores, y así la Iglesia -guiada por el Espíritu Santo- fue creciendo basada en la evangelización.

Hoy las cosas han cambiado mucho. Se han aplicado al Evangelio nuevas técnicas de sociología y marketing, sistemas orientados hacia la consecución de «resultados» fáciles, que pueden llegar a usurpar el lugar del Espíritu Santo en la evangelización.

Hace falta volver a los patrones bíblicos y aplicarlos a la realidad de nuestro tiempo. Esto es precisamente lo que se plantea en este MANUAL DE EVANGELIZACIÓN PARA EL SIGLO XXI.

En sus páginas se dan respuestas a muchas de las preguntas que acosan al líder cristiano ante el reto que plantea la evangelización en el siglo XXI:

- ¿Qué tipo de evangelización debemos hacer?
- ¿Cuál debe ser nuestra motivación?
- ¿Cuál es nuestro objetivo?
- ¿Qué métodos deben emplearse?



David Burt cursó estudios de Filología Románica en Oxford. En el año 1967 llegó a España bajo los auspicios de Operación Movilización, para iniciar el testimonio cristiano en la Universidad de Madrid. Fue nombrado Secretario General de los Grupos Bíblicos Universitarios en España.
En 1979 tomó el pastorado de una iglesia Evangélica de Barcelona, una de las más importantes del país. Ha viajado dando conferencias por varios continentes. Actualmente se dedica a pleno tiempo a la labor de escribir y ha editado numerosos libros de estudio y vida cristiana. Está casado con Margarita Burt, también escritora, y son padres de una hija.

Calidad en Literatura Evangélica
editorial clie
• CLASIFÍQUESE: 520 EVANGELIZACIÓN • MÉTODOS Y TÉCNICAS
• CTC 02-07-0520-12 • REF 224197 •
ISBN 84-8267-092-1
9 788482 670928